

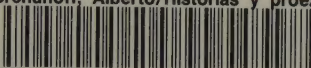
HISTORIAS Y PROEZAS DE AMOR

UNIV. OF ARIZONA

863.61 G365h

mn

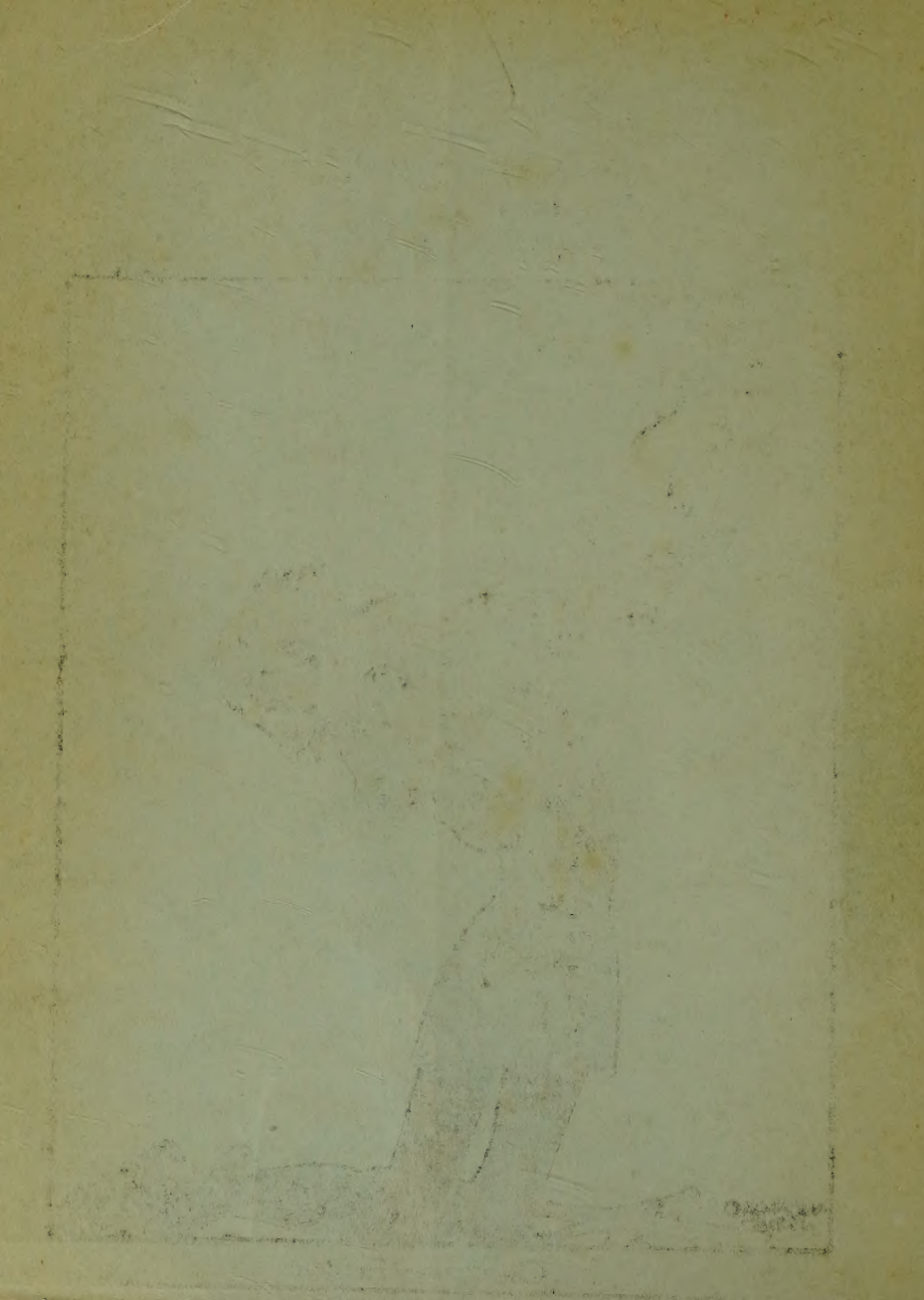
Gerchunoff, Alberto/Historias y proezas



3 9001 03978 2175



M. Gleizer ~ Editor



HISTORIAS Y PROEZAS
DE AMOR

HISTORIAS Y PROEZAS DE AMOR

POR
ALBERTO GERCHUNOFF



GLEIZER-EDITOR
MCMXXVI



QUEDA HECHO EL DEPÓSITO
QUE MARCA LA
LEY.



HF
3128C
21 S 61

863.61

G365 h

EL
HERMANO MENDICANTE

I

Aleardo llamó a la puerta de una casa silenciosa. Sin erguir la cabeza, pidió de comer y oyó esta pregunta:

—¿Y qué quiere comer el hermanito?

Alzó la mirada. En lo alto de la escalera vió a una mujer arrimada al ancho parapeto de piedra jaspeada que parecía el zócalo de su busto firme. Sus ojos, oscurecidos por la distancia, le miraban fijamente, con una expresión de bondad y de malicia. Aleardo se quedó confuso. Atinó a hacer una reverencia y contestó:

—Madona, soy un pobrecillo; no necesito más que un vaso de agua y una tajada de pan. El Señor la bendecirá.

Le invitaron a subir y así fué como anudó su amistad, mientras le servían el almuerzo en el vestíbulo, con madona Laura, pues se llamaba como la amada del poeta triste. Escuchaba al capuchino con interés.

—Madona, le dijo, usted es muy buena. Dios le compensará. Rezaré por la salvación de su alma con un fervor como no he rezado nunca.

Y al decirlo se turbó ligeràmente. Comprendiendo que había hablado con imprudencia, se persignó.

—Madona, continuó diciendo, debe perdonarme lo que acabo de decir. No tnego la costum'bre de hablar con señoras ilustres. No sé hablar. Sólo sé mascullar plegarias, suplicar la caridad y de tarde, en el convento, entretenerme en fabricar objetos de barro. ¿Me permitirá, madona, traerle un vaso en que he puesto la imagen de Santa Clara?

Le refirió su vida. La perfección franciscana de no poseer adornaba con su sencillez al hermano mendicante, cuyos días se deslizaban en la celda del monasterio o llevando de las bridas al asno de la cuestación por las calles de Siena. Había entrado a la regla del santo patriarca a la edad en que se ignoran los sinsabores del mundo. Mejor dicho, nació profesándola, porque desde su nacimiento era su pan la limosna y su abrigo los umbrales de las iglesias. De este modo, cuando los monjes de pardo sayal le emplearon en sus trabajos piadosos y le enseñaron los preceptos de la pobreza, ya se hallaba educado en el largo ejercicio de esas virtudes. Desde temprano, por ende, le vieron en la vecindad con la capucha terrosa y con el cordón en la cintura, ya sea detrás de las procesiones, ya sea golpeando de puerta en puerta en nombre de Dios. Y fuera de esas ocupaciones solía ayudar a su maestro, en el patio de arcadas

sombrías, a moler colores y amasar la arcilla para modelar rústicos vasos y toscas ánforas. Era el siglo en que los artesanos de Italia transmitían al lienzo y al mármol el esplendor animado de la belleza. Aleardo sentía también el gusto de las cosas amables y se complacía en diseñar, en tonos vivaces, sobre los curvos flancos de los jarros, la figura de la Virgen o el signo de la Cruz, rodeada de una llama de esmalte rojo. En esos quehaceres pasaba pálidamente su tiempo, con la alegría adecuada a las almas consagradas a la fe y a la purificación en el constante renunciamiento. Poco necesitaba su corazón para alegrarse. Lo conseguía al rezar en el coro, al meditar en la soledad en los asuntos devotos, al referir a los parroquianos de cualquier mesón historias de los varones religiosos y episodios de las mujeres de existencia ejemplar. Y más que nada experimentaba regocijo al compararse con los cofrades cuyo refugio en el Señor compartía, ya que algunos de ellos encontraban, en el camino que conduce a la paz, motivos de agitación interior y de implacable tormento. Muchos, en efecto, tenían el castigo de sus recuerdos y en su memoria se levantaba, al decir las oraciones o al predicar ante la muchedumbre, el espectro de sus culpas antiguas, o se revolvía, en el estremecimiento de su carne aterida, la huella de los goces olvidados. A menudo, temía caer en el orgullo porque no encontraba pecados

para acusarse. Y al murmurar confusamente las preces, despojándolas de los términos difíciles y reduciéndolas a súplicas en idioma vulgar, según el uso entre los discípulos del que quiso imitar la pristina dulzura de Cristo, se atribuía acciones reprochables y se esforzaba en acumularlas a fin de arrepentirse con una conducta severa.

—Soy un pecador, afirmaba en voz alta; soy un pecador, porque todos somos pecadores. Ayer, en la plaza del mercado, me regalaron un trozo de carne y me ofrecieron un sorbo de vino. Ni siquiera agradecí el obsequio, como si fuera un rico de la ciudad a quien le hubiesen hecho pleitesía.

No tardaba en substraerse a esas cavilaciones y volvía en seguida a repetir, para su deleite, las plácidas palabras de algún cántico. De esta manera vivía en la libertad de su alma, desnuda de duelos, de esperanza y de nostalgia, como convenía, sin duda, a un hombre acogido a la religión. Eso sí, de las faenas benignas que ejecutaba lo que más le placía era andar apoyado en el anca de su jumento y solicitar de los transeúntes y en los portalones la ofrenda generosa. No le irritaba el desdén de las personas agrias y el insulto con que le contestaban los más desabridos no alteraba la serenidad jocunda de su ánimo, dispuesto a la cordialidad. El ruido de las calles le agradaba y le entretenía particularmente conversar con los pobres, que le contaban sus penas y le hablaban de sus

pequeñas desgracias. A medio día, si vagaba por ahí, se sentaba en la acera, se satisfacía el hambre con las sobras dadas en una casa. Y si las estrellas le sorprendían en la campiña de los alrededores, se tumbaba en el césped y se dormía hasta la aurora.

Al verse aquel día, en la vía Galluzza, en medio del gentío que iba moviéndose bajo los arcos vetustos, le mordió el deseo de salir de su ensimismamiento apacible, comunicarse con los demás, tener una expansión con alguien, platicar sobre lo que no fuese su tarea habitual. Por primera vez su ánimo tuvo un obscurecimiento de tristeza. Se acordó de la queja doliente del enclaustrado que había escrito: *Mujer, no conozco el sabor de tu piel*. ¿Por qué venía a su imaginación esa llorosa protesta? Prosiguió maquinalmente animando con el ademán el tardo paso del asno. El sol bañaba tíbicamente las techumbres negruzcas y dejaba en el pavimento de las calles tortuosas manchas de claridad. Abajo, el valle que se desplegaba, descendiendo de las colinas, hacia el margen del río quieto, elevaba en el aire el olor de las eras removidas y el aroma leve de las violetas. Y Aleardo, bruscamente, sintió en sí la ansiedad confusa que no conoció en su adolescencia y los gérmenes violentos que ponen la zozobra en el corazón. Cerca de la Plaza del Campo, abatido por las reflexiones vagas que tejía en su abandono, se detuvo ante la

casa donde ahora comía y narraba, en un discurso entrecortado, sus aventuras de mendicante. Y al contemplar a hurtadillas a Laura, el grito desgarrado del monje repercutía en su espíritu: *Mujer, no conozco el sabor de tu piel.*

Laura sorprendió su mirada y para desconcertar su timidez, le preguntó:

—¿Amó a muchas mujeres el hermanito? Dicen que a ciertas mujeres les gustan los capuchinos. Una amiga mía se había enamorado de su confesor.

Aleardo guardó silencio. Dejó la copa en la mesa para disimular el temblor de sus manos. Cuando pudo contestar, le dijo:

—Madona, es un pecado reirse de un pobrecillo. Como San Francisco, me he desposado con la pobreza y con la humildad. Ando por el mundo, pero no vivo en el mundo. Los amores y las fiestas no son para mí. Yo no espero más alegría que la que nos trae la muerte.

—Entonces, le contestó, has de ser un hombre dichoso. Si eres, al mismo tiempo, un hombre alegre, ven a verme a menudo. Seremos amigos. Yo busco amigos alegres. Soy demasiado triste para cultivar la amistad de los que son tan tristes como yo. Tú, hermanito, crees en la otra vida, confías en que irás al Paraíso. Eso te salva y te da valor.

—Madona, repuso Aleardo, la tristeza es mala

compañía. Hay que huir de ella. Nosotros nos refugiamos en la oración. Pero usted, madona, es hermosa y es rica. ¿Por qué se aflige? La vida le ofrece lo que a mí me prohíbe. ¿Nunca ha estado en el camino de la dicha?

—Nunca he puesto los pies en ese camino, hermanito. Cada vez que me he arrimado a su vera, me invadió el desaliento.

—Madona, usted es hermosa como ninguna mujer es hermosa. Le han de haber amado...

—¿Qué me importa que me hayan amado si yo no amo?

Y como ahuyentando las ideas angustiosas, reaccionó con rapidez:

—¿Cómo te llaman, hermanito?

—Me llaman Aleardo, madona.

—¿Y tu apellido?

—No tengo apellido.

—¿Dónde naciste?

—Me encontraron en un umbral.

Laura opinó:

—Generalmente, los hijos de los amores felices se desparraman por las aceras. Hermanito, seremos amigos. ¿Qué me prometiste traer?

—Un vaso con la imagen de Santa Clara...

II

—No eres muy devota, madona — le reprochó Aleardo. — Casi no rezas; raras veces entras a una iglesia. Eso no está bien.

Su amiga le tranquilizaba:

—Exageras, hermanito; soy una devota un poco descreída...

Laura era religiosa e incrédula. Admitía las verdades de la religión como algo que abarca el universo. Esas verdades, que le inculcaron en la infancia, formaban en su pensamiento una displicente configuración de lo que no se esforzaba en explicarse y que le entretenía, sin embargo, hallar en las fórmulas sensibles y humanizadas de los símbolos. Así, al visitar la catedral, que erguía bajo el lúcido cielo de Siena sus torres esbeltas, sus columnas livianas, sus emblemas trabajosos de la santidad y de los misterios, se detenía ante la vidrieras en que la luz del crepúsculo filtraba llamaradas violáceas. Veía en el rostro de la Madre de Dios, en los cuerpos llagados de los mártires, en la actitud de Magdalena, ungiendo con sus trenzas las heridas del Redentor, el padecimiento real y diverso de los que viven, más que los signos estilizados de la fe, ante los cuales se inclinaban los feligreses con la fría naturalidad de la costumbre. Y lo que más le llegaba, de las

salmodías y las bendiciones que repercutían con lento murmullo en la nave, ensombrecida como una catacumba, eran las palabras que contenían el sentido del dolor o del amor semejante al dolor y al amor con que atormenta la vida en su transcurso ordinario. Mas, no extendía su credulidad hasta aceptar las promesas consoladoras de una existencia mejor después de desaparecer de la tierra. Era bella. Se le admiraba en la ciudad por el decoro elegante con que se vestía, por la nobleza espontánea de sus maneras, por la gracia que fluía de su persona. Vestía, caminaba, se movía como las demás y no era posible confundirla. Se estaba en su presencia como ante una escultura animada con el gesto expresivo, con el calor de la línea pujante y suave de su cuerpo, con la tibieza que venía de sus ojos tranquilos y que emanaba de su voz, distante y acariciadora como un ruego. Los poetas y los artistas buscaban su amistad. Como la divina Victoria que amó con tan dulce fidelidad Michelangelo, poseía el don de comprender, de razonar y de sentir, y su juicio, pronunciado en la naturalidad sencilla de la conversación, halagaba o afligía como una sentencia. De su boca, en que se insinuaba, en un pliegue fugaz, una sonrisa compasiva, los versos brotaban endulzándose en el acento penetrante de una melodía quejosa.

Recibía a Aleardo en la terraza que daba sobre

el jardín en que gemían blandamente los pinos. El mendicante le inspiraba el afecto lejano, hecho de piedad amistosa, que suscita en la mujer el hombre que la ama y hacia el cual no se siente inclinada por el amor. En las tardes de otoño, prolongadas y lánguidas, Aleardo le contaba sus penurias. Tratábala con una especie de resignada familiaridad y se consolaba, al moldear la arcilla rebelde, refiriéndole sus pesares.

—¿Sabes, madona, que me voy a condenar? — le decía. — Antes, en los días pacíficos, empleaba mi tiempo en la devoción, en la limosna, en las labores pacientes que consistían en dar forma a un vaso y en dibujar las efigies sagradas. Hoy ya no puedo hacerlo. Cuando rezo, tu nombre sustituye al de Santa María y cuando me hincó ante su altar, te veo surgir bajo su manto estrellado. Me he condendao, madona, aunque jamás te me apareciste en un deseo reprochable. Estoy seguro de que iré al infierno. Tú me has perdido, madona. A veces quisiera morir. Pero desde que te conozco amo cobardemente la vida. ¿Cómo podría morir si muriendo ya no te veré ni te oiré?

Laura contestó:

—No te desesperes, hermanito. No sabemos lo que nos pierde ni sabemos lo que nos salva. Cuéntame algún cuento. La semana pasada me referiste una mentira. Me narraste largamente cómo el mercader que vive cerca de tu convento sor-

prendió a su esposa con un caballero de Florencia. Es claro que has de condenarte si mientes de ese modo.

—Antes no mentía. Jamás había mentido. Mas, tú me pides que no hable de lo que me sucede y que te divierta con narraciones sabrosas. Yo no tengo tu ingenio y por lo tanto me veo obligado a mentir. Te ríes con lo que invento y al recogerme en la celda y al recordar que te reíste, esa risa entra a mi corazón como si fuera un blando tañido de campana. ¿No me ordenaste que en homenaje tuyo esté alegre? Soy un pobrecillo, cuya alma está poblada de tristeza, que ha hecho la profesión de la alegría para serte grato. Soy a tu lado un hombre vencido, sin voluntad, sin fuerza, sometido a tu mirada, sujeto a la cadencia de tu voz. ¿No me tienes lástima, madona?

—Estás enfermo, mi pobre Aleardo. No soy como tú crees. Mis amigos exageran cuando hablan de mí. Sin duda, he de tener una oculta expresión de simpatía. No he de ser más que simpática; y la gente supone que me adornan los dones con que me revisten. Tú haces lo mismo. Juras que soy hermosa y si te dijera que el sitio donde estamos sentados es un bote que va sobre el mar, no vacilarías en afirmar que ves las olas. Estás enfermo. Yo, en cambio, soy razonable. Si viviéramos la vida en común, al año, probablemente, se te caería la venda de los ojos y percibirías

mis defectos, y lo que hoy sientes se volvería, tal vez, una penosa rutina. ¿No te dije que soy razonable? Yo tengo el valor de ser razonable. Cúrate, Aleardo.

El mendicante replicó, esforzándose para serenarse:

—Eres injusta contigo. Confieso que te admiro. Admiro tu inteligencia, tu belleza, tu espíritu. Eres perfecta. Si no fuera así, serías como las otras mujeres. Se te olvidaría fácilmente. Lo sé. ¿No me reñirás? He intentado olvidarte. He querido borrar tu recuerdo con el trato de esas mujeres que se dejan amar como el agua se deja beber.

Laura exclamó alborozadamente:

—¿No me extraña que te condenes! ¿No ven al hermanito? Se pasó su vida rezando y batiendo barro en el claustro y de golpe ha aprendido a cortejar a las damas y a frecuentar los sitios en que se olvidan las penas...

Aleardo, sin inmutarse, prosiguió su confesión:

—No te burles de mí. No he pecado más que en la intención. Es verdad que eso basta para perderse. No imaginarás lo que me ha ocurrido. ¿Recuerdas al genovés que vino a ofrecerte sedas y collares? Salimos juntos y me llevó a la casa en que vive una viuda con hijas a quienes visitan los magnates de Siena. Sí; quise olvidarte, quise reemplazarte con una embriaguez pasajera. Fué inútil. La segunda vez que la ví, la llamé con tu nom-

bre. Entonces me persuadí de que estoy destinado a pasar a tus plantas el resto de mi vida.

—¿Y no has vuelto a aquella casa? — interrogó Laura, sonriéndose.

—He vuelto, madona. He vuelto muchas veces. Y la última vez encontré a la mujer con quien acostumbraba a conversar, junto a la ventana de su habitación. Yo estaba callado. No oía sus preguntas, no entendía lo que decía. Se levantó para alcanzar un libro y se me acercó. Mirándome en los ojos, me puso la mano en la cabeza. Tu no podrás comprenderme. Era la primera vez, madona — ¿comprendes? — la primera vez que una mujer me rozaba con su mano, era la primera vez que mi sangre se sentía castigada por el aliento de una mujer. Y de nuevo la llamé con tu nombre. La muchacha retrocedió y fríamente, con un desdén que escondía su ira, me señaló la puerta. Como ves, madona, adonde voy y donde estoy, estás conmigo. ¡Quién me diera la dicha espantosa de olvidarte! ¿Te he disgustado? ¿Te enojaste?

Laura lo envolvió en una mirada profunda y conmovida y susurró imperceptiblemente:

—¿Qué podría hacer para que me olvides? Oye, hermanito; no me gustaría que me olvidaras. ¿No dices que gozas en el sufrimiento? Hoy estás muy triste. Cuéntame algo que nos divierta.

Aleardo contestó melancólicamente:

—Después me reñirás porque invento mentiras.

La verdad está únicamente en las cosas tristes. Los hombres padecen, se atormentan, se persiguen; son ridículos y son crueles y eso llena su existencia. Tal es la verdad. Y para encontrar algo fuera de eso, hay que mentir y yo miento para ver cómo brillan tus ojos y cómo ríe tu boca. Miento, pero no te engaño porque tú sabes que es un sacrificio que hago, el sacrificio de una ficción alegría.

Aleardo recordó lo que había hecho la semana anterior. Laura lo encontró paseando en las afueras de la ciudad. El hermano mendicante venía con las árganas cargadas y para divertirla se puso a hacer bailar al asno como si fuera un oso amaestrado. Cayeron las anchas alforjas y se desparramaron, cuesta abajo, panes y trozos de carne recogidos en la fructuosa jornada. Aleardo corrió detrás del jumento y rodó al tropezar con una piedra. Quedó sentado en el suelo. En ese instante se oyó, venido de lejos, el toque de la queda, que se cernía, sobre las torres, las casas y las chozas distantes, envueltas en la claridad rojiza del ocaso, con la vaguedad de un sonido remoto. Y Aleardo, rodeado por los dispersos objetos diseminados por su travesura, se incorporó e hizo la señal de la cruz, con la unción solemne con que lo hacía en la época en que ninguna turbación obscurecía su alma.

—¿Te acuerdas cómo te reiste? — interrogó.

— A pesar de eso, madona, no quieres amarme. Te conformas con el consuelo que me das recibíendome en la terraza y sonriéndome como me sonríes. ¿Quién te enseñó a sonreír de este modo? Si me fuera permitido creer en las hadas, diría que al nacer, la más gentil de todas te tocó los labios con su dedo invisible.

Laura tejía, distraída y melancólica. Inclínada a examinarse, a revisar su vida con impasible frialdad, se encontraba, en presencia de ese hombre que la amaba con tenacidad alucinada y con la resignación feliz del que ya nada espera, como se encontró siempre, delante de aquellos que la amaron, sin responder a su arrobamiento con una emoción igual, triste por provocarla y triste por no sentirla con idéntica fuerza.

Deseoso, una vez más, de sacarla de esas reflexiones que la postraban en una amargura persistente, el monje inició un largo relato:

—¿Sabes lo que se cuenta por ahí? — empezó diciendo. — La otra mañana me senté junto a la fuente para descansar y oí a unos vecinos referir lo sucedido. Es el caso que Giovanni Brunetto, que es cuidador del Palacio del Consistorio, al regresar a su casa, vió en una silla, junto a la chimenea, la manta del canónigo...

Laura le interrumpió:

—Hermanito, no te esfuerces en mentir. Te lo

agradezco. Ya no quiero que me cuentes cuentos alegres.

—Sufres, madona. Sufres de ansiedad como yo. Yo, por lo menos, sufro porque te quiero y eso ya es mucho en la vida. Tú, en cambio, sufres sin motivo, tal vez porque no tienes motivos para sufrir. Anoche he pensado mucho en ti. La luna apareció en el jardín, sobre los pinos, redonda y blanca. En otro tiempo pasaba las horas contemplándola y meditaba en la vida de los santos, en la maravillosa perfección de las cosas creadas. El silencio del claustro me hundía en una beatitud inocente. Ahora la luna y el silencio me hacen daño. Me inducen a reflexionar en lo que soy y en lo que quisiera ser, en mis sueños rotos, en mi intimidad que es tan desolada como las noches que caen en otoño sobre la ciudad dormida. Pensaba en ti y me decía:

—¿Qué hago con la luna, qué hago con ese silencio impregnado en el olor de las violetas de Siena, si tú estás tan lejos? Para tranquilizarme empecé a rezar y tampoco pude rezar porque en seguida tu nombre resonó en mis oídos y el eco de tu voz me mareó. ¿Qué misterio hay en tu voz? No lo sé. Pero en esas noches me parece percibir tu voz en la quietud estremecedora, en los rumores que se elevan bajo el cielo. Sí; estoy condenado. No me quejo porque al pensar que me condeno por tí, me siento dichoso. ¿Diré lo mismo en

el momento de la muerte, cuando el frío comienza a invadir mi cuerpo y aun pueda ver, en el último latido, lo que fué mi vida antes de haberte encontrado y lo que fué desde que me hingué a tus pies? Posiblemente, en vez de recitar la oración, en vez de prepararme para morir cristianamente, recordaré tu rostro, creeré que tus ojos me miran y en mi alma perdida aparecerá la luna y oiré tu voz, como la oí anoche... ¿La luna tendrá también algún sortilegio?

—¿Quién sabe qué sortilegio destila la luna! — contestó Laura. — Acaso nos impresiona tan tristemente porque somos seres tristes y vienen a nuestra memoria las horas que no hemos vivido y que no podemos vivir. Hermanito, resignémonos. La luna es para las parejas felices. No es para nosotros. Pero tú me repites continuamente que eres feliz.

—Yo lo soy, madona. Soy un hombre miserablemente feliz. Soy desventurado y feliz.

Al despedirse, Aleardo, con la cabeza baja, dijo:

—Madona, esta noche no dormiré en el convento. Hoy me han expulsado...

Laura calló. La lástima le removía el corazón y humedecía sus ojos. Le preguntó:

—¿Qué harás ahora?

Sin inmutarse y sin ánimo de afligirla, repuso:

—Lo que he hecho siempre; pediré limosna.

Cuando era niño conocía todos los umbrales de Siena.

III

Los umbrales de Siena fueron de nuevo el lecho hostil de Aleardo. Cunado se extinguían las luces y Siena se dormía en la inmovilidad, el mendicante se refugiaba bajo los anchos portones que abrían su negro hueco sobre los costados de la plaza. En los peldaños de la torre, a cuyos pies gemían los surtidores de la Gaja la perpetua melopea del agua, o sobre el zócalo del Palacio Público que mostraba en la noche la fila maciza de sus almenas, reposaba del torvo e insistente caminar de la jornada. Su vida se había roto. Ya no rezaba como antes, a pesar de su fervor y de su credulidad estricta en los mandamientos. En el vasto silencio, que desgarraba el ladrido de los perros o estremecía el aullido lejano del lobo, reflexionaba, acurrucado en su manto raído, como se acurrucaban los mendigos que en los portales vecinos se escondían en los andrajos del frío y de la humedad. Su vida desfilaba en esos insomnios tediosos, en la turbia sucesión de sus días monótonos. Y evocaba con dulzura mortificante la niñez humillada, el hambre en las callejas sumergidas en el lodo de los inviernos. Mas, ese sufrimien-

to, en aquellos años ágiles, se le presentaba revestido de aspectos agradables. El fortuito alimento conseguido en una posada del suburbio le hacía olvidar su miseria de niño desheredado y le infundía el deseo de correr con los chicuelos en persecución de los pájaros, o fingir en el juego las batallas de los bandos guerreros. La infancia angustiada renacía en su memoria en un despliegue jubiloso, comparada con la amargura de vagabundo en que vivía. A veces, el sol comenzaba a asomar sin que el sueño hubiese entrecerrado sus ojos. Pero no bien empezaban a palidecer las tías agudas de las iglesias en la fresca limpieza del alba, Aleardo se reanimaba y la esperanza de ver a Laura caldeaba su espíritu como una promesa de felicidad. Se enderezaba pesadamente, vencido el cuerpo de cansancio, sacudía su capucha y su sayal, endurecido por el rocío, se lavaba en la fuente, secándose con el revés de la manga, y emprendía la marcha por las calles.

En sus correrías trabó relación con un orfebre que trabajaba desde el amanecer en su tugurio, contiguo a un colegio, donde se le otorgaba, a la hora de la calocion nocturna, una escudilla de comida o se le permitía pernoctar en el desván en que se amontonaban los utensillos gastados. El orfebre le dió hospitalidad para instalar su torno y ganarse el sustento con la fabricación de cerámicas. Era un anciano lívido, de movimientos

diligentes, que cantaba coplas regocijadas mientras pulía el oro y fijaba con el fino cincel el complicado primor de emblemas y de figuras en el espacio de una sortija. Aleardo pensaba en las manos de Laura, leves y pálidas, e imaginaba en sus dedos esa sortija en que se desmayaba, redonda y gruesa, una perla amarillenta.

—¿Para quién cincelas esa sortija, maestro? —interrogó cierta vez al ver como la alejaba para juzgar su efecto en la luz.

—¡Quién sabe, hermano! Nunca falta quien compre una joya delicada. Las joyas son monedas de amor. Las mujeres no resisten su brillo. De joven me han abierto más de una vez la cámara de una doncella. Como te digo, alguien la comprará. ¿Por qué no la ofreces a la señora que te protege? Si la vendes, tendremos ganancia para darnos el gusto en el figón y celebrarla con una medida de rico vino.

No contestó Aleardo. La sospecha de que era capaz de semejante oficio ante la mujer que divinizaba en su adoración, le lastimaba como un ultraje. A pesar de eso, prometió hacerlo porque un pensamiento oblicuo se le cruzó sin poder descharlo.

Almorzaba todos los días con Laura y las horas de plática bastaban para dar a su vida una serena conformidad. No se quejaba, no anhelaba más que estar en su compañía y oírla hablar, pues

hablarla, oír su voz y ver sus ojos constituía su dicha. Le decía invariablemente:

—Madona, soy un hombre feliz. Nada soy; nada poseo, nada quiero ser y nada quiero poseer. Lo único que necesito es verte. Soy un hombre feliz.

Le contestaba:

—Te envidio, hermanito. Como estás enfermo, puedes vivir de ilusiones, porque las ilusiones son una enfermedad del espíritu. Yo, desgraciadamente, no consigo ilusionarme.

—Eres una santa. Si no fueras una santa ¿te inclinarías hacia mí que soy un despojo y me alentarías como me alientas? Eres más piadosa que Santa Clara y Dios me perdone lo que digo. Me echan del monasterio, me echan de los umbrales. Sólo tú me acoges como si fuese uno de esos caballeros de suntuoso jubón que venían a tus tertulias. ¿Te acordarás de mí después de que me haya muerto? Estoy cierto de que me extrañarás y cuando tejas o bordes en la terraza, en las tardes de otoño, como ahora, vendré a tu recuerdo y pensarás en el pobrecillo que una vez se detuvo ante la puerta de esta casa y no se olvidó más de la mujer que lo miraba desde lo alto de la escalera...

—Desde hace algún tiempo — repuso Laura — piensas demasiado en la muerte.

—No hay que temer a la muerte, madona. ¿Qué importa morir hoy o morir mañana? Madona,

anoche yo estaba descansando bajo el pórtico de la catedral y te ví pasar acompañada por una persona que no reconocí. Me pasé la noche suspirando y contando las estrellas. ¿Estás enamorada?

—Ojalá pudiera enamorarme. Aleardo, necesitaría enamorarme, o bien, necesitaría morir. Pienso como tú, en la muerte, sin el miedo que me causaba antes.

Levantó la mirada hacia el mendicante y su palidez la sobrecogió. Tenía los ojos hundidos en dos círculos morados. Enflaquecido, encorvado, parecía un hombre a quien iba abandonando la vida y a quien solo quedaba de su vigor la fiebre del espíritu, la ansiedad en que temblaba la imagen de esa mujer.

Para ocultar el pensamiento que la roía, preguntó:

—¿De manera que me has visto anoche?

Aleardo sacó de la fatrilquera un pañuelo que empezó a desanudar con lentitud.

—Madona, — le dijo — nunca sabemos cuando vamos a morir. Presiento que voy a morir pronto. Quisiera dejarte un recuerdo. Te he comprado este anillo, con la venta de unos vasos que hice y de un crucifijo que tenía.

Y sin esperar respuesta se apoderó de la mano y le puso el anillo en que resplandecía la perla en un encaje de piedras azules. Agregó:

—Así, al mover la mano, cuando ya no esté entre los vivos, tendrás presente a tu pobrecillo, el pobrecillo que gracias a ti no ha visto inútilmente el cielo.

No tuvo tiempo para reponerse de su sorpresa ni para rechazar el regalo. Aleardo había huído con la levedad de una sombra. Del jardín venía el rumor de los árboles movidos por el viento de la tarde y el sol que se ponía desmayadamente sobre Siena, al tamizarse por los cristales, reverberaba con reflejos cárdenos en la redondez de la gema. Una sospecha entristecía a la mujer y a la vez la llenaba de una profunda emoción.

Ciertamente, no tardó en saber lo ocurrido. El orfebre se le presentó algunos días después y le refirió la forma en que confió la joya al mendicante.

—Lo sé — respondió Laura. — Me proponía enviarle inmediatamente el dinero. Esperaba al hermano Aleardo para que se lo lleve; pero parece que se ha enfermado porque no ha vuelto desde entonces.

En efecto, Aleardo temía volver y su propósito era no arrimarse más a la casa de Laura. En los momentos en que le sacudía la tos, en los días de hambre y de sueño, pensaba en la muerte, sin sobresalto y sin inquietud, como si la viera siempre delante de sí. Con frecuencia se proponía alejarse de Siena e irse a alguna pequeña aldea pa-

ra resguardarse en un convento. Esas ideas contradictorias le preocupaban con una fijeza continua sin alterar la tranquilidad de su espíritu. Acariciaba con la misma vaguedad y con la misma constancia el pensamiento de la muerte y el pensamiento de la soledad en un rincón apartado. Andaba por las calles, sin rumbo, sin objeto, con paso desgobernado y torpe. A veces, hacía y deshacía por horas y horas el camino emprendido sin saber adónde y al sentirse fatigado, se desplomaba sobre un umbral. Comía al azar, en la entrada trasera de alguna mansión en que la servidumbre repartía los relieves del yantar a los mendigos, o se conformaba, en las hospederías de los arrabales, con el convite de los arrieros. Y en esas andanzas de ensimismado la imagen de Laura precedía su tranco claudicante, llevando a sus labios una sonrisa fugitiva.

No pudo ser fiel mucho tiempo al propósito de no verla. Su voluntad se debilitaba, sus fuerzas decaían. Había adelgazado con el ayuno prolongado y la falta de reposo. Las sandalias rotas le quedaban holgadas, y la estameña deshecha en franjas pringosas colgaba sobre su cuerpo como sobre un palo. Al presentarse en ese estado ante Laura, se sintió tan humillado que hasta se olvidó de la aventura del orfebre y del anillo. Al tenderle la mano y ver en ella relucir la perla, se sobrecoigió brus-

camente y sus ojos, recorridos por estrías bermejas, se humedecieron. Apenas pudo balbucir:

—Madona, yo se que no tengo perdón. No he robado para comer ni para dormir. He querido dejarte un recuerdo...

Su voz se quebró y de su garganta brotó un sollozo.

Laura se sentó a su lado. Para animarle, para suavizar su congoja y disipar su vergüenza, tendió la mano y le mostró el anillo.

—Lo llevaré siempre, hermanito. Nadie me ha hecho un regalo tan magnífico.

—Lo he robado, madona.

La mujer lo miró con una expresión de triste ternura y le tranquilizó:

—Ninguna mujer ha recibido en su vida un regalo más espléndidamente pagado:

—Me hace bien oírte, madona — dijo Aleardo, con voz débil y que, no obstante eso, tenía ese tono de convicción y de firmeza en que se expresan los hombres en las circunstancias decisivas de su existencia. — Me hace bien oírte — insistió. — Lo que me dices es más de lo que necesito, es más de lo que podía y de lo que debía esperar. Puedo decirte que estoy contento. Antes llenaba mi espíritu un deseo vago y perezoso de dulcedumbre religiosa y de humildad. De pronto, todo eso se ha desvanecido y tú me llenaste el espíritu y contigo en el espíritu bajaré al sepulcro. Hasta creo que, a pe-

sar de mis desórdenes, de mis caídas, de los actos censurables realizados sin malicia y sin discernimiento, he llegado a la perfección que perseguía en otros tiempos. ¿No ves, madona? Me has dicho una palabra de cariño y en vez de sosegarme, me he puesto vanidoso.

No volvió a ver a Laura. Aquella noche, al ir a sentarse en el umbral del Palacio Público, sufrió un desvanecimiento. Una racha de aire frío, al castigarle el rostro, lo reanimó. Intentó levantarse. Se apoyó en el peldaño sin lograr hacer un esfuerzo. Tenía la frente sudada y helada, las manos le temblaban, sus pies estaban rígidos. Nuevamente se le obscurecieron los ojos y en ese vahído, en que le parecía rodar en el vacío, atraído hacia el fondo de un abismo, percibió, confuso y remoto, el sonido de una campana.

A la madrugada se le encontró extendido de través en la acera. Los transeúntes, al advertir que respiraba, movía lentamente los ojos y no contestaba, comprendieron que estaba grave. Uno de ellos afirmó:

—Se está muriendo; la cabeza le arde.

El otro respondió, a su vez:

—Tiene los pies helados y yertos. La muerte entra por los pies. Es un mendicante. Deberíamos llevarlo al convento.

Le cargaron como a un cadáver y por la calle retorcida y angosta, se dirigieron hacia el monas-

terio en que Aleardo había pasado sus años infantiles de buena disciplina y de oración.

Una semana pasó en una somnolencia febril, agitando sus miembros descarnados y murmurando imperceptiblemente palabras que el monje guardián no podía descifrar.

—Invoca continuamente a la Virgen, decía al dar cuenta al prior del estado del enfermo. Continuamente llama a la Madona.

En su interminable agonía, Aleardo veía desfilas su vida. El terror de la muerte le dominaba, le agitaba en rápidas convulsiones y abría sus pupilas inmóviles en una expresión de pavor. Y no era la muerte lo que temía, sino la condenación de su alma, agobiada por el recuerdo de sus malas acciones. En los instantes en que la fiebre cedía y se apaciguaba su ánimo, pensaba en el fin con menos ahogo y con menos temor a los castigos eternos.

—Hermano — dijo al que se hallaba a su lado en la celda — he pecado mucho. Pero he sufrido mucho y en mi vida hay también buenas acciones. ¿Crees, hermano, que me condenaré y que Dios no tendrá misericordia de mí? ¿Quieres conocer mis buenas acciones, hermano? ¿No crees que Dios las tendrá en cuenta al juzgarme?

Su voz salía, ronca y opaca, como si estuviera hirviendo en el fondo de su garganta.

El que le cuidaba, quiso tranquilizarlo:

—La bondad de Dios es infinita.

—Sí — prosiguió Abelardo—; también tengo buenas acciones en mi existencia.

En el nublamiento agonioso, creía perseguir, en una llanura calcinada, cubierta de surcos manchados de sangre, reptiles alados y pájaros que desenvolvían en el espacio colas viscosas.

—Conozco esos monstruos — pensaba —; los he visto esculpidos en los muros de la catedral. Son los pecados.

Los perseguía con furiosa obstinación. Les arrojaba piedras, los espantaba con sus gritos, les corría, en el aire y en el suelo, con la señal de la Cruz. Pero, los monstruos reaparecían, pues el cristiano piadoso ha de luchar con ellos sin cesar. De pronto, dejó de perseguirlos y se puso a oír el canto de un pajarillo de alas verdes que se estremecía en la rama de un árbol. Así estuvo oyéndolo hasta que alguien le tocó el hombro. Se dio vuelta sin encontrar a nadie.

—Ha de ser la muerte, supuso. Estoy condenado porque abandoné el santo combate de los monstruos para extasiarme con la melodía de una ave-cilla enviada quizá por el demonio.

De este modo deliraba Abelardo. Tornó a afirmar:

—He realizado buenas acciones.

Intentó rememorarlas. Nueva pesadumbre le aho-

gó al comprender que no podía recordarlas con seguridad.

Interrogó bruscamente:

—Hermano, ¿Qué es una buena acción? ¿Es una mala acción oír el canto de un pájaro o contemplar una nube en el cielo? Sí; tengo buenas acciones. Mis buenas acciones me salvarán...

Confiaba en que esas buenas acciones le salvarían y pesarían más para absolverlo en el otro mundo que los errores de su conducta. Mas, al pensarlo, la figura de Laura se le presentaba en su imaginación, esbelta, triste, callada, moviendo en la luz de la ventana la mano en que refulgía la perla del anillo robado. Y se olvidaba de sus pecados, de la muerte y de la condenación, para seguir, a lo lejos, con los ojos entrecerrados, la línea invisible del cuerpo que turbó sus sentidos y el eco de la voz que turbó, en el camino de la santidad, su alma cándida e intacta. Esa alucinación lo sobrecogía en los estremecimientos agónicos. y con voz desgarradora exclamó:

—¡Las buenas acciones huyen de mí! ¡Estoy condenado, hermano!

Se quedó mudo; sus pupilas se ensancharon, fijas en el muro borroso de la celda: sobre el crucifijo pequeño se diseñaba, deslumbrante en su ropaje de niebla celeste y circuída de rayos, como el sol, la imagen de la Virgen. Era idéntica a la Madre de Dios que se alzaba en el altar. Sólo en

el rostro se diferenciaba; tenía el rostro de Laura. Al contemplarla, Aleardo descubrió en la aparición un aviso divino. ¿No era un milagro acaso que la Virgen se le manifestara bajo la apariencia de la mujer por la cual se creía condenado? ¿No significaba ello que la muerte le conducía por la senda salvadora? Y así comprendió, por la mística significación de su presencia, que sus buenas acciones desaparecían en la hora suprema y lo que estimaba como la desventura de su vida y el daño de su alma, le salvaba, porque era en eso en que había puesto su amor, que mueve a la misericordia poderosa. Y con el pensamiento puesto en la Virgen y en la mujer, murmuró por última vez:

—Madona... madona.....

EL ROMANCE DE DOÑA
FLORINDA

Gran llanto hace la Cava, con gran dolor y amar-

Porque vió la perdición y la crueldad tan dura
Y que fué ocasión dello la su gran hermosura.

(Silva de Romances)

Acechábalas el rey de cierta ventana...

(Mariana, "Historia de España", 1, capítulo XXI, pág. 179).

I

Invierno y verano, en los días de viento castigador como en los de aire grato al rostro, don Rodrigo el rey era el primero en dejar oír sus pasos en los hondos corredores del palacio. Aun había silencio en las cuádras y sombra nocturna sobre los adormecidos alabarderos de los portales, cuando el alto señor mostrábase ya dispuesto a la dura fatiga en que se placaba su espíritu y se desenojaba su humor. Muy de mañana paraméntábalo Fruela, que en la casa real aprendía el oficio de las armas y las maneras convenientes a todo buen fijodalgo; ceñíale la cota de gruesa malla, le pendía la espada de

joyosos reflejos, le calzaba las espuelas de temblante tintinear, mientras don Pelayo, capitán de la guarda, tenía por regla referirle las cosas dignas de saberse del Reino y atañederas al útil gobierno. Y de este modo, antes de asomar el sol al filo negro de las torres, veíase al rey ocupado en los trabajos de su afición, como en los tiempos en que era duque de Bética y corría por campos y caminos, lanza en mano, seguido de su gente. Torvo ceño pintaba su pesado ensimismamiento y, más que su ceño, el estar callado siempre avisaba a los de su vecindad lo sombrío de su ánimo.

Descollaba su cabeza, poblada de espesas greñas, como árido cerro, y sus ojos, dilatados en triste obscuridad, miraban lejos, cual si algo los apartara en obstinada contemplación. Bien le querían los hombres de su servicio y feudo, porque siendo de corazón denodado, no era cruel, y antes que a la ira se daba al benigno consejo. Muchos de ellos estaban en su familiaridad desde sus comienzos y habían sido testigos del padecer y de los esfuerzos que le llevaron a la preeminencia entre los mayores y le granjearon la feudalidad de poderosos magnates. Años y años tuvo por lecho el áspero suelo y por dosel las ramas del árbol en que ataba la cabalgadura; en años y años fué su alimento el pan moreno de los cortijos asaltados y su bebida el agua sacada del río en el hueco del casco. Curtióle el frío; el hambre habíale adiestrado en su escuela

y las hazañas, las peleas, las derrotas, en la vicisitud de la suerte diversa, le adocrinaron en la audacia y le instruyeron en la liberalidad. Mas, llegado a las gradas del Reino, hundióse en las cavilaciones, huído de su temple el brío que en la sazón de la mocedad daba ímpetu a su brazo y bronco tronido a su voz.

Trancurría su jornada en los patios en que los hijos de los vasallos y los de los mayorazgos de Toledo hacían ejercicios en el amaestramiento de corceles o enseñaban a los perros, mostrándoles una oreja de lobo, el husmo de la huella. Don Rodrigo, sentado en un escaño, los codos en las rodillas y la frente en las palmas, tendía la mirada perdida, asentía con débil signo, hacía su opinión en cortas palabras. De más allá, muro en el medio, venían las voces femeniles que se levantaban, confusas y alegres, en los jardines en que se esparcía con sus servidoras, dueñas y amigas, la reina Doña Ejilona, que iba y volvía con el rezo en los labios. De las mujeres que la acompañaban, a la que prefería era a Florinda, llamada la Cava y que fuera confiada por el conde Julián, su padre, a la Corte de los reyes godos, para su custodia segura y educación en las artes finas y provechosas a las princesas. Era la más hermosa de todas las que se encontraban en el recinto de Doña Ejilona; era hermosa por el cuerpo y las nobles muchachas complacíanse en verla cuando se desceñía los vestidos

para bañarse y se envolvía en los cabellos como en un manto de espesa y negra seda. Negros eran también sus ojos aunque se les creía claros porque dejaban en el recuerdo un brillo de acariciadora diafanidad. Dígase, además, que era mayor la hermosura de su espíritu, que se traslucía en lo blando de sus razones y subía a su acento en un rumor de cántico, que adulaba al oído y filtraba en los que la oían la grave melancolía de no olvidarla más. Es lo que ponía de pronto inmóviles a los caballeros del rey, que se entregaban en los patios contiguos a los menesteres viriles de su condición y que al presentirla se les aliviaba el alma en suspiros prolongados. En más de una ocasión se enredaron, por discutirla o recordarla, en pendencias que don Rodrigo cortaba con un gesto; más de una vez, sin motivo, aparecían lágrimas en sus enjutas mejillas.

En las veladas de la sala espaciosa, de arcadas oscuras, que tornábanse más oscuras todavía bajo la luz fumosa de los candiles y de los hachones, las mujeres de la reina cantaban y danzaban. Pero nadie lo hacía con la gracia cautivadora de Florinda, la hija del conde Julián, gobernador de Ceuta, y diligente en la amistad con los caudillos de Africa. Y tanto fascinaba con su movimiento y con su plática que Gundemara, que era entendida en la ciencia no cumplidera y conocía misterios y agüeros, solía creer que encantaba por mandato de

sinuosos designios. Danzaba levemente, silenciosamente, y los que presenciaban su danza ligera, enmudecían de embeleso, dejaban de respirar, entreabrían la boca como si quisieran sorberla. Al terminar, sentábase junto a su señora y se sumía en quietud, inclinada la testa de macizo y relumbroso pelo; de su nuca huía un tenue blancor y sus manos pálidas, caídas en el regazo, parecían dos lirios brotados de la profundidad lóbrega del terciopelo que la ceñía. En esas diversiones don Rodrigo no se movía de su rincón. Don Pelayo y don Fruela, en asientos bajos, le conversaban sin oír respuesta. Don Rodrigo miraba sin ver y oía sin oír.

—Señor — opinó cierta vez don Pelayo — ocultáis una pena o meditáis alguna venganza. ¿Os inquietan, acaso, los hijos de Witiza?

Don Rodrigo fijó en el que esto le dijo una mirada saudosa. Púsole las manos en los hombros y contestó:

—¿Dónde están, el amigo, los días en que comíamos rancia carne en los bosques, preseguíamos a los facciosos y dormíamos con una piedra por almohada, el sueño breve y contento?

II

No recelaba don Rodrigo lo que podían tramar en lejanos señoríos los hijos del rey Witiza. Ahuyentados por el temor de las emboscadas y de las persecuciones, hallábanse en remotos refugios. Dominaba en el Reino la paz, y a pesar de esto, el rey no retornaba a su vivir activo de antaño, ni se sobreponía a su opaco decaimiento. No restaban vestigios de su antigua y extraordinaria destreza para sujetar la voluntad de los demás con el ingenio de sus discursos y la cortesía de sus agradables modos. Los que llegaban de regiones sometidas a su dominio y lo sabían acogedor y placentero, de fácil hospitalidad en la mesa, de afable trato en los paseos, cacerías y justas, se asombraban de su faz lúgubre, de su hosquedad cavernosa, de su constante apocamiento.

Don Fruela contaba, con azorada lástima, lo que viera hacer al rey, en momentos en que había abandonado a sus consejeros reunidos y se dirigía por un pasadizo que iba a las cámaras internas. Al acercarse hacia la áurea columna, rematada por la efigie de Wamba, el bien alabado, y a quien se rememoraba por tantas proezas de guerra y de santidad, vió a don Rodrigo, con las pupilas veladas, descargar furiosamente un puñetazo en el arcón de aristosa cubierta y en la cual quedó, en

el espacio del golpe, una mancha roja. Dijérase que el dolor le hubiese apaciguado con esa descarga de la rabia contenida. Contempló la mano ensangrentada, tembló con temblor tal que hacía sonar las anillas de la cota, y por fin, desplomóse, arrimado al muro, y gimió, gimió lentamente, ahogadamente, con lloro denso y tenaz. Es lo que don Fruela solía contar, por haberlo sorprendido desde la diminuta estancia, en una siesta en que le aguardaba Gundemara, dadivosa de lo suyo. ¿Cómo se explicaba ese cambio sobrevenido en el alma y en el comportamiento del rey? Más allá de las puertas de Toledo, en castillos y en ventas, relatábanlo y a menudo salía del instrumento de los juglares la trova con la verídica historia de la tristeza del altivo vencedor de los secuaces de Witiza y de los rebeldes de Bética.

Ello aconteció en el atardecer de un sábado, al visitar el rey al saludador que vivía en el torreón y leía en el alfabeto de los astros el sino de los hombres. Por la ventana, mientras el anciano le hablaba de lo que pertenecía a su saber, divisó a las doncellas de la reina. Con ellas jugaba Florinda. Columpiábanse en los vástagos de los árboles, corrían, saltaban, se escondían y se buscaban detrás de las frondas. En esto, al saltar, cayó Florinda, y la ropa se le levantó, permitiendo más presentir que ver lo que descubría. Don Rodrigo bajó los párpados como quien queda cegado con el

fuerte espejeo de una luz. No pensó en lo sucedido, más no pudo olvidarlo, porque de rato en rato, volvíale a la memoria lo que presenció desde la guarida del judiciario. Y en la noche, le turbaron sueños malignos. Al otro día volvió al torreón. No estaban las doncellas. Florinda paseaba sola por el jardín y al advertir al rey en la lumbre, le saludó con respeto y le sonrió con tal donaire que don Rodrigo no recordó más lo que el azar le mostrara y únicamente se solazaba en la evocación de aquella sonrisa. Desde esa oportunidad, despierto o dormido, le sonreía así y ese sonreír iluminábala toda en las visiones en que se le presentaba y que aligeraban y apesadumbaban a la vez su alma anochecida de duelo. Porque el amor es duelo para el corazón cuando choea con lo imposible o lo enardece lo arduo con su escondido acicate.

Dióse cuenta el rey de que esa llama lo había dejado mal encendido. Decidió encubrirlo y acallarlo, según lo guiaba su reflexión. Más no lo consiguió. Tornóse bruseo, mudo, irascible. Los negocios del Reino no le preocupaban; ya no estimulaba su empeinado ánimo el deseo de los empeños hazañosos. La gloria de combatir, de vencer, de imponer su cetro y su ley a los pueblos de aquende y allende montes y mares, no le halagaba ya, ni espoleaba, como le ocurría en los años mozos, el aguijón de su quebrantado orgullo. Narrábanle

los sucesos de los berberes sin que el enojo le hirviera en rápida gana de castigar al infiel; le referían esquivos manejos del obispo don Opas, allegado y pariente de los hijos de Witiza, sin que le tiñese bermeja llamarada de rencor.

Desde que abandonaba el lecho hasta que al lecho volvía, rendido por el cansancio, transido de penurias, veía la imagen de Florinda en la prestancia triunfal de su belleza y en el sortilegio sometedor de sus dones. A veces era tan precisa y cabal su visión que se despertaba, se incorporaba y erguía los brazos en actitud de asirla, seguro de estar a su lado, y los dejaba caer después con el abatimiento humillado del que sufre el engaño de una dolorosa ficción. Sin estar dormido le sucedía lo mismo con frecuencia. Llevaba esa visión dentro de sí, puesto que la incomparable doncella, la doncella de blando hablar, de blando mirar, de blando reír, se le había metido en el espíritu y destilado en su sangre, y se mezclaba a sus latidos. Y no la veía con tortuoso y encelado pensamiento, sino con plácido y sereno regocijo que cedía al dolor al sentirse tan apartado de ella como al júbilo de notarse colmado y poseído por su presencia. Creía que el hechizo pasaría con el tiempo. El tiempo contó lunas y lunas sobre el cielo liso de Toledo y no vaciaba el alma del rey de la pesarosa aflicción que lo roía, como roe la herrumbre al hierro en las largas treguas.

Gundemara, adivinadora de lo que los otros ignoraban, decía en su esparcimiento con don Fruela:

—Tiene el rey en el corazón una llaga que lo come. Y preguntaba al garzón: ¿Es más hermosa que yo la hija del conde Julián?

Y para obligarlo a responder como quería, arqueaba el cuerpo blanco, enloquecido de estremecimientos.

Los encuentros de la pareja no desazonaban la avizora parlería de la gente de palacio, pues en la Corte goda el acercamiento de los que se buscaban no daba cuidado ni aguzaba el ardid de los amantes. En los yantares corría el vino, la canción lánguida erizaba los sentidos de embriagada turbulencia, y al ocultarse el sol detrás de los adustos muros, se hallaban en los amenos sitios varones y mujeres. No así Florinda, que era de austero empaque, ni don Rodrigo, bravo en el combatir con el enemigo, temerario en el riesgo y medroso delante de las mujeres como un párvulo tímido. Casado en temprana edad con doña Ejilona, no tuvo en su Corte ni en sus travesías por ciudades y Reinos disfrute con damas ni con villanas. Cifró su vida en el guerrear, en las reyertas, en las paces, en los difíciles avenimientos con los grandes. Por tales causas, menos aun atinaba salir de su mal y callaba su dolencia, y el callarlo ahondaba su herida, como ahonda el agua la cuenca por donde se escurre sin cesar.

Una tarde, Florinda cruzaba el ancho aposento del estrado real, hundido en la penumbra del poniente. De pronto, parecióle ver un bulto en el fondo, velado ya de tinieblas. Detúvose en vez de huir porque a sus oídos llegó, sofocado y anhelante, el eco de un gemido.

—Alguien a quien hirieron en riña — pensó, recordando las foscas rivalidades, por negocios y amores, de que se hablaba en las veladas de doña Ejilona. Movida de compasión, aproximóse e indagó:

—¿Estáis herido?

Un sollozo, formidable y desgarrador como un bramido, fué la respuesta que obtuvo. Florinda indagó de nuevo:

—¿Quién sois?

Don Rodrigo sintióla en el dulzor conmovido del acento. Sin resistir, elevó hacia ella la mirada y los brazos en lastimera súplica. El pavor la aterró. Retrocedió con lentitud, temblorosa, hasta chocar con el umbral. Se dió vuelta y huyó sin detenerse, rumbo al patio donde las doncellas hacían labores y contaban sucedidos a la reina, que bordaba un paño carmesí, con hilo de oro e hilo de plata, el rostro doliente y radioso de la Virgen.

Doña Ejilona, sin fijarse en la empavorecida turbación de Florinda, preguntó:

—¿Ves, la doncellita? La Virgen se te asemeja.

Florinda, con apretada voluntad para serenarse, interrogó, dando a su voz la calmosa beatitud que invadía y extraviaba los ánimos:

—¿Le hará, mi señora, los siete puñales enclavados en el corazón?

Gundemara murmuró avizoradamente:

—¿Dónde hay amor sin siete puñales?

Así fué como Florinda supo que don Rodrigo había perdido por ella la paz del alma, las virtudes necesarias a la fama de los monarcas, la resolución en los propósitos, la firmeza y el coraje, para convertirse, bajo los vigados techos del palacio, en un espectro lloroso. Una angustia mordedora la obscureció, y sin querer revivió en su memoria la predicción que en una partida de juegos y adivinanzas le hizo Gundemara; afirmóle al fomular el horóscopo, vertiendo un chorro de cera en el agua, que sus ojos incendiarían el Reino. No le dió miedo recordarlo. Tranquila, arri móse a Gundemara y mirándola con indiferente desdén, la mimó con esta alabanza:

—Eres bella, Gundemara. Hoy me pareces más bella que nunca...

III

El abatimiento habíase cambiado en el espíritu de don Rodrigo en una suerte de agria dicha que

gozaba sombríamente en el silencio de sus prolongados paseos en la soledad. En la soledad hallaba asilo y descanso. En la cámara, entenebrecida por las colgaduras, gustaba pasar las horas, y así como el avaro no se aparta de su tesoro y lo devora con su mirar, así don Rodrigo el rey, vivía en la contemplación quieta, sumisa y trémula, de lo que llevaba dentro de sí. Cual si hubiera esculpido en la carne dolorida de su corazón los rasgos de Florinda, de tal manera la veía presente sin poder libertarse de su misteriosa compañía. La veía con más exactitud en esas apacibles apariciones que en la realidad misma, pues, su cuerpo, que en su imaginación se vestía del esplendor de los ángeles, se le revelaba castamente, tibiamente, en su suavidad ondulosa, radiante y ágil. Florinda surgía constantemente en su recuerdo en un deslumbramiento embelesador, sonriéndole y posando sobre su tristeza, sobre su encorvamiento fúnebre, la piedad de sus ojos profundos. Y le bastaba la certidumbre de que la doncella dilecta conocía su pena y comprendía lo irremediable de su desventura, para que su desventura y su pena volviéranse, en su incesante cavilar, ilusiones dichosas.

De esta manera se persuadió don Rodrigo de que a pesar de su Reino, de su nombradía entre los reyes, de la envidia y del loor que venían de todos los puntos de la tierra para formar las vo-

ces gloriosas que lo levantaban en perpetua proclamación, a pesar de tantos y tan señalados hechos de prócer entre los próceres, su vida estuvo vacía hasta el instante en que se sumergió en el sumo padecimiento, camino de la suma ventura. El pasado de sus días se demolía en el olvido y sobre su polvo gris alzábase una nueva existencia, atormentada, suspendida en la inquietud, mecida en la desesperanza, embrujada de fascinación para cuya fuerza no tenían conjuro los sabedores. Y en el reposo de la tarde, en la vigilia sin fin, en los amaneceres rosados o nevosos, donde estuviere o por donde anduviere, su pensamiento acongojado se recreaba en la visión deleitosa y lejana. A su influjo, la reciedumbre de su carácter se transformaba en clemente complacencia, como si la femenina bondad de Florinda se tamizara en su alma de aguerrido varón, que en otros años, los años de las bregas bárbaras, llenaba la llanura con sus retos espantables, con su tremendo alarido de campeador de masnadas, que conducía en la sombra de su lanza el presagio de la muerte. Abrevábase en sí, resguardábase en su intimidad removida por el dolor, y se afinaba en un sentimiento de misericordia delicada que le hacía otorgar behetrías a los señores contrarios, fueros a las poblaciones descontentas, beneficios al cauto moro, que traía de las islas, marfiles labrados, esencias y telas livianas, livianas como un soplo que

tejían en sus telares crujientes los meditabundos artesanos de Mosul. Bajo la coraza bruñida del rey, latía un corazón domesticado en el amor y que el amor maceraba en los aromas mortales de la añoranza de lo no venido. Florinda lo compadecía silenciosamente. Ya no la tentaban los juegos; la danza a que acostumbraba darse con jovial aturdimiento de rapaza, no la cernía más en la voluble y armoniosa movilidad y de su boca, que se abría en un pliegue distraído, no volaba el canto de las ajenas cuitas, porque la cuita suya la sellaba en pensativa mudez.

Reconocía, por el ruido contenido y temeroso, los pasos del rey, y mientras gualdrapeaba el bastidor en que bordaba los símbolos de una ofrenda religiosa, miraba de soslayo al que sufría por ella.

Una mañana, mañana de San Juan, encontróla el rey juntando, en el prado, rumoroso de pájaros, flores para las festivas guirnaldas. Palideció don Rodrigo. Quiso vencerse para decirle algo. Le saludó:

—Dios te guarde, la doncella.

Y su pecho se sacudió en un estallido. De sus ojos, que tenían la quemadura rojiza de los insomnios, cayeron espaciosas lágrimas. Repuesto, añadió:

—Ya ves, la doncella, como me tienes. Yo era el rey; ahora ni siquiera soy un hombre.

Florinda lo encaró, rígida, caídos los brazos, que dejaron al aflojarse, un haz de flores a sus pies:

—¿Qué diría mi padre que me dejó aquí en custodia de su señor y de su amigo?

Don Rodrigo repuso con plañido apenas perceptible:

—Soy fementido, soy desleal. Y quisiera serlo más aun si con ello consiguiese sufrir más por ti. Preguntas qué diría el conde Julián. ¿Averiguo lo que atañe a mi Reino y a mi casa? Vencido me tienes; vencido moriré.

Gacha la cabeza, colgantes los brazos, como rotos, torpe, agobiado, alejóse desgobernadamente como si fuera a desplomarse. No anduvo mucho sin creerse alucinado otra vez, como en las noches y como en los días que enhebraban su existir de fantasma. La caricia canora de la voz que siempre vibraba en sus oídos, lo arredró. Florinda estaba a su lado. Musitó:

—Don Rodrigo...

Detrás del espeso ramaje que ocultaba la fontana blanca se oyó un crujido. Florinda, sobresaltada por funestos augurios, recabó con anhelosa pregunta, que más se adivinaba que oía:

—¿Será Gundemara?

Pero, al mirarse bien en los ojos, sus almas, limpias de recelo, se anegaron de súbita alegría.

IV

Gundemara había sido. Aguardaba en aquel lugar a don Fruela, que debía hallarla a esa hora. Su filosa curiosidad viboreaba en los resquicios de los muros, en los claros de las ramas, en las vueltas de los corredores, para descubrir lo que sucedía en la vida cargada de pesadumbre del rey y lo que acaecía en la vida humildosa de Florinda, jamás hallada en bizcos entuertos, que no temía hablar con los donceles ni decirles lindezas y burlas, y a la que ninguno habríase atrevido deslizarse cosa que la sonrojara ni intención torcida. Mas, esa virgen jubilosa y cándida, en que cantaba la gracia y triunfaba el primor, se veló de pronto y se tornó divagadora cual si atisbara en los distantes celajes lo que esperaba o no quería esperar. ¿Esperaba realmente? ¿Desconfiaba de algún temor? Es lo que el propicio azar denunció a Gundemara en la mañana de San Juan, junto a la fontana blanca, bajo la ramada suspirante del fresco gorjeo de los pájaros. Y más tarde, al ayudar a doña Ejilona ceñir la devanadera, refirióle lo visto, con gozosa cautela.

Sin verificar lo que le contaba, lo tuvo por cierto la reina, no por saberlo, sino por sentirlo en la ceñuda frialdad del rey. Calló ante el relato de Gundemara. Siguió devanando, devanando con ce-

leridad, en tanto se le escapaba el ritmo de la antigua cantiga:

Mañanica de San Juan

Vide flor et vide araña.

La reina curioseó, poniendo voz de confidencia:

—¿Mucho te enoja Florinda?

—No, mi señora. Canta y danza que marea a los hombres. Habla que los embruja.

Y la reina:

—Nada consiguió de ella don Fruela, siendo como es, decidor y garrido. Gundemara, ¿conoces al cristiano que viste albornoz y hace viajes a Ceuta?

—Le conozco, mi señora.

—¿Podrías llevarle, discreta, un recado?

Las dos mujeres se miraron, enderezadas por el mismo odio. Gundemara aseveró quedamente, como en un silbido:

—Carta para don Julián.

V

No tuvo el rey más trato con Florinda que el de mirarla, el de soñarla, el de saberse captado por ella. Virtud que hacía, consagrábala a su pensamiento; nobleza que confería o merced que daba, provenía de la presencia de la doncella en su recuerdo.

La Corte toda los espiaba. Conformábase don Rodrigo en contemplarla en las veladas, callado y taciturno como de costumbre. No era más que eso y más que eso no deseaba, feliz de sentirse compadecido por quien amaba, desventurado por merecer compasión en mal sin remedio.

Así pasaron los meses hasta que el conde Julián, anoticiado por la carta de doña Ejilona e instruído por Gundemara, que le hubo narrado lo que vió y lo que no vió, presentóse al rey para negociar memorables asuntos del Reino y entre los cuales quería escurrir el oblicuo intento de vengarse por creer agraviada la honra de su hija. En esa época el moro combatía con el francés y el Reino de España tenía paz. Aconsejóle el conde que enviara sus gentes a la frontera y de este modo, al ganar fácilmente la guerra, cobraría en tributos lo suficiente para llenar las arcas y traer la prosperidad al Estado. No deseaba el rey combatir. Anhelaba la muerte, esperanza de su tranquilidad, y temía morir porque amaba la vida en la alucinada visión de Florinda. Accedió por fin para bienquistar al conde y concedió a don Peláyo el mando de armas y de caballeros. Don Julián convino en regresar a Ceuta para impedir la venida de los infieles por otras sendas.

Recaderos suyos se avistaron con los lugartenientes de los hijos de Witiza y con el tío de ellos, don Opas, el arzobispo de ingentes aliados y au-

toridad. Don Julián vióse con las cabezas de la conjuración. A cada uno habló en su lenguaje y compró en su moneda, a éste dando y a aquél prometiendo, y a Tarif, el caudillo moro, prometió y dió la conquista. Con ellos se juntó en el monte que llamóse posteriormente de la Traición, cerca de Consuegra, que fué donde se prepararon las invasiones, comenzadas, hoy acá, otro día allá y extendidas poco a poco por el Reino, llevadas por los parciales del prelado y del vengativo urdidor. De ello tuvo noticia don Rodrigo. Comprendió que el destino le cercaba. Buscó a Florinda y, resuelto, serenado el corazón, le dijo:

—Mi reino cae a tus pies, como caí yo y esta es la única grandeza que habrá en mi vida.

VI

Con ella fuése al palacio encantado que existía en Toledo y que llamaban el Palacio de Hércules, de vetusta fábrica y de olvidado origen, cerrado con potentes cerrojos y anchos candados para que nadie pudiera entrar. Según el juicio del vulgo y el aviso de los sabios, a la hora en que fuese abierto sería destruída España. Hizo abrir el rey cerrojos y candados. Solamente encontraron una arca en la última sala. La cubría un lienzo sobre el cual veíanse grabadas figuras raras, en hábitos

raros, y en el friso una inscripción latina decía: *Esta gente será dueña de España.*

Entonces, Florinda lloró, persuadida de lo que por su amor sacrificaba don Rodrigo. Extrañóse al verlo. El rey no mostraba aflicción. Su mirada era alegre, quietamente alegre. Volvió a decirle:

—No te duelas, Florinda; un Reino tengo, un reino te doy; una vida tengo, una vida te doy.

Y con callado fervor puso en su mano un beso y una lágrima.

VII

Siguieron días de duro batallar. Sobre España se despeñaron, con la furia del alud, los ejércitos de los traidores, los hombres de los rebeldes y las huestes de Tarif. Hizo don Rodrigo un llamado a todo el Reino. Mandó acudir a los que estuviesen en edad, que de no obedecerlo derramaría sobre ellos crueles castigos. Y acudieron por los cuatro opuestos caminos fieles del rey, cuyas filas negreaban por el vasto llano hasta perderse como una nube en el horizonte. Pero, carecía de los aprovechados capitanes, ausentes con don Pelayo; y sus soldados, en vez de armaduras, se protegían con trozos de tabla, y en vez de armas empuñaban palos nudosos o hacían silbar la honda. Precedíanlos en su carro, jornada tras jornada, hacia los

campos en que se asentaban los invasores, en los lindes de Jerez. Y bajo el pabellón del carro, Florinda, como en los días inocentes, cantaba los cantares que afluían el dulce sentir al ánimo del rey.

Alojóse y fortificóse en la parte en que pasan las aguas del Guadalete. Siete veces se levantó el sol sobre los campamentos erizados de picas, convulsionados por los gritos, por los desafíos y por la amenazas. Siete veces la luna se levantó sobre las despavoridas falanges de don Rodrigo, seguidas de las mujeres y de los niños; y en la noche su gemir se oía en la distancia como un lamento unísono, acordado en la voz de un pueblo que presentía su perdición. Al octavo día, que era de San Martín, dióse la magna y postrera batalla. Estaban las haces enfrentadas y ordenadas. El rey, erguido en su carro de marfil, observaba en lontananza el fulgor de los escudos y las raudas carreras de los jinetes moros. Lo había vestido Florinda, según la usanza de los reyes godos, con los adornos tradicionales para entrar en combate. De sus hombros descendía la túnica de láminas de oro, y sobre su pecho bajaba una tela en que surgían en relieve palmas de plata, que rodeaban la cruz. Era la insignia de Florinda. Sus puños, recorridas por hinchadas venas, como crispadas de furor, se apoyaban en la espada desnuda. Expresábase en su fisonomía la tristeza resignada y fa-

tal que sienten los hombres en el momento en que su existencia se decide frente a la muerte.

Del otro lado del río, el viento traía el eco vago de la canción con que en el Africa se cantaba a los cristianos caídos en cautiverio y puestos en el banco de los galeones bajo el látigo del cómitre:

*De aquí non fugir
Aquí tú morir.*

El rey volvióse hacia Florinda, que en el fondo del carro, peinaba, a los rayos del sol saliente, sus tenebrosas guedejas y le sonreía como le sonrió al advertirlo en la guarida del adivinador:

—¿Oyes la canción? ¿Será anuncio de la derrota y del fin? Y don Rodrigo agregó: Sonríes como en el día en que quedé mal encendido.

—¿De esto te acuerdas, Rodrigo, cuando debes alentar a tu ejército y llevarlo a la lid?

Arguyó don Rodrigo:

—De esto me acuerdo ahora y quiero acordarme en el instante en que ya no pueda verte.

Giró hacia las haces y lanzó sobre la llanura palpitante un inmenso grito que fué la señal de acometer.

Su carro avanzaba; avanzaban las hileras godas con sus trompetas y sus cajas, sus garrotes, sus hondas, sus palas. Combatían y combatían; bajo el vuelo de las injurias y de las maldicio-

nes, se tajaban, se mordían, se estrangulaban. De trecho en trecho estrellábanse las flechas en el toldo de púrpura del carro real, en cuya cima resplandecía el globo del mundo que sostenía el emblema del Crucero. Llegó el sol a la mitad del cielo y las fuerzas contrarias no cedían. Adelantaban un palmo, retrocedían un palmo. Y don Rodrigo, alzado en su carro, infinitamente triste en medio de la pavorosa matanza, tornábase de vez en vez para fortificarse con la consoladora mirada de Florinda.

Empezaban los moros a sufrir el cansancio. Sus golpes venían más débiles, sus voces menos agudas, sus arremetidas menguaban el empuje. La flaqueza abría hendeduras en sus espesas legiones. Caballero que se atardaba en la marcha o en la embestida, daba bridas atrás. En esa dudosa situación, en que faltaba poco para que los godos se apoderaran de la victoria, don Opas, el arzobispo, mandó a los suyos pasarse al enemigo, y así el prelado entregó al de la Media Luna el Reino de la fe. La traición desanimó a los soldados del rey y amortiguó su resistencia. En vano los acuciaba con su voladora palabra y los animaba con sus ademanes. Las haces se rompieron y deshecho el orden, moros, rebeldes y traidores formaron cerco en torno de la extensa cohorte en cuyo centro el carro real brillaba como

una ampolla de oro en la pompa del poniente. Y al tenderse en huída veloz, para quebrar con el desenfreno de los potros enceguecidos la muralla de lanzas, Florinda recordó la agorería de Gundemara, hecha en el palacio de Toledo y según la cual sus ojos incendirían el Reino; y lo recordó sin pena, mirándolo como fatalidad cumplida.

En el incendio se hundía el Reino temido y braveador de Reinos, en el carro fugitivo se extinguía la casa y el trono de Toledo.

Hendióse la muralla de lanzas y allí, en la lejanía del Barbate, se detuvieron al amparo de la noche. Allí afincaron su tienda. Y al ver Florinda, bajo las desvanecidas estrellas, los ojos sin duelo del rey, jubiloso como si hubiera coronado su día con el triunfo sonoro, su alma se conmovió:

—Por mí perdiste el Reino, Rodrigo.

Y el rey respondió con voz desprovista de zozobra:

—Quisiera tenerlo una vez más, para una vez más perderlo.

—Por mí — continuó la hija de don Julián — se concluyó el Reino y se venció la fe. Por mí te condenaste.

—Perdí la batalla, por mí se quebró la fe y vencieron los infieles. Soy abominable y nefando; pero gané lo único que hace al hombre más que

rey de otros, rey de sí mismo. Loado sea el destino que, perdiéndome, me salva en tus manos.

VIII

Así y no de otra manera se anudó y terminó el romance de doña Florinda y del rey don Rodrigo, romance de padecimiento silencioso y de silencioso amor. No es cierto que muriera el rey en una huesa, comido por una serpiente, según penitencia dictada por el santo ermitaño, y con la cual estuvo tres días sin que le tocara y recién al cuarto, dispuesta por la divina misericordia, empezó a comerlo, como dice la Gesta:

*Hasta ahora no me ha tocado por que Dios no lo
[quería;
Ruega por mí, el ermitaño, para que acabe bien
[mis días:
El ermitaño lloraba, gran compasión le tenía.*

Ni lo comió la culebra ni ascendió a las praderas celestes del edén, como lo asegura el cantar. Extinguióse apagadamente don Rodrigo en un burgo de los contornos de Viseo, maldecido en la condenación y glorioso de la más grande hazaña de su vida, sin afán de otro paraíso del que te-

nía y ufano de las llamas infernales que le esperaban, porque así, después de la muerte recordaría en el fuego eterno, el fuego inefable en que ardió. Y en esto consiste la caudalosa ganancia de toda vida, que es doblarse fielmente bajo lo que se lleva en el corazón. Por haberlo hecho, los romances cantan al condenar al rey infortunado y venturoso y los suaves decires perpetúan la memoria de la doncella de milagrosa piedad:

*La doncella que ama el rey,
Doncella de negros ojos...*

EL BUFON

I

Rodeada por sus parientes más ilustres, sus allegados y sus amigas, Leonor Vernon recibía el homenaje de los caballeros del condado. Celebrábase en Haddon Hall el natalicio de la hermosa castellana con justas de nobles lidiadores y fiesta de juglares. En torno suyo formaban los huéspedes rumurosa multitud. Esperábase la llegada de algunos principales para dar comienzo al torneo, organizado por el maestro Peridoctus, capellán de la familia, que había traído de la universidad de París y del Colegio de Cambridge, las reglas latinas de las trovas y la ciencia toda del gayo saber. Aun estaba alto el sol. Su luz, al caer en la sala de los recibimientos, por los vitrales oscuros en que meditaban los apóstoles y la Virgen tendía los brazos al cielo, se avivaba en cambiantes irradiaciones en las joyas y en la plata bruñida de las armas.

El furaute anunció:

—¡El duque de Narwick!

Pero, antes de que el señor de Narwick tuviese tiempo de inclinarse y describir un saludo con el

ancho sombrero de plumas grises, un hombre se interpuso con un salto entre el recién venido y los que se hallaban en la sala.

—¡Temed la punta de esta espada, duque de Narwick! — exclamó.

Vestía calzas de distinto color — amarillo y negro — y cubriendo una giba eminente, descendía por su espalda el paño bordado en rojo de una casaca que terminaba en faldas estrelladas. Dió un paso hacia la dama de Haddon Hall y doblando una rodilla, se presentó:

—Señora, yo soy el Caballero de la Joroba de Lana. Vengo a participar de vuestra fiesta porque os amo. Estoy dispuesto a desafiar con mi espada de madera a los que indiquéis y a desear en el certamen de los troveros al doctor Peridoctus.

Al oírlo, la gente suspiró con alivio. Se trataba de un bufón. Dos criados intentaron apartarlo. El Caballero de la Joroba de Lana se dirigió a Leonor de este modo:

—Veo que vuestra educación ha sido algo descuidada. Os enseñaré, señora, cómo se ha de comportar con las personas de rango.

Dándose vuelta, dijo al duque de Narwick:

—Podéis acercaros y complimentar a mi señora. Si no sabéis qué decirle os soplaré al oído una elegante salutación.

Mas, el duque de Narwick apenas atinó a incli-

narse, irritado y sorprendido ante la audacia del desconocido. En cambio, Leonor acogía con alegre benevolencia el intrépido descaro del intruso, que iba y volvía por la estancia con la familiaridad de un viejo servidor. La dama lo llamó:

—¿Cómo te llaman?

—Como queráis llamarme, señora. Los hombres hacen lo posible por no llamarme de ningún modo porque ignoran que existo y las mujeres cuando se distraen, tienen el hábito de acortarme el nombre. Todavía no he logrado explicarme porque gustan tanto de los diminutivos.

—Te he preguntado cómo te llamas, insistió Leonor.

—Os he contestado que uso los nombres que las mujeres prefieren darme. A veces me han dado nombres muy agradables. Si lo deseáis, os presentaré una lista para que elijáis uno.

—Entonces, te llamaremos el Bufón.

—Señora — repuso — no es mi nombre. Sería, en último caso, mi oficio. Y os advierto que es un oficio ventajoso. Permite llegar al rey cuando no lo consigue el canciller del reino y hacer pleitesías a vuestra gracia antes de que el duque de Warwick se reponga de su sorpresa.

Poco después, el bufón conversaba volublemente con los invitados. Se aproximó a la duquesa de Rutland, que lo miraba con hostilidad:

—¿Creéis, señora, que la condesa de Vernon

me amaré muy pronto? Soy un hombre muy impaciente.

Mientras se realizaba la justa, en el campo extendido entre el bosque y la ribera del Wye, el bufón, recostado en el suelo, junto al asiento de Leonor, molía con voz igual, reflexiones maliciosas. Al ver rodar a uno de los caballeros, en medio de la ansiedad de los espectadores, opinó gravemente:

—No esperéis, señora, admirarme en esa clase de juegos. El ejercicio de las armas no me tienta. Es un ejercicio gallardo y estúpido. No me propongo, pues, conquistaros con el auxilio de una lanza quebrada en el arzón del enemigo ni perderos por la torpeza de mi caballo. Os conquistaré con el honesto recurso del ingenio. Comprenderéis que, siendo bufón, no debo imitar las cosas ridículas de los hombres serios y ponderados. ¿Todavía no me amáis, señora? Es raro. Estoy seguro de que en vuestro lugar, la reina Isabel ya habría desistido de su voto de doncellez.

—¿Dónde aprendiste a ser tan atrevido?

—A las damas les gusta el atrevimiento. Si no fuese así muchas ínclitas mujeres se condenarían a pasar la eternidad en compañía de los santos y de las santas, a la diestra de Nuestro Señor.

—Bufón, a las damas les gusta el atrevimiento de los caballeros — manifestó la duquesa de Rutland.

—Me congratulo por ello, repuso rápidamente. Esto significa que no tardaré en gustaros, ya que soy atrevido y, además, caballero.

Leonor completó:

—El Caballero de la Joroba de Lana.

El heraldo anunció la terminación de la justa con un largo sonido de trompeta que repercutió en el valle y se perdió, repetido y distante, más allá de los cerros. Era la hora de los juglares. La gente se reunió en la Galería de los Trovadores. Apoyada en las columnas de granito, sentada en escaños bajo las gruesas vigas, escuchó la música de los arpistas y el recitado lento y lloroso de los copleros, que acompañaban en las cuerdas del instrumento gemidor la cadencia de sus alabanzas y de sus plañidos. El maestro Peridoctus, grave en su ropa talar, con su negro solideo en la cabeza lisa y cárdena, amojamado el rostro que compungía aún más la cuenca vacía del ojo izquierdo y que apantallaba infatigablemente con el párpado, inquieto como una mariposa y velludo como una araña, dirigía, desde el fondo, la entrada de los cantores y de los que alegraban con sus versos el día feliz de la condesa. Y cada vez que un ritmo salía de las normas que había establecido en su reglamento, como regidor del amable combate, su ojo único se estremecía en vuelcos desolados y sus manos flacas se agitaban en intermitentes convulsiones. En aquella asamblea festiva

representaba al numen sapiente de la Retórica y su indignación ante el quebranto de los cánones fijados, estallaba en reproches sordos y continuos. Unía a la ausencia de la pupila izquierda la flebilidad de una voz que se le extraviaba antes de brotar de la garganta.

Por fin, pudo hacerse oír y desalojó a uno de los poetas que desobedecía en su loa las reglas admitidas en el arte de trovar.

—¡No es posible! ¡No es posible! — clamó — El verso de Cejijontes — que así se llamaba el desventurado poeta — tiene demasiadas palabras planas. El verso dice:

Musa canta la gloria de Amarilis

¿No os parece, mi señora, que no es admisible una licencia de cuatro palabras planas en un endecasílabo?

Leonor sonrió con sonreír malicioso y benigno al insigne Peridoctus, que aguardaba su fallo con la boca entrebierta y los brazos caídos.

—¿Palabras planas? ¿Qué son palabras planas, Narwick?

Y el duque repuso con pausada altivez:

—Condesa, soy descendiente de los guerreros de Escocia, par del reino, y duque. No me incumbe saber lo qué aprenden los capellanes y los poetas.

—Como yo no desciendo de los guerreros de Es-

cocia — opinó la dama — ni formo parte del Consejo Real, deseo saber en qué consiste una palabra plana. Decídmelo Peridoctus.

Se oyó como un soplo, la vaga voz del capellán:

—La estructura física de la palabra, señora...

El bufón intervino:

—Os lo demostraré prácticamente, señora; palabras graves o planas, son, por ejemplo, tonto, duque, Narwick; las palabras agudas, son verbigracia, Leonor, bufón, amor.

El maestro Peridoctus insistió:

—El abuso de las licencias poéticas es un vicio abominable. El profesor Hircanus sostiene...

No consiguió continuar su disertación. El Caballero de la Joroba de Lana lo apartó con ceremoniosa amabilidad. Se adelantó hacia el centro, se inclinó en una reverencia que dejaba ver su espalda accidentada y recitó, no sin gentileza ni sin deliberada exageración en el acento y en los ademanes, lo que había compuesto:

*La luna nueva, por ser tan delgada,
entra a tu cuarto sin pedir permiso
y la otra noche se quedó extasiada,
la buena luna mirándote al viso.*

*La vieja luna, que es mi vieja amiga,
—me cuenta todo, como es noble y justo —*

*te estaba viendo desde una alta viga
los blancos hombros y el torneado busto.*

*Y de este modo, la luna maligna
te mira a gusto cuando tiene gana,
Y, satisfecha, muy grave, muy digna,
se vuelve al cielo desde tu ventana.*

*¿He de ser menos, bufón y poeta,
que el astro muerto detrás de las nubes?
¡Oh luna nueva, piadosa y discreta!
En tu albo cuerno, ¿por qué no me subes?*

Terminó la recitación en medio de un silencio desabrido.

El señor de Narwick le miraba con ceño nublado en que se advertía más encono que desdén. En un rincón, Peridoctus meneaba compasivamente la cabeza. Leonor mostraba al coplero jorobado un brillo benévolo en los ojos. Indagó:

—Dime, bufón, ¿y cómo te hiciste poeta?

—Fué en una noche de primavera, repuso. Vuestra gracia sabe, sin duda, que la primavera da lecciones de poesía. Me asiste la certidumbre de que si el maestro Peridoctus hubiese tenido tiempo de darse cuenta de que hay noches de primavera, nos perdonaría las licencias en que incurrimos y estaría a estas horas deslizando su ojo despavorido sobre el resbaloso escote de la duquesa de Rut-

land. Sí, mi señora; fué una noche de primavera. Yo paseaba mi joroba y mis suspiros bajo las pacientes estrellas, en los alrededores de un castillo que dormía en la soledad. Iba y volvía. Me internaba en el bosque, salía a la pradera, me perdía siguiendo la veta de agua del río. Cansado de esperar el alba, subí a un cerro desde cuya punta mocha se veían tan claramente las ventanas abiertas, que daban deseos de pegar un salto hasta allá arriba. De pronto, en una de esas ventanas se diseñó vagamente una sombra diáfana. Sabéis, señora mía, que las ánimas frecuentan los castillos, y no ignoráis que los enamorados las temen. Creí, pues, que un fantasma acababa de aparecer. Pero, los fantasmas son más apegados a las reglas del pudor de lo que es el maestro Peridoctus a las reglas de la Retórica. Acostumbran a mostrarse con cierto decoro. El tejido leve en que se presentan al público nocturno en las callejas y en los edificios abandonados, desempeña en ellos el papel de un traje de ceremonia. Lo que la fortuna me mostraba en aquel balcón, me sobrecogía y atraía con idéntica fuerza, no era un fantasma, porque no estaba vestido como los fantasmas. Me acuerdo muy bien. Me palpé la joroba para comprobar si la persona que se hallaba en la punta del cerro era realmente yo. Sí; era yo el que contemplaba esa misteriosa aparición. Su cuerpo, envuelto en los rayos de luna, resplande-

cía en el hueco negro del castillo, como una estatua de nácar que despedía reflejos en torno suyo. En esa oportunidad, señora, la luna me dió participación en sus beneficios. Por eso le guardo gratitud. Y desde aquella vez, hago versos, porque, sin quererlo, aprisioné en el alma la embriagadora claridad que se desprendía de la visión.

—¡Vuestro bufón, señora, es un insolente! prorrumpió con ímpetu de poema dramático el duque de Narwivk.

—¿No lo encontráis bastante divertido? — interrogó Leonor.

—¡Caballero de Narwick, ponéos en guardia!

El bufón, en actitud de agredir, dirigió su espada de madera al pecho del duque. El señor de Narwick comprendía que daba ocasión a las risas de los presentes. Es lo que le hizo perder la tranquilidad de ánimo y le indujo a dar un paso llevándose la mano a la empuñadura. El bufón le atajó. Y, con asombro de todos, se vió al duque desenvainar su largo acero, remolinearlo, avanzar, retroceder. Más de una vez apartó el bufón en el aire la hoja vibradora y rozó con el extremo de su lisa tablilla el rostro enrojecido de furor de su contrario. La castellana puso fin a la escena con un llamado imperativo al bufón, que enfundó solemnemente su heroica tabla y con la escena concluyó a su vez el certamen de las coplas, ideado y combinado, por el doctor Peridoc-

tus con sombrío regocijo. Dándole el brazo, el bufón se lo llevó para calmarlo y consolarlo.

Alejándose de la muchedumbre, hacia los jardines sumidos en la quietud del anochecer, le dijo con voz contrita:

—Eximio maestro, vengo creyendo desde mi niñez que el desacato a los preceptos que gobiernan el verso es más temible que la peste. ¿Te gusta, maestro, el vino de Francia?

Peridoctus se detuvo, libertó su brazo de la opresión efusiva de su compañero, giró su ojo útil hacia la masa que se aglomeraba en la galería y susurró con un chirrido opaco y tímido:

—Guardo varias botellas en la capellanía...

II

El relato del bufón la había impresionado profundamente. Para los que lo oyeron en la tarde de fiesta, no era más que una invención del coplero. Leonor, en cambio, descubría en esa descripción funambulesca alusiones a un episodio de su vida. Fué en la noche en que Sir Roger de Althone le pidió hospitalidad en una esquila que decía así: “Señora: los arqueros del rey me persiguen. Ya no tengo casa ni nombre. Disfrazado de zagal, me he refugiado en vuestro dominio y me iré cuando empiece a clarear”. Leonor, atemorizada por los con-

sejos de su mayordomo, le mandó decir que podía esconderse en el robledal. Olvidada del huesped inesperado, subió a su aposento para acostarse. Las doncellas la desvistieron y en una mesilla cercana al lecho, dejaron las sartas de perlas, las antiguas perlas de las damas de Vernón, que trajeron, en remotos años y de remotos lugares los caballeros que fueron a combatir, con las insignias del señorío, por el rescate del Santo Sepulcro.

No podía dormirse Leonor. La luz de la luna reverberaba en las grandes gemas y en las piedras de los broches, se reflejaba, con su diafanidad de nieve en el cuadrado espejo, en el fondo de la estancia, y se proyectaba sobre el artesonado en listas anchas y temblorosas. Su cuerpo, apenas cubierto hasta la mitad, se reproducía en aquella lejanía iluminada mortecinamente en el abandono íntimo de la alcoba. Leonor se contemplaba: y como si nunca hubiese visto su figura, libre de brocados y de sedas, experimentó una sensación de sorpresa al hallarse tan fresca, tan bella, con su cabellera desparramada sobre el hombro y el costado y a través de cuya caudalosa obscuridad huía en destellos el blancor de su piel. Una nube, al ocultar la luna, ensombreció su imagen. El trémulo ladrido de un perro se dejó oír, con una largura de queja, y en el silencio, los gallos de los cortijos lanzaron su agudo canto, uno tras otro, como gritos de centinela. Leonor pensó

en el prófugo, a quien seguían, por los caminos peligrosos, los arqueros del rey. No le conocía. Pero, lo imaginaba audaz y generoso, como los conspiradores de Irlanda, que encontraban asilo en el extranjero y en las veladas de viento y de lluvia, referían, en las mansiones señoriales, sus hazañas de rebeldes y sus proezas de amor. ¿En qué tierra hospitalaria se detendrá el que ahora corría, con un cayado y un chifle de pastor por las abras y los riscos de Haddon Hall, despojado de sus posesiones y de sus dignidades y entregado al azar de la necesidad como un triste mendigo? Quizá deja — meditaba Leonor — en el país del que huye, a la mujer que ama, quizá cayó por ella en la penuria y en el riesgo. Así salió una vez de su castillo, bajo los truenos de la tempestad, el temerario Señor de Mortimer y cuando volvió, mucho tiempo después, en un atardecer de bruma, divisó a la que debía esperarle, en disfrute con el que urdió la malquerencia del soberano y le tendió los palos de la horca. ¿Sería Sir Roger de Althone tan garrido como según la leyenda lo fué el caballero Mortimer?

La luna reapareció en el espejo y le mostró nuevamente el esplendor de su flanco desnudo. Sin recordar ya al que vagaba por los campos próximos, se bajó del lecho para alcanzar las sartas. Gustaba jugar con ellas y acariciarlas cual si fuesen sensibles al roce liviano de sus dedos. En la

claridad lechosa, las colgaba de su brazo como ristra, las alisaba, las hacía sonar con el ligero balanceo de su movimiento. Adornó su cuello con las extensas hileras, que descendían sobre su pecho y lo cubrían derramándose en vivaces fulgores. La luna tamizaba su raudal luminoso sobre las arboledas lúgubres y la brisa traía en la tibieza primaveral los aromas que ponen en los sueños los escondidos filtros de la añoranza y de la pena y los vahos que encienden los confusos deseos. Acercóse a la ventana. Ceñido el pelo en espesas bandas, juntas las manos en la cabeza, parecía, detrás del cristal que empañaba su aliento en el círculo del rostro, un emblema profano de juventud y de belleza, hecho cálido milagro de carne viva. Estuvo en esa actitud mirando hacia la honda campiña, sin ver, sin moverse, abismada en la profundidad del cielo. En esto creyó advertir en la cima del cerro, que se erguía en frente, los perfiles borrosos de una silueta. Se destacaba, en la cumbre circular y calva, su curva rama en la mano, su fieltro aludo, su manto de largos faldones. Al comprender lo que ocurría, Leonor saltó hacia atrás, se hundió en el lecho, como temerosa de que el forastero continuara mirándola aún, envuelta únicamente en sus perlas y en los rayos de luna. Se durmió con la aurora. Al despertar, le dieron la carta en que el huesped se despedía con estas palabras: “Señora, no me quisisteis recibir para ofreceros mi pleitesía. El rey

me persigue pero soy más envidiable que el rey porque os he visto en la noche y no os olvidaré en los desconocidos caminos que me esperan. Si debo vivir, quisiera vivir contemplándoos; si debo morir, la muerte me será grata porque me llevará del mundo con vuestro recuerdo”.

El episodio resurgía en su memoria con las presumibles alusiones del bufón. ¿Cómo podía saberlo? ¿Sería, tal vez un amigo de Sir Roger de Althone? ¿Sería el mismo Sir Roger aparecido como bufón para burlar la hostilidad de la justicia? No; no había olvidado en los meses transcurridos, aquella noche de luna, aquellas dos cartas del caballero refugiado en sus tierras y en quien puso el fuego sempiterno, al mostrarse como una deidad viviente, en la ventana del castillo adormecido. Y más lo recordaba porque el duque de Narwick odiaba al desterrado.

El señor de Narwick la visitaba a menudo y le enviaba presentes. Solía rondar el castillo y Leonor sabía que cierta vez se jactó de haber obtenido sus favores. El duque, conocido entre los no-cherniegos por sus raptos, sus reyertas en las madrugadas de Londres y sus apuestas de bebedor, era altanero y brutal. Al referirse a Sir Roger de Althone, decía:

—Es un miserable; es un enemigo del rey. El

día que lo tenga delante de mí, lo atravesaré de una estocada.

Leonor llamó al bufón, deseosa de esclarecer el sentido del enigmático relato que le oyó el día de fiesta. El caballero de la Joroba de Lana le saludó desde el umbral con la genuflexión acostumbrada:

—Aquí está vuestro bufón y vuestro poeta, mi señora.

—Siéntate cerca de mí.

Le señaló un asiento a su lado y aparentando naturalidad y buen humor, comenzó diciendo:

—Y bien, mi bufón y mi poeta; ya es tiempo de que sepa quién eres realmente y cuál es tu verdadero nombre.

—¿No os dije, señora, que me llaméis con el nombre que mejor os plazca? La repetición del mismo nombre cansa fácilmente. He conocido una dama que cambiaba diariamente el nombre de su marido. Llamadme, pues, como queráis.

—Es una respuesta de bufón — contestó Leonor. Hoy no quiero hablar con el bufón sino con el hombre que vino a esta casa, quién sabe por qué razón secreta y ha encontrado aquí lo que no se otorga a los bufones. No quiero llamarte bufón desde que sé que eres un espíritu triste y al retirarte a las habitaciones del capellán o a la mayordomía, caes en una lobreguez desolada.

—Señora, arguyó, me callo, cuando estoy fuera

de mi oficio, para no fatigar mi ingenio. Vivo de mi ingenio como un cantor vive de su voz. ¿Molesta a alguien que el cantor se abrigue la garganta y se tape la boca al cruzar una calle? Estar triste, señora, es mi manera de descansar...

—No eres sincero conmigo — replicó Leonor. ¿Temes que te delate ante alguno? Al distraerte, al abandonar tu casaca estrellada, te hundes en una melancolía de la que despiertas con sobresalto. Ocultas algo. ¿Por qué no me cuentas tu historia?

—Las confidencias de los bufones, señora, son demasiado tristes. Si se trata en un bufón, su vida es tan simple y tan lamentable como el encuentro con un mutilado que hace temblar sus muñones para inspirar lástima. Y si es alguno que ha escogido la carrera de las burlas como la última de las profesiones, su confidencia sería tan amarga como la de una mujer que se ha conocido en la dignidad y en la riqueza y que se la descubre en una taberna, agostada, deshecha, rodeada de marineros. ¿Os parecería caritativo interrogarla sobre las causas de su caída?

Como si intentara cambiar de conversación, Leonor aseveró:

—Has de haber tratado a mucha gente, mi poeta, has de conocer muchas historias de la corte y de la ciudad.

—Los bufones, señora, somos como las amas de

llaves de los sacerdotes. Solemos conocer historias, murmuraciones, calumnias. Mas, como las amas de llaves, sabemos ser discretos.

—Poeta — continuó la dama de Vernón — desearía saber algo del duque de Narwick.

—Es muy sencillo. Anoche le pudisteis interrogar. El señor de Narvick paseaba bajo la ventana de vuestro aposento con el talante del que mide la altura para ajustar una escalera.

Estremecida por un temor súbito, averiguó:

—¿Anoche, dices? ¿Y cómo ha podido entrar?

—Por la parte derruida del muro, que da sobre el río, contestó el bufón indiferentemente y sin dejar de jugar con los faldones de su casaca. Además — agregó — su bolsa está llena de monedas.

—¿Tengo miedo! — exclamó Leonor—. ¿De modo que hay gente en Haddon Hall que se vende a los que quieren esconderse aquí para asaltarme?

—Señora, traidores y gente leal hay en todas partes. Mas, tranquilizáos. Mi perro lo conoce al venteo. Si concierta cualquier cosa, se encontrará conmigo. ¿Sonreís? Os prevengo que el duque de Narwick desconfía más de mi espada de madera que vuestra gracia de mi oficio de bufón.

Inclinándose, pidió licencia en esta forma:

—Si me lo permitís, señora, iré a ver al maestro Peridoctus. Habíamos iniciado una sabia discusión que interrumpió vuestro llamado.

Sin oír esa demanda, preguntó, sintiendo que se ruborizaba:

—Dime, poeta, ¿conociste a Sir Roger de Altho-na?

—¿Sir Roger?... Sé quién es; sé lo que ha hecho, contestó el bufón sin inmutarse.

—¿Y sabes dónde está?

—Y sé, además, dónde está. Es, o mejor dicho, era un noble caballero que cometió dos tonterías casi al mismo tiempo. La primera tontería, consistió en defender delante del señor canciller a un hombre a quien el señor canciller encerró en la prisión para visitar cómodamente a su esposa. Esto le valió a Sir Roger la persecución y el destierro. La segunda tontería es sin duda más grave y más riesgosa porque ni siquiera la muerte puede librarlo de ella. Es absolutamente seguro de que el hombre enamorado muere pensando en la mujer que ama. Esto me consta por experiencia aunque todavía no he tenido el honor de morir por vuestra gracia. No me decido a morir porque temo la poesía fúnebre que indudablemente me dedicaría el doctor Peridictus. Bien, señora: muriendo así, con el pensamiento puesto en la mujer amada, no se logra librarse de lo que nos tortura y enloquece, nos hace héroes, poetas, bufones o ermitaños, nos enaltece o nos envilece.

—¿Cómo sabes que sir Roger se enamoró? ¿Sabes de quién?

—Lo ignoro, mi señora.

Para irritarlo, con el fin de llegar a lo que sospechaba, le dijo, fingiendo una sonrisa despreciativa:

—Bufón, mientes como una dueña.

—Tenéis escasa experiencia, señora. Eso se ve en la forma en que fingís el desprecio en la sonrisa. No sabéis fingir y no me sorprende. Un bufón que estima su oficio no miente. Profesa la verdad y particularmente la verdad desagradable. Y puede hacerlo porque la verdad del bufón no ofende ni inspira crédito. Es tan evidente que no se cree en ella. Si esta noche me vieran salir de vuestro dormitorio, nadie supondría nada. Preguntarían: ¿qué bufonada nueva se propone inventar? En cambio, si se sorprendiera al duque de Narwick junto a la pared de la casa no se dudaría de que acaba de vestirse en vuestro aposento o de que lo esperáis bajo el dosel... Por eso amo mi oficio de bufón. Me autoriza a decir lo que pienso. Lo único que deploro es que no aprovechéis las ventajas que os brinda.

III

El retiro del capellán no tenía más adornos que las hendiduras de las paredes, ni más comodidades que un banco de tallado nogal y una mesa sobre cu-

ya tabla agrietada se amontonaban melancólicamente los infolios que circuían el candil y el tinte-ro como una fortaleza amarillenta. En ese recinto, en que la luz del sol entraba oblicuamente al huir de algún eclipse, el venerable Peridoctus acostumbra-ba a meditar en los elevados asuntos de la Teo-logía y de la Prosodia. Y allí departía a veces con el bufón, a quien ya había perdonado la descome-dida conducta en el día del certamen. Una botella de Borgoña, descorchada con sigilo y sorbida con entusiastas chaquidos de lengua, anudó entre ellos una amistad que no alteraban las discusiones a gri-tos respecto de la función del acento o la naturale-za de las leyes de dicción. Esto ocurría en las horas en que el bufón sacudía su malhumorado mutismo, pues no estando en presencia de la señora de Had-don Hall o de sus visitas, era el más acongojado de los seres y el más callado de los hombres. Esa mudez ceñuda, esa preocupación constante, afligía al doctor Peridoctus. Decidióse éste a penetrar las razones de tan persistente reserva.

—Has de confesarte conmigo — le insinuó al lle-narle la copa. ¿Estarás enamorado de nuestra se-ñora? No me asombraría. La aman todos los que vienen aquí.

—¿Y tú?

El ojo sobreviviente de Peridoctus dejó caer una mirada al suelo y afrontó después al bufón a través de su brillo acuoso. Peridoctus gimió:

—Amigo, amar se ama siempre. Mi edad y mi estado no me permiten confesarlo sino en la intimidad, en los momentos en que el vino, más diligente que las prensas y las tenazas de los inquisidores, nos arroja por los labios lo que llevamos en el corazón. Ya no estoy en los años de garzoneo y sólo me queda para consolarme de mi existencia, el recuerdo de los lustros lejanos de Cambridge, donde estudiaba a los latinos y a los griegos y me entretenía, en el figón que habitaba, en adoctrinar a la hija del figonero en el arte difícil de escandir las sílabas.

Peridoctus se bebió la copa de un trago y emitió un suspiro. Prosiguió, con voz cada vez más escondida en la garganta:

—Era una muchacha bonita. Doblada sobre la pileta en que lavaba los platos, toleraba con incomparable dulzura los pellizcos que le daban los parroquianos a dirigirse al patio. Tú sabes, bufón, que nuestra carne es débil y no nos bastan los conocimientos provechosos para vivir en la alegría. Yo estaba estudiando una tarde las reglas del silogismo aristotélico, no lejos de la pileta. Mi espíritu divagaba. Llevado por tentaciones incompatibles con los manes de Aristóteles, me arrimé y como los arrieros y los estudiantes, pellisqué el sitio habitado por la tradición de la casa, a esa clase de desahogos. ¿Habré pellizcado con más sinceridad, con más genio original, con más vehemencia comuni-

cativa que los otros? ¿Se aplicarán los pellizcos en los figones de acuerdo con preceptos prolijamente estatuidos, como los que rigen el sonido del exámetro? Lo ignoro. Me consta, eso sí, que Sofronia — tal era el nombre de la memorable y pequeña figonera — se enderezó con rapidez y con mayor rapidez aún me partió una escudilla en la cabeza. Le pedí disculpa. Le pedí disculpa en inglés y en latín, que, como sabes, es una lengua muerta, y eso ha de haberla conmovido, porque se puso a insultarme y extrajo de mi faltriquera las tres monedas de oro que me quedaban de la mensualidad. De esta manera comenzaron nuestros amores. De noche, en el comedor, mientras los pensionistas jugaban a los dados, yo la instruía en las dificultades de los idiomas, en las nociones de las filosofía y en los fundamentos de la Trinidad. Una vez, al explicarle trabajosamente los principios activos del verbo, advertí que Sofronia contestaba inadecuadamente a mi interrogatorio. Dí vuelta la cara a fin de abarcar lo que sucedía con mi ojo válido. Y mi ojo válido percibió panorámicamente las causas de su distracción: un seminarista aprovechaba el lado de la cara en que traigo una turbia nube bajo el párpado, para introducir su mano experta y asidua, en el corpiño sumiso de aquella niña de cuya cortesía dócil abusaba, al parecer con metódica insistencia. Meses más tarde tuve que

abandonar el apacible figón porque su dueño quería convencerme, sin ordenar los argumentos y sin dar a su proposición los grados sucesivos del discurso lógicamente coordinado, y esgrimiendo en la diestra la cuchilla de trinchar, me quería convencer, repito, de que yo era el padre de una criatura que se había encontrado en el camastro de Sofronia. Era una calumnia. ¡Te lo juro por las cenizas inmortales de Dionisio de Tracia, el fundador de la Gramática! No he vuelto a verme en aventuras. Las aventuras son para los que ciñen espada al cinto, como el duque de Narwick, o siquiera, una espada de leña, como la tuya. Confiérame, a tu vez: ¿Estás enamorado de nuestra castellana? Pero ¿qué te sucede, bufón? ¿Estás llorando? ¡Malo, malo! Los que lloran aman, mas no consiguen ser amados. Los que hacen llorar son los que tienen suerte en el amor. También lo sé yo, tuerto, flaco, triste. ¿Amas a nuestra castellana?

—Es posible que sea así, pacífico y cristiano Peridoctus. ¿No dices que la aman todos los de aquí? ¿Podría faltar a esa respetable costumbre del castillo?

El capellán posó una mirada indagadora en el bufón:

—Eres muy parco con tus amigos. ¿Recelas de mi lealtad? Supe que la señora te llamó a sus aposentos y te conversó no como a un bufón sino como a persona de su amistad. Nuestra castellana pade-

ce, como tú cuando no estás en funciones, de la enfermedad mordiente de la tristeza. Se pasa las tardes en un extremo de la galería espiando el vuelo de los pájaros.

Un criado se presentó para comunicar al bufón que la señora lo esperaba. La halló recostada en un diván cubierto de pieles, junto al negro atril en que se veía abierto un libro de baladas.

—Te he llamado, poeta, para que me hables de Sir Roger. Estoy un poco triste y deseo distraerme.

—El trabajo del bufón es distraer a sus amos. No puedo complacerlos a pesar de eso, mi señora. Me cuesta mucho hablar bien de los demás. Es un esfuerzo que no debéis exigirme.

—Me han dicho que estás enamorado de mí. ¿Será ello cierto?

El Caballero de la Joroba de Lana afirmó:

—Señora, comprendo que eso os disguste. El amor de un bufón no se ostenta con el mismo orgullo que las relaciones culpables con el duque de York o con un príncipe que visita la corte. Sin embargo, hay precedentes gloriosos que deberían estimularos y animaros. La esposa de Ricardo Corazón de León se hacía perfumar la espalda por el lacayo que le servía el desayuno y la hermana del rey bienamado se extraviaba en la palacio y únicamente salía de su error cuando clareaba el cielo y podía, por lo tanto, establecer la diferencia del cuar-

tito del bufón y la alcoba coyugal, adonde sólo entraba su esposo y, algunas veces, el obispo de Canturberry. Como véis, señora, los lacayos, los bufones, los pajes, contribuyen con su aporte al mantenimiento de la estirpe puesta bajo la protección vigilante de Dios.

—¿Debo creer, por lo que me dices, que te han calumniado?

—No me han calumniado, señora. Me informaron que es uso en este dominio que los servidores os amen y yo cumplo por mi salario de comida y de abrigo. Si consintiéseis en que os diera un beso, sabríais que cumplo honradamente...

—Bufón, eres insolente.

—Soy vuestro bufón y no vuestro confesor.

La dama continuó:

—Si te perdono es porque adivino que en tu vida hay algún dolor, alguna desgracia, algún amor desventurado tal vez, tal vez alguna deshonra que te indujo a escoger, con la joroba de lana que te has puesto, un subterfugio para deslizar tus días sin que los adviertan.

—Sois compasiva, señora. ¿Lo seríais si os contara efectivamente que os amo? El amor se prueba con dos procedimientos diferentes. El primer procedimiento, que es el más arduo, reside en la fidelidad del amante. El segundo, que es el más bello, el menos costoso y el menos fructuoso, radica en morir por la mujer. ¿Os gustaría que muriese por

vuestra gracia? Las mujeres no creen en el padecimiento de los que las aman. Para creer en el padecimiento es necesario padecer. Creen en la prueba de la muerte. Es el regalo magnífico y terrible que les puede ofrecer el enamorado. Si percibiesen con exactitud lo que es sufrir, se les alcanzaría que morir es difícil tan sólo cuando la muerte tarda. El sufrimiento, señora, es una agonía sin término, como el camino en un páramo.

Leonor se incorporó violentamente y poniendo sus manos en los hombros deformes del bufón, le interrogó con rudeza en que se transparentaba un arrebato de dolorosa piedad:

—¿Quién eres?

—Apaciguaos, señora—repuso el bufón. No soy hijo bastardo del rey ni un príncipe de Irlanda. Soy, sencillamente, el Caballero de la Joroba de Lana.

—¿Puedes decirme — volvió a preguntar Leonor — con qué propósito has venido a Haddon Hall?

—Nada más natural, mi señora. Os había visto en un baile de Cumberland y al imponerme en la taberna de Bakewell que dábais una fiesta, quise veros de nuevo. Me propuse partir en seguida. Os confieso que fuí débil. Me complazco en aseguráros que me parecéis más hermosa que en la noche de Cumberland.

—Nunca asistí a un baile en Cumberland. Mien-

tes. ¿Estás aquí porque me amas, porque huyes de alguien o para traicionarme por cuenta de algún malvado?

Sin perder su tranquilidad, redarguyó el bufón:

—Si sospecháis que soy traidor podéis arrojar^{me} de vuestra casa y ofrecerme a la justicia. Os lo agradecerá. No lo haréis. Estais cierta de que no soy eso.

—¿Por qué no me revelas tu nombre y tu condición? — insistió Leonor plañideramente.

—Porque soy razonable. Lo que toleráis al bufón no lo consentiríais al quo no lo fuera. Tendríais que iros con él o despedirlo. No quiero que me despidáis.

Se anunció al duque de Narwick. El bufón esperó, alejado del diván, y no bien hubo saludado el visitante, le dijo con afabilidad:

—Caballero, no apreciáis en su valor vuestros objetos. Anoche encontré bajo el balcón de mi señora este puñal que os pertenece. Es de una cince-ladura maravillosa. Se os habrá caído en la tarde en que nos medimos nuestras espadas. Sois muy descuidado, caballero.

El bufón se retiró, a paso menudo, recitando en voz baja:

*La vieja luna, que es mi vieja amiga,
me cuenta todo, como es noble y justo.*

IV

—¿Nunca has muerto en una pelea, tranquilo Peridoctus?

El escuálido capellán tembló ante esta pregunta.

—Amigo mío, no traes hoy aspecto de hacer bromas. Lo que me preguntas ha de tener significado.

El bufón añadió:

—Échame un trago de vino y fortifiquémonos. ¿Qué armas usas? Si crees que el Evangelio vale un arcabuz en un encuentro, te equivocas. ¿Y tu no bebes? Sospecho que esta noche tendremos faena en el castillo. He visto, desde la cumbre del cerro, gente de Warwick esconderse en una quebrada del río. ¿Querrán raptar a nuestra castellana? Imagino que se conformarán con nuestros huesos. ¿Qué opinas del cambio, mi buen Peridoctus? Venir en busca de una bella mujer y llevarse la osamenta de un padálogo o de un bufón, no es mala sorpresa.

Al conocer lo que se urdía en los alrededores de la casa, Leonor quiso avisar al mayordomo para que aprestase a los servidores de Haddon Hall.

No lo hagáis, aconsejó el bufón. El mayordomo se ha avenido con el de Warwick y yo no lo estoy porque no sabría qué hacer con su dinero. No temáis, señora. No os llevarán. No se raptan más que a las mujeres que se dejan raptar. Os prometo que mañana dormiréis en el lecho en que dormiréis

esta noche, si es que el ruido de las espadas no os turba el sueño.

Leonor, desfallecida de miedo, le reprochó su peroración burlesca:

—¿Hablas en serio o deseas asustarme?

—Hablo en serio. Os lo demostraré pidiéndoos que me dejéis besaros la mano. Os pido que me devolváis el beso, si es que llegáis a tiempo, después de las estocadas.

Tomó su mano y la besó con humildad.

—Señora, ya no soy vuestro bufón.

Temía Leonor los anunciados sucesos. Mas, no obstante ese temor, que la angustiaba y la oprimía, sintióse dominada por un sueño pesado que le vencía los párpados. Así, pasó la velada en su aposento, acompañada por las doncellas y por el viejo Peridoctus, cuyo cuerpo se azogaba en la hopalanda en un temblor incesante. La luna redonda, prisionera en un halo de lívida rojez, rodaba lánguidamente sobre los árboles. En el silencio tétrico se percibió un ruido ligero, que se extinguió como atemorizado, tornó a oirse levemente, cual si se deslizara por el muro. Y en ese instante, un grito formidable del bufón retumbó en la quietud y al grito respondieron, broncas y rabiosas, amenazas e injurias. Las espadas se entrechocaron reciamente. Leonor, asomada a la balaustrada, vió al bufón batirse con el duque de Narwick, a cuyo lado formaban dos alas las hojas de sus esbirros. Retrocedía el de

Narwick ante la punta ágil y relampagueante del que le apremiaba. Uno de los hombres traídos por el raptor, fingió rodar al suelo, herido, y desde allí, arrastrándose, hundió el acero en la espalda del bufón. Su espada se le desprendió de la mano; cayó hacia atrás, y el hierro lo traspasó al despalmarse. De su pecho brotaba un delgado hilo de sangre. Leonor pudo oír, al precipitarse sobre su defensor:

—Fué por la espalda, señora.

Sus ojos se obscurecieron. Al sentir en su boca el fuego de un beso desesperado, logró abrirlos una vez más y decir débilmente:

—Me devolvéis el beso. ¿Os acordáis de la noche en que me mostrásteis vuestras perlas?

HISTORIA CUOTIDIANA
DE UN POBRE
HOMBRE

I

Cristóbal Guillen tenía su taller en una callejuela silenciosa y arbolada de Belgrano. Allí pasaba todo el día para substraer su ensimismamiento divagador a la curiosidad inquieta de la familia, que iba desconociéndole ya, pues en su espíritu se había producido una mudanza tan completa que no parecía el mismo hombre de antes, animoso, alegre, de voluntad fuerte y activa. Apenas se levantaba de mañana, se escurría de su casa con un pretexto que daba distraídamente:

—Voy al estudio, decía a su mujer.

—¿Tan temprano?

—Sí; pienso aprovechar la luz para trabajar un poco.

No bien concluía el almuerzo, repetía la escena. En su taller, espacioso y claro, cuyas paredes estaban cubiertas de esbozos, de reproducciones, de grabados en que se veían manchas de humedad, y en el cual, algunos muebles chatos y amplios, con rosetas labradas en los lomos, daban al re

cinto un ambiente de abandono cómodo, el artista se entregaba a sus cavilaciones sin temor de llamar excesivamente la atención. Con la pipa siempre cargada, caído el grueso bigote, flojos los nervios, iba y volvía por la sala, abstraído, ausente de su propia vida como un sonámbulo. A veces salía de ese estado de anonadamiento melancólico y revisaba las telas pintadas en otra época, alineadas junto al zócalo y que mostraban en el dorso pinceladas parduzcas. Pertenecían esas obras al tiempo en que Cristóbal Guillén trabajaba con el ardor asiduo de los que viven únicamente para su arte. Sus camaradas se complacían entonces en presenciar su tarea y en ver, mientras discutían sobre escuelas y tendencias, la ruda destreza con que acumulaba en la tela, como guiado por un instinto seguro y voraz, los colores violentos de que surgían paisajes de campo y de luna. A menudo dejaba la paleta en el suelo para terciar en las eternas controversias con diatribas furiosas contra los maestros que detestaba y volvía en seguida a repartir en el lienzo esos hachazos bruscos de pincel que individualizaban en las exposiciones sus cuadros, en que los críticos descubrían a un áspero poeta de la llanura. Pero, desde hacía meses, Cristóbal Guillén se reducía a oír esas polémicas sin interesarse en ellas, sin emitir ya sus opiniones ni traer

a cuento, según solía ser costumbre suya, sus recuerdos de París, de donde vino, con su larga melena, su corbata flotante y sus ideas de la nueva estética, la nueva estética que corresponde a cada generación.

Aquella tarde lo encontró Claudio Torres delante del caballete, avanzando, retrocediendo, con la paleta y los pinceles en la mano, erizadas las cejas, en actitud escrutadora. Al oírle entrar, se volvió y murmuró con desconsuelo:

—No es eso; no es eso lo que quiero hacer..

Claudio Torres se arrellanó en el diván y contempló un instante la obra empezada, raspada y vuelta a empezar.

—No sé por qué te lamentas — opinó; — esta figura me parece admirable. Ignoro si es una composición, como tú afirmas, o un retrato, como creemos nosotros. Lo cierto es que es admirable. Es una mujer viva la que has hecho. Lo que hay, Cristóbal, es que has perdido la capacidad de juzgarte. Has perdido, mejor dicho, la fe en tu talento. Te aseguro que esto es admirable...

—Te equivocas — contestó. — No consigo dar a la figura la fuerza de vida interior que tiene la mujer que me sirve de modelo. Es lo que me atormenta. ¿Qué importa la mayor o menor exactitud en el dibujo, la justeza en la combinación de los tonos? He vivido demasiado para atribuir

importancia a la armonía exterior de la forma. Una figura, esto es, un retrato, exige otras cualidades, más profundas y más escondidas. Un gran artista hace, en realidad, un solo retrato en su vida y revela en esa imagen lo que la persona lleva en sí de universalmente humano y de individualmente hondo y diferencial que la aislan entre las demás. Ha de ser la historia visible de su alma y yo estoy lejos de haber reunido en este ensayo los acentos maravillosamente delicados de la mujer que viene aquí y que al posar, en aquel sofá, parecería desafiarme, como si se diera cuenta de que no logro aprisionarla en un trazo enérgico y sutil. En una mujer hay algo más de lo que aparenta; hay lo que oculta y lo que no sabe que contiene. Eso lo debe adivinar el artista para producir en los que la ven en efigie la impresión de los elementos misteriosos con que nos somete.

—Yo veo todo eso en este cuadro — aseguró Torres con sinceridad.

—No es así — repuso Guillén. — Si fuese cierto lo que dices lo habría notado la mujer, porque al mirarlo se habría reconocido, se habría sorprendido como si oyera su propia confidencia.

Cristóbal Guillén gustaba teorizar sobre sus creaciones. Abandonó la paleta y los pinceles, encendió la pipa y se dispuso a poner el agua para

el café. Tornó a mirar con agria desconfianza el lienzo de fondo gris y prosiguió reposadamente sus reflexiones:

—En eso se diferencia el paisaje del retrato. He pintado numerosos paisajes. Son los que han difundido mi nombre en el público. Sin embargo, comprendo que se trata de un género inferior de pintura. Es un género fácil. Es un remedo de la naturaleza. Y la naturaleza carece de alma. Es inerte como la piedra y como el llano que la forman. Yo diría que el paisaje no existe por sí mismo. El árbol, el río, el sol que asoma en la cumbre de una montaña, nada significan si no les pongo la agitación de mi sensibilidad, es decir, si no falseo su sentido autónomo con la visión dolorosa o plácida a través de la cual concibo arbitrariamente su conjunto. Es una falsificación decorativa. Es suficiente reproducir el espectro del tronco, de la faja de cielo, del pedazo de costa, para concretar un paisaje. En cambio, el retrato, o sea la palpitación caliente de un espíritu, sujeta al pintor a una ley que rebalsa su habilidad de artesano y le pide aptitudes de otra índole. Debe sorprender lo invisible del alma, los pliegues borrosos y contradictorios del carácter y refluir su potencia transmisora de simpatía, de hostilidad, de ternura, en el óvalo del rostro o en el enigma de un gesto. ¿Te acuerdas de la Gioconda?

Le indicó en la pared, casi bajo el techo, el sitio en que se hallaba la reproducción, sombreada por una telaraña en un ángulo. Guillén continuó:

—Fíjate bien. Leonardo de Vinci encerró en esa tela la impasibilidad desconcertante, la turbación disimulada y ha vertido en su sonrisa, en su mirada, en la serenidad de su frente, en la cálida fragilidad de su carne, el imperio tranquilo, el orgullo consciente, la certidumbre de atracción de las mujeres todas. A pesar de eso, la Gioconda no es un emblema genérico de feminidad. Es una mujer en su máximo vigor de personalidad. Es un retrato. Quiero repetir esa proeza. ¿Qué poder de sufrimiento, qué condena de penuria habrá conocido Leonardo para volcar en ese pequeño espacio su genio preciso y sabio? No dudo de que Leonardo amaba a Monna Lisa. Esa obra, como lo son las grandes obras, es un milagro de amor. Durante años y años ha de haberla acariciado en la imaginación y ha de haber explorado, dolorosamente, amorosamente, su corazón inaccesible, para perpetuarla así, con esa simplicidad divina, en ese aplomo natural ante el mundo. La ha buscado en sus largas vigiliass de artista y de amante que nunca llegaba a ella. La ha ensayado en las miradas y en las sonrisas de sus concepciones religiosas y de sus concepciones paganas y ha fundido en una suprema conjunción

la posibilidad de sacrificio, el anhelo de goce que están adormecidos en un ser de vitalidad superior. ¡No ves? En cada rincón de mi taller hay un boceto en que he intentado apoderarme de un detalle suyo. He variado repetidas veces de manera, pero siguiendo obstinadamente, con una desesperación amarga, los aspectos fugitivos de su hermosura, los inasibles perfiles de su temperamento. Está en mí; me posee. Y huye siempre; es siempre otra, aunque se me muestra en su alma igual, tan suavemente abierta, sin una sombra, sin un escurrimiento. ¡Ah, sí! Algún día, quizá muy pronto, quizá una hora antes de morir, venceré mi timidez y, ciegamente, con la ceguera visionaria que impide razonar, cavilar y temer, constreñiré su cuerpo y constreñiré su alma, como si la abrazara, como si le sorbiera la vida en un beso, en un rasgo concluyente que ahora se me desvanece y se me escapa.

—Cristóbal — reflexionó Torres — el amor te hace vacilar el pincel y te desata la palabra.

Torres se levantó y empezó a preparar los pocillos. Guillén, que hacía el café con la vanidad de un entendido, lo sirvió lentamente, aspirando el perfume que se elevaba en el denso vapor.

—Ha salido bien, sentenció.

—Está muy bien, aunque ya no lo es tanto como cuando te martirizabas menos en perseguir

fantasmas y disertabas con fruición sobre la comida y los vinos. Ya no eres el artista risueño que conocíamos. ¿Quién nos devolverá a ese Cristóbal Guillén que gritaba en las cervecerías, amenazaba en el museo, con los puños trémulos de furor, los cuadros que le irritaban, y de noche, en su casa, peroraba con júbilo heroico sobre un plato sabroso?

Guillén aseguró, moviendo melancólicamente su cabeza agobiada de crenchas turbulentas:

—Muchacho, he perdido la alegría. En lo que no he cambiado es en la afición al café. Toma café constantemente.

Claudio Torres preguntó:

—¿Qué explicación das a los tuyos? ¿No se asombra tu mujer, tu hijo, tu hija, al verte invariablemente silencioso, ajeno por completo a lo que te rodea?

El pintor sorbió un trago de café y repuso:

—Es una situación que me aflige. Por fortuna, un médico de nuestra relación ha descubierto que atravieso un período de neurastenia. La neurastenia es una enfermedad singularmente cómoda que nos liberta de la necesidad de explicarnos. Me he acogido al privilegio de los neurasténicos; y no lo soy. Padezco de tristeza y de ansiedad. Conozco la causa de ese sufrimiento y no me alarmo.

—Pasará... —aseveró Torres.

—No; no pasará.

—Tendremos que pedir a tu modelo que te borraré esa tristeza y esa ansiedad. ¿Sabes lo que me han dicho?

—No me interesa lo que se murmura de mí —replicó Guillén con sequedad, para impedir que la conversación se deslizara hacia un tema que eludía sistemáticamente.

Torres insistió:

—Pues se murmura que estás enamorado de esa mujer y que mantienes con ella una extraña amistad, exacerbada y platónica. Estoy convencido de que es una calumnia. No es posible imaginar a un pintor que ha vivido en París, que tiene una experiencia de hombre maduro, en una aventura semejante, recibiendo en este sofá mullido y en medio de estas pipas turcas, la visita de su amiga, viéndose con ella en sitios sigilosos, y que esas visitas y esos encuentros se reduzcan a diálogos. No; no lo admito. Eso será comprensible en las novelas rusas. Aquí, en Buenos Aires, sería absurdo. Esa mujer se reiría de ti... Contéstame: ¿es verdad eso?

Cristóbal Guillén, como si no hubiera oído la pregunta apremiante, se paseaba por la sala y se detenía al ir y al volver, con ceño pensativo, ante el caballete.

—¿Qué opinas, Claudio? Tal vez no convenga el fondo gris.

—Me voy, Cristóbal. Necesito ir al centro.

—¿Si paseáramos un rato por Belgrano?

—¿Nos volveremos juntos después?

Cristóbal cubrió el caballete y lo reclinó en un costado de la habitación. Se proveyó de tabaco y atiborró la pipa. Ya en la calle, dijo en voz baja:

—Es verdad, Claudio.

II

Había conocido a Marcela en casa de Sánchez, a quien visitaba a menudo. Casada con un hombre que no la comprendía, con quien no pudo llegar a esa compenetración elemental que hace tolerable la convivencia, se divorció en una temporada veraniega de Montevideo y lo explicaba así a sus nuevos amigos:

—Vivir es divorciarse continuamente de alguna cosa. ¿Quién no está un poco divorciado? Yo he tenido el valor de divorciarme del todo. Me parece más cómodo.

Retraída, más bien silenciosa, participaba de la conversación con cierto desgano, como dominada por una indiferencia taciturna. Sentada en un sillón, cerca de la estufa, solía pasar horas

enteras sin pronunciar una palabra. A veces, interesada en cualquier asunto suscitado en la reunión, discutía con un ardor vehemente y aun los que estaban más acostumbrados a su manera de pensar y de expresarse, se desconcertaban con sus opiniones imprevistas, su razonar cortante y rotundo en que se advertía esa franqueza espontánea de los espíritus que no temen llegar a los aspectos extremos de una conclusión. Cristóbal Guillén la trataba con familiaridad y discutía con ella, como podría hacerlo con un camarada, sin ceder al hábito de galantería con que, por lo común, se disiente o se coincide con las mujeres. Lo que Marcela decía le alejaba involuntariamente de esa benevolencia amable y le obligaba a reflexionar. Cuando formulaba un juicio sobre un hecho o sobre una obra, indagaba con la mirada lo que pensaba Marcela. Su asentimiento le complacía, y su disconformidad o su despreocupación respecto de lo que afirmaba lo cohibía hasta hacerlo vacilar. Sentía su presencia. Sin darse cuenta, se esforzaba, delante de ella, en hablar con más gobierno, procuraba herir su atención con réplicas ingeniosas, con anécdotas divertidas en cuyo relato ponía en juego su inteligencia, su malicia, su habilidad.

Un día, al retocar una tela, se acordó bruscamente de ella.

—Nunca — pensó — me ha hablado de mis cuadros. Los ha visto en las exposiciones. Jamás me habló de ellos. No han de gustarle.

Y esta idea le afligió y lo que más le sorprendió es que le afligiera.

Surgido de un ambiente sórdido, conoció desde la niñez la amargura de la pobreza, las ásperas y humillantes necesidades, y así luchó, con un coraje persistente, hasta encontrar su camino y llegar a ser un hombre visible en su tarea de artista. Esa resistencia que formó su carácter, le dió fortaleza para combatir y para elevarse y le infundió también una confianza permanente en su propia fuerza. Desdeñaba sin jactancia la censura de los demás y no le halagaba el elogio, porque se juzgaba instintivamente con escrupulosa imparcialidad. Y únicamente con los más allegados se confesaba, hablaba de sus defectos y de sus cualidades como de un extraño. Sin embargo, la circunstancia de que Marcela no tuviese, en el tiempo que la frecuentaba, una frase amable o desfavorable para sus obras, lo llenaba de inquietud, no por un sentimiento inferior de vanidad, sino porque atribuía a su opinión un mérito particular, más que a la opinión de los que actuaban públicamente como conocedores o pasaban en su círculo por entendidos en el arte.

Al mezclar en la paleta los colores vino a su

memoria, nuevamente, la imagen de Marcela, tal como la viera la última vez, con un vestido claro, que le caía en pliegues ceñidos. Se acordaba de la expresión de su rostro, de sus brazos desnudos, que extendía al rstrregar las manos en la boca del calorífero. Cristóbal meditó:

—Ese traje le sienta muy bien. Sin duda, es un tipo para un retrato.

Su continua actividad, que repartía entre el trabajo del taller, los viajes breves al interior del país, las tertulias del café, le distraían y le apartaban de esos pensamientos. Trabajaba con método invariable, con esa tenacidad en que se educó a través de largos años de sufrimiento y de aprendizaje, y al regresar a su casa, si no iba a encontrarse con sus amigos o no los recibía en la salita atestada de libros, se entregaba a la lectura, con una especie de voracidad infatigable, porque todo le interesaba y le atraía en su voluble curiosidad. Era precisamente lo que inducía a creer a los que lo conocían, que Cristobal Guillén era un temperamento tranquilo, substraído a las sollicitaciones ajenas al ideal que se trazara en su existencia, mesurado e imperturbable. De este modo, la consagración a la labor y al estudio le impedía cavilar en lo que venía trabajándole calladamente, como si se cerniera sobre su ánimo una bruma de languidez y de melancolía. Los sa-

bados la veía en la casa de Sánchez. Por grandes que fuesen sus ocupaciones o sus compromisos, contraídos impensadamente para esa noche, los postergaba o deshacía. Por otra parte, en casa de Sánchez le dispensaban una acogida siempre cordial. Allí se hallaba en una intimidad agradable. La gente que se reunía, de gustos más o menos afines, de una educación parecida, le ofrecían un esparcimiento grato, que le atraía como un descanso, le estimulaba y le infundía decisión. En una oportunidad, al entrar como de costumbre y saludar ruidosamente a los que estaban en la sala, notó la ausencia de Marcela. Y sin saber por qué, no se atrevió a preguntar por ella. Permaneció silencioso durante la comida, a pesar de que se había desarrollado una discusión a gritos sobre el teatro de Pirandello. Apenas si contestaba con distraídos movimientos de cabeza a las preguntas que le dirigían. Al servirle el café, la señora de Sánchez le interrogó:

—¿Le ocurre algo, Cristóbal?

—¿A mí? Nada absolutamente. He estado de pie el día entero ante el caballete. Debo de estar cansado.

—¿Alguna cosa nueva?

—Estoy dando los toques finales al paisaje que les mostré el domingo pasado. No bien se seque se lo traeré.

—Hace mal. Usted podría venderlo. Con nosotros no necesita quedar bien.

Cristóbal repuso:

—Quiero quedar bien conmigo. Los únicos cuadros que realmente me producen satisfacción son los que regalo a los amigos y no los que están en poder de los compradores. Aquí los veo y sé que los estiman. Sé algo más y es que los estiman no porque son buenos, sino porque son míos.

—Dime, María — averiguó Sánchez — ¿por qué no vino Marcela?

—¿Tú también estás enamorado de Marcela? Vendrá después de comer.

Y dirigiéndose a Cristóbal, agregó:

—Es inútil; soy una mujer infortunada. Ninguno de los que nos visitan finge siguiera cortejarme. Todos prefieren a Marcela. Francamente, no se cómo mi marido no se ofende.

Marcela entró. La señora de Sánchez le refirió que Cristóbal se proponía regalarle otro cuadro.

—¿No ve? A mí no me regala nada — exclamó Marcela al estrecharle la mano; y ni siquiera me ha invitado a visitar su taller. Estoy segura de que teme comprometerse. No hay nada más incómodo que la amistad de los hombres importantes. No tenga miedo, Cristóbal; usted no es de los que se descarrilan por una mujer. Se administra y se gobierna demasiado bien.

—Es verdad — intervino María; — no es posible desviarlo. Nunca pierde la línea.

Cristóbal quiso contestar en tono igualmente jovial, pero se dió cuenta de que las cosas que acababa de oír repercutían penosamente en su espíritu. Se acercó a Marcela con timidez y le dijo:

—No la he invitado a ver mis telas porque tenía la impresión de que no le interesa lo que yo hago. Hasta le confesaré que estaba un poco afligido.

Su voz, ligeramente temblorosa, llamó la atención de la muchacha, sorprendida al oírlo y al verlo algo demudado.

—Se diría que usted no está del todo bien. Está pálido y hasta parece hablar con una voz que no es la suya. ¿Quién le ha dicho que no me interesan sus obras? ¿Has oído María? ¿Cuándo quiere que vayamos a su estudio?

Desde aquella noche, Cristóbal Guillén sólo pensaba en Marcela. Pintando o leyendo, tenía presente su imagen con una claridad que llegaba a ser dolorosa. Vivía una doble vida. Mientras conversaba en su casa, discutía con sus amigos o se esforzaba en comprender lo que decían al lado suyo, seguía en el pensamiento esa visión constante. Y la veía como una realidad obsesora en los más pequeños detalles. Si comía, se acordaba de la forma en que comía Marcela, de sus gestos, de sus actitudes. Si opinaba sobre un autor, sobre un cuadro, sobre una estatua, se interrumpía porque pensaba en-

seguida en las ideas que tendría su amiga sobre ese autor, sobre ese cuadro, sobre esa estatua, y al creer que las adivinaba y que difería de lo que estaba diciendo, modificaba su juicio como si ella estuviese presente y le hubiera convencido de su error. Esto le ocurrió al disertar sobre la Diana de Falguiere, que Claudio Torres admiraba con entusiasmo.

—No creas, Claudio. Es una escultura común, típicamente francesa, delicada y baladí.

Claudio Torres empezó a refutar su afirmación. Cristóbal imaginó en ese instante a Marcela contemplando en la escalera del Jokey Club el blanco mármol, y que producía en ella una impresión distinta. Creyó interpretarla, penetrar la emoción que le causaba ese cuerpo ágil y fino que parecía translúcido en aquella atmósfera de amplitud. Y con acento apagado interrumpió a su camarada para rectificarse:

—Tienes razón en el fondo. Me cuesta libertarme de los prejuicios de escuela. Perseguido por el afán de buscar el vigor y la concepción de los vastos conjuntos en el arte, acabo por ser injusto con obras que no son menos meritorias. Esa Diana es hermosa. Es casta y ligera. No hace mucho, al pasar por la calle Florida, me detuve para verla. Me quedé absorto; me quedé mirándola largamente como si esperara que se desprendiese para dar un salto.

De esta manera, Marcela influía en su espíritu, entristeciéndolo y exaltándolo en un perpetuo de-

seo de percibir los matices de su sentimiento, de amoldarse a su modalidad, de descubrir sus sensaciones ocultas. Y, no obstante eso, no se atrevía a examinarse fríamente. No se confesaba su propia situación y libraba así un combate interior para no entregarse, para no verse vencido. ¿Cómo puedo decirle a esa muchacha espléndida — reflexionaba en la soledad de su taller — que la quiero, yo que ya no soy un joven y que tengo a mis espaldas una familia? Tímido en el trato con las mujeres, se consideraba siempre sin aptitud para interesarlas y sin esas condiciones ordinarias que hacen agradable al hombre y le tornan fácil la simpatía femenina. De muchacho envidiaba igualmente esas cualidades y era en su grupo, probablemente el único, que salía de los bailes sin haber logrado anudar una aventura. Y esa falta de aplomo, esa inferioridad suya, se le aparecía ahora como una desgracia y le inducía a reprimir dentro de sí lo que le estaba sofocando, en la vaga esperanza de dominarse, de olvidar y proseguir como antes su existencia de artista consagrado obstinadamente a su trabajo. Pero Marcela influía también en su vida de artista. Lo que había hecho hasta entonces le parecía desprovisto de sentido y se le presentaba simplemente como un alarde vanidoso de destreza.

—Todo lo que he hecho — dijo cierta vez a Torres — no vale nada. Revela a un pintor que sabe su oficio, que hace lo que quiere con el color y que

sólo pinta para mostrar al público su pericia. En adelante pintaré de otro modo. En adelante trataré de revelarme a mí mismo, esto es, a reflejar a través de mi sensibilidad el aspecto íntimo de las cosas, el fondo de la vida que interesa al hombre y no la cáscara pintoresca de lo que ofrece exclusivamente motivos pictóricos. Los que pintamos como estaba pintando no nos diferenciamos de los literatos vacíos que se complacen en acumular palabras en ritmos sonoros y acariciadores, sin ponerles la emoción profunda, confidencial, la interpretación valerosa de los sentimientos humanos. Somos semejantes a los que arreglan los ecaparates en los grandes almacenes y combinan las piezas de paño y la hileras de cintas con un don puramente visual de los tonos.

Hacía tiempo que pensaba así. Esa idea se le aclaró un día al conversar con Marcela. Era en casa de Sánchez. Se hablaba de Amado Nervo, a quien ella había conocido accidentalmente y de quien conservaba un recuerdo duradero.

—Amado Nervo amaba la vida en todo — continuó. — Una flor le bastaba para alegrarlo, una piedra diminuta encontrada junto a un banco del Rosedal, una nube en el cielo, era suficiente para darle una impresión placentera de la vida, y la flor, la piedrecilla y la nube le parecían un regalo del destino y hablaba de eso dos horas como de un espectáculo maravilloso. Era feliz porque quería ser-

lo. Yo, en cambio, no me conformo sino con la vida en sí, sin relacionarla con lo que está fuera de ella.

Cristóbal Guillén, que antes amaba las cosas en sus manifestaciones externas, se sintió poco a poco poseído por esa idea y llegó a la conclusión de que su arte, lo que llamaba el arte de su primera época, no era más que una vanidad, una exhibición de fuerza que no se aplicaba a la verdadera creación del artista, que consiste en sorprender en su obra el soplo caliente de vida, lo que está por encima de la moda, del gusto, de las oscilaciones pasajeras de la predilección ajena o de las sugerencias de las teorías. El dolor le había tocado, le había herido, el dolor de amar en silencio, de amar sorda e inútilmente. Y así, sin proponérselo abiertamente como resultado de una evolución reflexiva, fué cambiándose y volviéndose más austero y más parco. Ya no se complacía en buscar y en vencer las dificultades, en crearse problemas de color y de perspectivas. De acuerdo con lo que oyó a Marcela, se empeñaba en ir de las cosas inanimadas a la vida fuerte y diversa. Desengañado del paisaje, de “las muestras ostentosas de técnica”, como afirmaba, se obstinaba en hacer figuras y pintaba a los chicos harapientos del barrio, a las mujeres del mercado de Belgrano, a la vieja sirvienta de su casa.

No sospechaba Marcela esa influencia asidua que ejercía en el espíritu de Cristóbal.

Un sábado, en casa de Sánchez, se acercó a Marcela y empezó una conversación indiferente. Estaban solos en la sala. Sin poder contenerse, Cristóbal le dijo:

—Marcela, deseo hacer su retrato. ¿Se anima a venir a mi estudio?

Lo dijo con acento velado, en un murmullo rápido, como si tuviese miedo de que le oyera. Marcela lo miró. Le temblaban las manos de tal modo, que Cristóbal, para disimular, se dejó caer en un sillón, arrojó el cigarro que tenía en la boca y se puso a tararear. Y al verlo así comprendió lo que pasaba por el espíritu de su amigo, y a la impresión momentánea de sorpresa sucedió una impresión más femenina y más honda, el halago de sentirse amada, de sentirse con dominio sobre ese recio temperamento de hombre a quien no turbaba, como a los demás hombres, el desfile de mujeres. Sus mejillas se colorearon y en sus ojos brilló una mirada luminosa, envolvedora y tibia. Le preguntó:

—¿Por qué se le ocurre, de pronto, hacerme el retrato?

Cristóbal repuso entrecortadamente:

—Pienso dedicarme con preferencia a los retratos. Además, se me ocurre eso porque ya no se lo puedo callar por más tiempo, Marcela. ¿Usted sabe que yo la quiero mucho?

Y temeroso de oír una respuesta desagradable, se levantó casi de un salto y entró al comedor. Allí

se discutía sobre política y María peroraba contra los norteamericanos a quienes se acababa de citar como ejemplo. Peroraba con ese ardor que hacía aun más visible la expresión de bondad de su cara severa y bella, de esa sinceridad vehemente que agrandaba sus pupilas oscuras. Logró Cristóbal pasar inadvertido hasta el final de la incoherente polémica en que cada uno gritaba y no dejaba oír a los demás. Así pudo tranquilizarse. Cuando apareció Marcela en el umbral, esperó que le mirara con irritación, ofendida por su audacia. Se le dirigió con naturalidad:

—Deme un cigarrillo, Cristóbal.

—¿Quiere un turco?

—No; lo prefiero de tabaco.

Al retirarse, se le arrimó:

—¿Qué día quiere que vaya a su taller?

III

Una alegría desbordante, como no había sentido jamás, que cedía de golpe al abatimiento acongojado, dominaba desde aquella noche el espíritu de Cristóbal Guillén. La figura de Marcela lo poseía, le obsesionaba, le sumergía en hoscas meditaciones. Al día siguiente de haberle confesado que la quería, en esa súbita declaración, le escribió una carta extensa en que le contaba su padecimiento de

meses y meses y le expresaba la forma enardecida en que admiraba su inteligencia y su belleza. Y le refería como había adquirido la certidumbre de que la amaba. Se había ido el año anterior a Tucumán, para pintar las quebradas de la montaña. Y allí, en el aislamiento de la naturaleza agreste y rica, junto a los ribazos pedregosos del río y los murallones rojizos sobre cuyo filo asomaban las ramas retorcidas de los árboles y se cernía el vuelo lento y vibrador de las águilas de alas plumizas, que tenían en la radiante transparencia del espacio un reflejo de plata viva, evocaba la imagen de la muchacha, que le impedía ver y sentir lo que no fuera el recuerdo de su rostro, las líneas rotundas de su cuerpo joven. Y en vez de pintar, de darse con integridad a su faena, con el júbilo del artista, que constituía su goce intenso, el goce voluptuoso de crear, se pasaba las horas, con los codos en las rodillas, sorbiendo distraídamente su pipa y con los ojos en el horizonte, en los picos, en el agua que corría con fragor entre las blancas piedras, como si en las nubes lejanas, en los picos y en la superficie lechosa del agua surgiera la visión de la mujer y le sonriera, con los párpados entrecerrados, la boca entreabierta, según era su costumbre, o bien en la inmovilidad del abandono, hacia atrás la cabeza, con el pelo lustroso partido y estirado, y que realzaba con dulzura plácida y melancólica los rasgos finos y blandos de su cara,

que contemplaba en todas partes, que le seguía, que llevaba dentro de sí y le hacía levantar la mano en la tentación de rozarlo, de acariciarlo, como se roza y se acaricia sensualmente una seda. Allí, en aquellas extensiones solitarias en que repercutía de rato en rato el rodar del oleaje y la caída de bloques desprendidos del flanco de la montaña, meditaba en su vida destruída, en su pasado abolido, en su mujer, en sus hijos, de quienes se sentía cada vez más alejado, borrados por esa imagen despótica que lo absorbía y lo inmovilizaba en una eterna quietud de ensueño. Quiso escribírselo desde Tucumán y una madrugada, torturado por sus cavilaciones, en el cuarto del hotel que ya se aclaraba con la luz del alba, compuso una densa carta en que le comunicaba que para libertarse de esa obsesión, de ese amor imposible, se decidía estar lejos de Buenos Aires y establecerse definitivamente en esa ciudad quieta y amable, en donde viviría para recordarla en una veneración callada. Escrita la carta, pudo dormirse por fin y durmió hasta muy tarde. Al despertar se acordaba con municiosidad de lo que había escrito y un sufrimiento agrio que le apretaba la garganta en un nudo estrangulador, lo abatió de nuevo y le hizo ver, con esa lógica implacable que tiene el hombre cuando revisa su conciencia, que no podría vivir lejos de Marcela. En Buenos Aires, por lo menos, la veía, la frecuentaba, la oía y se sentía vinculado a su vida. Y ahora,

al escribirle después de haberle hecho la confesión, le describía, en palabras que traducían su descon-suelo, la lástima que se inspiraba a sí mismo: “Yo nada quiero, le decía, nada deseo, a nada aspiro. Sólo quiero, sólo deseo que usted lo sepa, lo que es en mi vida y que mi vida es suya. Soy un autóma-ta en mi casa, en mi taller, en la calle. Mi verdadera vida está en usted y vive de usted y este es el enigma doloroso y maravilloso que nadie adivina, por más que todos me encuentran cambiado y comprenden que algo hay que ha trans-formado mi humor, mi carácter, mi arte, mi exis-tencia. Soy un pobre hombre y mi historia es la his-toria cotidiana de un pobre hombre que huye de sí mismo, que huye de lo que la evoca, de lo que la trae a mi memoria y cuanto más huyo más me su-merjo en la alucinación irremediable”. Y termina-ba pidiéndole que le alojara compasivamente en su simpatía, en “su salvadora y protectora simpa-tía para poder seguir viviendo tristemente”. Así comenzó su correspondencia con Marcela. Le es-cribía diariamente, por la necesidad de sentirse vecino de su corazón, cerca de su espíritu, por esa necesidad de los enamorados que aman con un sen-timiento trágico, de expresar a la mujer con insis-tente y fatigosa repetición lo potente de su amor. De esta manera se desahogaba y se apaciguaba. Y en su taller, ante el caballete, era feliz, con una feli-cidad embriagadora y enervante, porque veía el re-

trato de Marcela, su rostro, su cuerpo elástico y firme, en la tela amplia en que, desde tiempo atrás, se desesperaba por fijar su figura.

Se resignaba a que Marcela no correspondiese a su amor. Le bastaba con que lo supiese. Marcela, sentada en el extremo del diván rojo, contemplaba el tardo surgimiento de la obra. Le animaba, le distraía de su tristeza contándole anécdotas de los círculos en que alternaba. Cristóbal la observaba con un ensimismamiento lúgubre, arrobado, cohibido.

—¿Sabe? Hoy, al recibir su carta, que termina, como todas sus cartas, con “un beso devoto en la mano”, pensé que si me besara realmente ya tendría una huella como el pie de la estatua de San Pedro.

Y sus hermosos labios, pequeños y sinuosos, se abrieron en una risa alegre.

Cristóbal repuso sombríamente:

—¿Y usted cree que no beso efectivamente su mano? Muchas veces, al poner esas palabras, se me caen las lágrimas. ¿Qué son mis cartas, Marcela? Son mi historia. Es la historia cotidiana, como le dije, de un pobre hombre, porque a su lado soy un pobre hombre. Sé que la amaré siempre y sé que nunca me amará. Eso no me importa. Me confío. Y mi anhelo, mi anhelo único, es hacer constantemente su retrato porque eso me da la ilusión de que estoy con usted y de que no nos separamos. Cuando

se va del taller me quedo horas enteras ante el caballete, sumido en una placidez honda, como si tuviera su mano entre las mías. Aquí me encuentro bien. Nadie me estorba ni husmea con sus preguntas y con sus indagaciones, por qué estoy triste, por qué estoy silencioso. Al salir a la calle, mi ánimo se nubla y una envidia amarga me invade al ver las parejas y pensar que los demás son felices mientras yo estoy condenado a vivir en la congoja. En ese estado de ánimo me acuerdo invariablemente del dibujo de Steinlein que ilustra una de las poesías de Jean Rictus, en *El Soliloquio del Pobre*. Es un mendigo solitario, derrumbado en un banco del paseo, de noche, que ve pasar una pareja y en sus ojos se advierte esa envidia dolorosa, de hombre vencido, que nada espera de la vida. Yo me siento como ese mendigo desolado de Steinlein. La veo alejarse de mí, perderse lejos de mí, y al pensarlo, al pensar que un día podrá enamorarse de otro y ser totalmente de otro, se me deshace el corazón. Créame, Marcela, soy un pobre hombre.

—Todos son pobres hombres, Cristóbal. Usted se complace en entristecerse.

—Me gusta estar triste porque estoy triste por usted. Un amor como el mío es fatalmente triste. Sin embargo, tengo a veces alegrías tan profundas como no las ha sentido ningún amante. Cuando me sonrío, cuando me dice una buena palabra, me inunda el regocijo y no me cambiaría con el hombre

más dichoso. ¿Se acuerda de aquel día en que me habló por teléfono y me pidió que le escribiera? Ese día fuí feliz. No será tan feliz en su noche de bodas el que se case con usted. Se lo aseguro, Marcela.

Cristóbal se ensimismó. Dos grandes lágrimas rodaron por su cara y una, gruesa y ovalada, cayó sobre la solapa de su blusa. Se volvió hacia el caballete para ocultar su emoción. Un sollozo convulsivo lo sacudió y viendo que no conseguía dominarse, se afligía todavía más, avergonzado por mostrarse tan débil, tan enfermizamente sensible en presencia de la mujer. Por fin murmuró:

—Me da vergüenza, Marcela. Es feo llorar. Y le confieso que me alivio. ¿Cómo se me ha metido en el espíritu! ¿De qué sortilegio se ha valido para embrujarme? Yo estoy embrujado, Marcela. Hacía años que no soñaba de noche. Ahora sueño y la veo en sueños con tal exactitud que al despertarme me cuesta creer que he soñado. Vez pasada soñé que andábamos por la calle y al querer decirle una cosa me dí cuenta de que ya no estaba a mi lado. Me eché a correr y me detuve en una esquina, sin saber qué rumbo tomar. Iba a cruzar la calzada y en eso la ví otra vez a mi lado, vestida de verde, con un sombrero gris, y nuevamente empezamos a caminar. Sí; me ha embrujado.

Marcela objetó irónicamente:

—¿Qué tiene de extraño que lo haya embrujado?

¿No dice usted que soy linda, que soy inteligente, que ninguna es tan linda ni tan inteligente como yo?

—Es cierto; así es. Usted es una mujer extraordinaria.

Y Marcela, en una reacción casi violenta, le contestó:

—¡No diga tonterías, Cristóbal! Si continúa en ese tono, me iré. ¿Cree que no tengo ojos para verme en el espejo o no tengo suficiente criterio como para comprender que no soy como lo afirma en sus cartas y en sus conversaciones? ¡Ojalá fuese yo linda! Hace poco estuve de visita en casa de una amiga y vi en su álbum fotografías de muchachas. Había una que me interesó especialmente. Eso es ser hermosa. No sé, en verdad, si es hermosa. Algunos que la conocen, hasta llegan a sostener que es fea. Lo que puedo decir es que es maravillosamente estética. Es de esas mujeres de cuerpo cimbreante, estirado, como un galgo, de una elegancia cuya ductilidad se siente y de una esbeltez prodigiosa. Así quisiera ser yo. No; no me desagradaría ser así y sentir, al entrar a una casa, que impresiono por mi belleza, y dominar a la gente con esa sensación que producen en torno suyo las mujeres a quienes la suerte no ha negado la simpatía y la hermosura. Y me gustaría igualmente tener una inteligencia, no como la mía, que de nada me sirve, sino la verdadera inteligencia, la que sirve para hacer

algo, para ser alguien en la vida. Usted pinta y pintando se encuentra, se desahoga y se consuela. ¿Qué hago yo?

—Usted escribe admirablemente — afirmó Cristóbal. — No conozco una mujer de un gusto tan sólido, de una sensibilidad tan despierta.

Marcela volvió a irritarse:

—Está enceguecido, Cristóbal. A menudo he pensado — agregó festivamente — en el trabajo que daré en el porvenir a la gente que se ocupe de su obra e intente averiguar quién era esa mujer retratada en tan diferentes actitudes y a la cual el pintor escribía esas cartas inflamadas de admiración. ¿Cómo es posible, dirán, que en esa época haya existido en el ambiente vulgar de Buenos Aires una mujer semejante? Seré un enigma para los críticos y para los historiadores.

Cristóbal refutó:

—Hablemos seriamente, Marcela. Se podría decir que me enceguece el sentimiento si antes de experimentarlo no hubiese advertido su belleza y su inteligencia. Lo que le digo es verdad, es mi verdad, que no es menos verídica que la suya. Yo la siento profundamente bella. ¿Qué es la belleza? ¿Se compone acaso de la perfecta proporción de los rasgos, de la aislada regularidad de las líneas? La belleza física es un trasunto de la belleza moral. Es una expresión de bondad y de inteligencia en formas que impresionan armoniosa-

mente y constituyen, no un cuerpo de determinada estructura, sino un tipo individual, un tipo en que se presiente un ritmo, una fuerza espiritual de gracia, una cadencia interior que nos atrae y nos somete. Es lo que me hace sentir. Debo ser leal con mi sentimiento y con mi pensamiento. Probablemente, la amaría con idéntica pasión si por alguna causa cualquiera perdiese lo que yo llamo su belleza. Pero la amo como es, en su alma y en su cuerpo, con un amor turbado y resignado a la vez y no crea que en mi imaginación la veo exclusivamente a través de una idealización platónica. La amo espiritual y sensualmente, sin que lo sensual predomine ni me angustie. ¿Sé, por ventura, cómo la amo? Sólo sé que la amo. Usted puede reírse al oírme hablar de su inteligencia. Sé que, por ser tan inteligente, tan finamente inteligente, tan delicadamente comprensiva, es la última en creerlo. ¿Ha visto alguna vez una persona de inteligencia efectiva creerse inteligente y no verse fallas y defectos? No dudar de sí es la prueba, por lo menos, de una inteligencia grosera. Pero son los demás los que están en condiciones de medir lo que uno es y lo que uno vale. Es mi caso respecto de usted. Y tanta es la fe que tengo en su inteligencia, que únicamente su opinión me preocupa. Y me preocupa hasta haber perdido la confianza en mí y la aptitud para juzgarme, para valorar lo que hago. Pinto guiado

por el instinto, por un resto de la antigua seguridad que me animaba, en la esperanza, no de realizar conscientemente lo que quiero, sino de acertar, como quien adivina en la obscuridad. Marcela, yo sufro mucho. Delante del caballete, se me caen los brazos. ¿Cómo podré pintarla, pienso, de manera que se vea, que se descubra en la tela yerta la vida profunda y la belleza cautivadora de esa mujer, tal como es, tal como me posee? Y cuando usted entra y la mira largamente, sin observarme nada, sin indicarme el menor detalle, comprendo que estoy lejos todavía de reducirla, de volcar en los ojos, en la cara, en el gesto, lo que hay de hondo en usted, la confluencia entre lo que es y lo que yo creo que es, es decir, la confluencia de mi alma y de su alma, que es lo indispensable para llegar al retrato, al retrato único, al retrato eterno en que se derrama la vida toda de su creador. ¿Me inutilizará la pasión que da fecundidad a otros artistas? ¿Se habrá desvanecido mi aptitud como se ha desvanecido en mí el pasado?

Marcela, que se estaba mirando en un espejo diminuto, con la barrita de carmín entre los dedos, fijó en Cristóbal una mirada irónica.

—Usted se ha vuelto loco.

—Hace tiempo de eso. Fué un día en que me persuadí de que no podía olvidarla.

—En serio, Cristóbal. Usted me dice que me

quiere. Mas, voy creyendo que no es eso lo que tiene. Es un caso que interesaría a los psiquiatras y yo no estoy en condiciones de ayudarle porque nada sé de psiquiatría. Le aseguro que me da miedo.

—No tema — contestó jovialmente. — No he de ser tan afortunado como para caer en la locura. ¿Qué más quisiera yo? Estaría tranquilo y feliz en el Hospicio de las Mercedes, tranquilo y feliz, convencido de que nos amábamos, como aquel francés que estuvo en el manicomio y que solía explicar con una elocuencia ardiente, sus amores a distancia con una princesa rusa. Usted me visitaría los jueves y los domingos, me llevaría cigarrillos y frutas. Quizá me convendría terminar así. No he de tener esa suerte. Lo probable es que viva hasta el cansancio, sin que me socorra ninguna de esas enfermedades concluyentes.

Cristóbal empezó a caminar por la habitación, arrugada la frente, con los brazos atrás. Y volviéndose hacia Marcela, le reprochó:

—Usted me abandona. No me quiere ayudar. ¿Por qué no me señala las deficiencias del retrato? Comprendo que no le gusta lo que pinto y eso me martiriza. Vivo en una constante aflicción.

—¿Cómo quiere que me ponga a disertar sobre pintura? Es cierto; soy un poco pedante, pero no hasta el extremo de darle lecciones... Por otra parte, no es exacto que no me guste lo que pinta.

Usted me ha hecho varios retratos. El último me parece precioso.

Y recordaron cómo le entregó el retrato, una tarde, en un café del centro. Cristóbal se había empeñado en llevárselo en esa forma, para “tener la ilusión de una cita”. Marcela se presentó con un sombrero de alas anchas, que ocultaba su rostro y que le impidió ver la palidez de su amigo, que apenas acertaba a balbucir palabras dislocadas.

—¿Se acuerda, Marcela? Después de examinar el retrato, de alabar el marco que no conocía y de descifrar los adornos que forman la dedicatoria enigmática, me tendió la mano. Ahora se lo confieso. Quise besarle la mano y no me atreví por temor de que se molestara y por temor de que me diera un acceso de llanto. Y pienso que le haré muchos retratos y que de aquí a muchos años estaré lo mismo que ahora, arrepentido por no haberle besado la mano aquella tarde, en el café.

Marcela le interrumpió la divagación:

—¿Qué hora es? Esta noche como fuera de mi casa. Cristóbal, usted está loco.

—Estaría más segura de ello si me viera andar por el estudio el día que la espero y no viene y ni siquiera tiene la caridad de avisarme por teléfono. ¿Cuántos metros de largo tiene el taller? Pues durante horas y horas, hasta que se encienden las luces, camino y camino, ida y vuelta, a lo

largo y a lo ancho, esperando que aparezca en la puerta, que suene la campanilla. Y usted no aparece y la campanilla no suena.

—Sí, Cristóbal; está loco. ¿No quiere que le deje en el centro?

—¿Cuándo vuelve?

—¿Cuándo vuelvo? A ver: el miércoles almuerzo con María; el jueves. No, el jueves no podrá ser. El viernes. Eso es: el viernes.

IV

Los momentos de placidez que solía tener en el comienzo de sus relaciones con Marcela eran cada vez más raros y más duraderos los períodos de punzante ensimismamiento. Marcela se mostraba menos asidua, menos acogedora que antes y eso exacerbaba su doloroso abandono. Trabajaba, leía con ceñudo empeñamiento para dar reposo a su ánimo, pero no lograba vencerse y se aplacaba el humor sombrío con las cartas que le escribía, que acumulaba en un cajón de la mesa para entregarlas juntas cuando recibía su visita en el taller o la veía en el café en que acostumbraban encontrarse. Esas cartas, que denominaba burlescamente “historia cotidiana de un pobre hombre”, contenían, efectivamente, la narración diaria de sus desazones y de sus angustias. Cristóbal se

debatía en un doble drama que abarcaba, desgarrándolo por igual, los dos aspectos de su vida. El aparente despegue de Marcela le infligía una tortura que ahondaba y aumentaba la inquietud de su imaginación. Por otro lado, su situación de hombre de familia, de marido y de padre, le obligaba a ocultar lo que lo labraba, a fingir lo que no era, a mostrarse distinto, no como en el taller y en la calle, sino como había sido en otros años. Encerrado en un silencio pesado, permanecía en su casa como un extraño, sin conversar, sin preocuparse de las cosas que antes le entretenían o solicitaban su interés. Al comienzo, su mutismo llamó la atención y su mujer y sus hijos se alarmaron. Creían que estaba enfermo.

—Debieras cuidarte — opinó su esposa al servirle una mañana el desayuno. — Anoche me dijo la nena que te encontraba muy cambiado y Rafaelito teme que no estés bien.

—No estoy enfermo, Lidia — atinó a contestar. — Estoy cansado. Tengo indudablemente un asomo de neurastenia y me curo a mi modo. Trato de trabajar, de leer, de fatigarme. Y si no converso contigo o con los chicos, es porque me cuesta concentrar la atención. Ya me pasará, como me ha pasado tantas veces.

Lidia, la nena, Rafaelito se fueron acostumbrando lentamente a su presencia indiferente y distraída, imputada a la neurastenia, que se agra-

vaba sin cesar hasta convertirlo en una sombra de su biblioteca. Nada le importaba ni hería su curiosidad. En efecto, como todos los artistas, como todos los que exigen de sí un esfuerzo prolongado y continuo solía tener Cristóbal períodos agudos de agotamiento que lo ensombrecían y lo hundían en una opacidad huraña. Mas, esos accesos de cansancio se extinguían a fuerza de consagrarse con más ahinco a la labor y les sucedía una reacción de energía emprendedora y alegre. Esta vez el ataque de neurastenia duraba demasiado y Lidia, esforzándose en estimularlo y en animarlo, le proponía viajes al Norte del país o le aconsejaba someterse a un tratamiento. Ese empeño afectuoso le conmovía y le irritaba. Debilitados los nervios, extenuado por las cavilaciones, se acusaba, al examinarse en su decaimiento tenaz, de su indiferencia creciente con su mujer y con sus hijos. Y lo que más le sorprendía es que, comprendiéndolo, se sintiera absolutamente separado de ellos, ajeno a su vida y a sus problemas, como si una ausencia infinita de su hogar hubiese borrado en su corazón todo vestigio de ternura. Y evocaba fríamente su apacible existencia anterior, la alegría con que regresaba a su casa, la forma en que jugaba con sus hijos, revolcándose con ellos en la alfombra de su estudio, inventando juegos y bromas para divertirlos. Esas escenas volvían a su recuerdo como episodios de una vida que no

fuese la suya, como fragmentos de un espectáculo visto displicentemente en un teatro. Se había casado siendo muy joven. Lidia, que le servía de modelo, supo atraerlo mostrándose esquiva y recatada. Tímido como era, sabiéndose de esos hombres que no gustaban a las mujeres, se obstinó en perseguirla y en obtenerla y acabó por conseguirlo, allá, en su humilde y estrecho tallerito de principiante, en que el caballete, las cajas, el calentador y el armario se alineaban en fila al lado de la otomana que cubría al levantarse con un destenido chal de grandes flores moradas. ¿La quiso positivamente alguna vez? El hecho es que vivió con ella plazeramente hasta nacer Rafaelito, como vivió plazeramente después de formalizar su unión en el Registro Civil, para regularizar la situación del hijo venido al mundo. Recordaba esas circunstancias, sin apenarse, sin sobresaltarse, con una especie de arrepentimiento que inducía a su espíritu conturbado a una persistente hostilidad hacia lo que lo ataba ineludiblemente a su hogar, entristecido con su tristeza. A veces salía de su apatía lóbrega y se abandonaba a la fantasía divagadora. Se imaginaba en compañía de Marcela, en la intimidad de Marcela, platicando con ella en un diálogo sin coherencia ni fin. Y ni aun en esas fantásticas entrevistas en que la veía como en la realidad, lejana y próxima, metida en su corazón e inaccesible al propio tiempo, era capaz de atri-

buirle una frase de afecto consolador, un ademán cariñoso, un mohín de ternura. Seguía siendo en esas conversaciones imaginarias el enamorado ardiente y distante, el amante platónico de la mujer que lo comprendía, que lo compadecía y que no lo amaba y se lo decía con ruda franqueza. ¿Deseaba ser otra cosa para ella o que ella fuese otra cosa para él? La amaba, espiritual y totalmente, pero nunca, ni en los instantes de más exaltado apasionamiento, se concebía unido a ella en la vinculación absoluta del amor. Ese estado de constante ensoñación lo llevaba con frecuencia a tejer dramáticos sucesos en que aparecía, como un héroe novelesco. Eran aventuras prodigiosamente absurdas y que se repetían, por lo común, sin variedad. De niño solía soñar el mismo sueño, que al día siguiente recordaba apenas y que no bien se dormía reanudaba, reconociendo en seguida los detalles familiares del sueño de la víspera. Ahora, despierto, soñaba así y reconocía en la invariable aventura la trama de los hechos inalterables. Se separaba de su familia, ya sea porque se había descubierto su amor con Marcela, ya sea porque una catástrofe de melodrama lo libertara de los seres que constituían su pasado, y de esta manera se acercaba a la otra mujer, la mujer que lo inició, sin quererlo, sin saberlo y sin desearlo, en el hondo y atormentador sentimiento que lo dominaba con esa potencia violenta. Se había vuelto

humilde y piadoso. Despojado de orgullo, de vanidad, de amor propio, el dolor en que se agitaba llegó a sensibilizarlo, a refinar su espíritu, a descascararlo de la capa de rusticidad que lo envolvía. Y esa delicadeza, nacida del padecimiento estremecido, comunicaba a su inteligencia y a su arte una profundidad nueva, una emoción que era el único en no advertir. Y ese proceso complejo de perplejidad en el sufrimiento, de vacilación, de duda, se historiaba en sus cartas diarias a Marcela. El conflicto que se planteaba en su conciencia, respecto de su hogar, y que no se exteriorizaba en ningún acontecimiento especial, sino en su retraimiento empecinado, le roía interminablemente. Al describirlo a Marcela en una de sus abundantes y prolijas misivas, creyó que el relato en que se confesaba con gimiente amargura la impresionaría de mala manera, y le haría creer que era un alma llena de cavernosas deformidades. Eso le preocupaba. Al verla le preguntó:

—¿Qué ha pensado de mí al leer esa carta? Ha de haber pensado que soy un monstruo. Y la verdad es que no me he confesado del todo. Créame que soy monstruoso por dentro.

Marcela lo tranquilizó:

—Las cosas no son buenas ni malas en sí. Son como son. Nunca es malo ver la verdad por cruel que sea y al confesarla uno se hace un servicio a sí y a los demás. A mí no me dan miedo las co-

sas. Lo que me da miedo es no verlas, es engañarme. A usted le gusta soñar y le gusta engañarse. A mí, en cambio, me gusta ver, ver bien, hasta el fondo, en todo. Ver, ver profundamente, es-carbar la verdad, las pequeñas, las ínfimas verdades de cada día y que son las que hacen y anulan a los hombres. No debemos juzgar a la gente por lo bueno o lo grande que la exhibe en los actos excepcionales y que la muestra en una faz teatral. Hay que verla, no en esa apariencia falsa, sino en los minutos continuos que son los que forman su existencia.

Así conversaban, deslizándose de los motivos concretos que entretejían su intimidad a los temas generales a que tendía habitualmente Marcella, en su singular aptitud para comprender y para razonar.

Cristóbal afirmó:

—Hoy está más linda que nunca.

—Para usted estoy siempre más linda que nunca. En eso se ve que no somos ni esposos ni amantes. Si lo fuéramos me vería tal como soy, es decir, no me vería más y estaríamos, uno al lado del otro, sin tener que decirnos o hablando agriamente de asuntos fastidiosos. Ahora salgo ganando. Me encuentra linda, cada vez más linda...

Entrecerró los ojos, estirando su cara blanca en que se expresaba una alegría maliciosa y enter-

necida y al alzar la barbilla dejaba ver su garganta, que refulgía, en la penumbra.

—Hoy está muy linda, Marcela — susurró en voz baja Cristóbal. — Este vestido azul y este sombrero ceñido a la frente le sientan muy bien.

—Si me hubiese dicho esas galanterías hace algunos años le habría contestado seguramente de otro modo. Se las habría agradecido. Ahora ya es tarde. Me he acostumbrado a no engañarme. El espejo es fiel. No pone nada suyo en lo que refleja. Sin embargo, hoy me siento joven otra vez. Ayer me agobiaba la edad. El reumatismo me maltrataba un brazo. Estaba deprimida, con la cabeza confusa y me acosté. Quise leer un poco y tuve la ocurrencia de hojear a Baudelaire. El reumatismo, la depresión y Baudelaire me persuadieron de mi vejez. Por fortuna, me dormí pronto y hoy, como le digo, soy joven otra vez.

Cristóbal la reconvino:

—Estos días me tuvo olvidado. Ni me habló por teléfono, ni me escribió, ni vino a verme. Ya no es como antes conmigo.

Continuó quejándose llorosamente:

—¿Sabe lo que es esperarla y no poder verla? No; no sabe, no puede saberlo; usted no puede imaginar lo que es esta horrible ansiedad que me estrangula incesantemente. Es la ansiedad de estar lejos de usted y el terror de perderla. A cada instante veo visiones. Son visiones espantosas y

ridículas. Me parece que no me habla porque está hablando con otro, que no me visita porque ha salido con otro.

—¿También sufre de celos? ¡Usted es perfecto!

Volvió a entrecerrar los ojos como si los apretara fuertemente con los párpados y sus largas pestañas trazaron dos círculos de leve sombra en su rostro.

—¡Ríase, Marcela! ¿Hay algo más grotesco que un enamorado celoso? ¿Hay enamorado que no lo esté? Confíese, por lo menos, que soy discreto. Suele contarme a veces que está triste o que está abatida. La idea de que le ocurre alguna cosa, de que tiene un motivo de aflicción, me desespera y, a pesar de eso, jamás me decido a preguntarle nada. Temo molestarla, temo obligarla a hacerme una confidencia y, sobre todo, temo esa confidencia. No es por mí, suelo decirme, que se entristece; no es por mi causa que está abatida. Y me lleno de dolor. ¿Por quién estará triste, por quién se abatirá? ¿Qué derecho me asiste para averiguarlo? ¿Qué soy para usted? ¿Qué promesa me ha hecho, qué promesa puedo hacerle yo? ¿No hace usted demasiado con oírme, con darme su simpatía benévola, que me salva e impide que mi vida se hunda?

Hablaba con acento desfallecido, sin mirarla, caía la cabeza. Marcela, arrellanada en el diván, apoyaba en las manos el rostro velado de pena.

La luz que entraba a través de las cortinillas se astillaba debilmente en las piedras rojas de su anillo y se expandía en un resplandor violáceo en las aristas de cobre del caldero que hervía en la mesita, cerca del caballete.

—Sí; reconozco que es usted muy discreto, Cris-tóbal.

Marcela se levantó, se alisó la falda y yendo hacia la mesa, interrogó:

—¿Están limpias las tazas? Supongo que hará el café con el cuidado que acostumbra. Pues, sí; usted es muy discreto y no crea que no se lo agradezco. Y no porque tenga algo que ocultarle. Usted sabe quiénes son mis amigos y sabe las relaciones que me unen con ellos. Sabe, además de eso, que no estoy enamorada.

Esas palabras tuvieron la virtud de tranquilizarlo. La certidumbre de que no amaba a ninguno le consolaba de que no lo amase y ese sentimiento alivió su humor y sin transición empezó a hablar con volubilidad, con una voz clara y sonora, sin un vestigio de la congoja que momentos antes le daba tono de súplica.

—¿Todavía no se lo he dicho, Marcela? Cuando concluya este retrato pienso comenzar un cuadro de carácter religioso, una Magdalena, para la cual me servirá de modelo. Es inútil. Los temas religiosos ofrecen un atractivo como no lo ofrecen los demás asuntos. En la pintura religiosa

está lo primordial del arte grande, la figura de la mujer y las pasiones profundas del hombre que nacen de la creencia y de la esperanza. He pensado hacer una Magdalena, con los brazos suplicantes, surgiendo en su desnudez de la túnica como de la sombra, con el cabello desceñido sobre el pecho, sin personajes complementarios y sin anécdota, para dar en la desolación de los ojos y del rostro, la expresión de su drama, el drama ya concluído de la muerte de Jesús. Y quiero hacerlo porque quiero, una vez más, pintarla y revelarla en una nueva actitud para revelar así, en el amor místico de la Pecadora, mi propio amor.

Marcela dispuso los pocillos. Por el pico del caldero, que lamía la llama azulosa del anafre, salían bocanadas de vapor. En el ambiente, entibiecido y obscurecido, los objetos se agrandaban al borrarse sus contornos en la opacidad del crepúsculo. Cristóbal cargó el café en el filtro.

—¿De manera que usted me tomó de pretexto para pintarse a sí mismo? — preguntó.

—¿Qué es una obra de arte sino eso? — repuso; — en el instante en que el artista comprende y penetra lo que desea revivir en su obra, se ha identificado con lo que ha de constituir la. No es posible crear sin amar. Al pintarla la veo como es, pero la veo en mí. Y Magdalena fué la mujer del amor, la mujer que llegó al amor divino por el amor humano. Amasada en carne de amor, en

espíritu de amor, encuentra el amor en ella su símbolo doloroso y viviente. Yo la veo ya, con los brazos luminosos, con los ojos que ya no necesitan llorar, diciendo a los hombres lo que ha padecido en los días anhelantes al lado de Jesús y lo que padece al evocarlo...

Esos proyectos halagaban a Marcela, no porque despertaran en su espíritu un fermento de vanidad satisfecha, sino porque su sensibilidad para imaginar y para concebir una creación de belleza la llevaba a estimular en Cristóbal esos deseos febriles de trabajo.

—Es un tema interesante. ¿Un terrón de azúcar? Magdalena me parece la figura más hermosa del Evangelio. Esa dulzura y esa intimidad que hay en los relatos evangélicos se advierte particularmente en las relaciones de Magdalena y de Jesús. Para pintar el cuadro tendrá que embellecerme todavía más de lo que me embellece en los retratos. Me sucede con sus retratos lo que me pasa con sus cartas. Leo las cartas y me cuesta creer que fueron dirigidas a mí. Las leo como si formaran una novela epistolar. Otro tanto me ocurre con los retratos que pinta. Me doy cuenta de que soy yo por el parecido, pero hay en ellos algo que no es mío.

—Es el sentimiento que yo pongo y que usted no descubre porque no lo comparte — replicó Cristóbal. — ¿Cuándo lo descubrirá, Marcela?

—Eso no depende de mí...

La noche iba cayendo. Por la ventana se filtraba una luz fría y macilenta que abrumaba las vastas flores moradas del sofá y en la pared, tocando el techo con el filo del marco, la Gioconda era una mancha sombría iluminada por la suavidad ligera de su sonrisa.

—¡Casi me olvido! — exclamó Cristóbal.

Y abriendo el cajón de la mesa, extrajo un grueso sobre.

—Aquí lo tiene; son las cartas de estos últimos tres días.

—Son más de tres.

—Son muchas porque he estado muy triste esta semana.

—Para no perder la costumbre — dijo al guardarla en su amplia cartera. Y agregó: — La correspondencia misteriosa.

Cristóbal rectificó:

—La historia cotidiana de un pobre hombre.

—¿Por qué no pinta un cuadro con ese título?

—Tendría que ser un autorretrato y no quiero que la posteridad me compadezca. Prefiero que me envidie.

V

Marcela caminaba con paso rápido en la noche

fría y luminosa. Un halo de diáfana niebla temblaba en torno de los focos de luz y de los escaparates se volcaban, sobre las aceras ennegrecidas y húmedas, manchas simétricas de claror. La luna se alzaba en su plenitud. Bogaba clásicamente y destilaba en el vértigo del espacio su blando embrujamiento. Los edificios, en filas gigantesca-mente dentadas, perdían en esa serenidad, empañada como un leve cristal, su rigidez cortante y sus cantos filosos parecían esfumarse en la suspensión nocturna. La muchedumbre se deslizaba silenciosamente, flanqueando el denso tumulto de los vehículos que elevaban en la ciudad el atronamiento ronco de las bocinas y el chirrido metálico de las ruedas. Las parejas pasaban, apretadas, rozándose con estremecimientos de fruición. Al verlas, Marcela pensaba en sus paseos platónicos con Critóbal y recordaba las miradas de envidia que les dirigían. Y recordó un paseo, en una tarde de viento ligero y de bruma, en las cercanías del Jardín Botánico. Iban en automóvil. Se cruzó con ellos un coche en cuyo fondo se veía a un hombre que acariciaba las manos de la muchacha sentada a su lado. Cristóbal los miró, bajó los ojos y lanzó un suspiro profundo. Al llegar el automóvil a la esquina, comenzó:

—Formamos una extraña pareja. Al encontrarnos juntos podrían confundirnos con las otras. Y somos una pareja que reduce sus citas a pláticas

tristes o graves, sin pregunta locas, sin mimos, sin arrebatos.

Su ceño era sombrío y sobre sus mejillas, súbitamente empalidecidas, descendían lágrimas. Cristóbal sintió vergüenza por haberse mostrado débil una vez más y trató de disimularlo, frotándose los ojos con el pañuelo:

—Estas antiparras ya no me sirven. Me irritan los ojos.

Marcela se echó a reír.

—¿De qué se ríe?

—¿Cómo no me he de reír? Se ha olvidado de que usa lentes únicamente para leer.

Cristóbal se quedó cohibido. Marcela se arrepintió de haberlo humillado con esa observación y trató de aliviar su ánimo refiriéndole la opinión de una amiga sobre sus cuadros. Pero su ánimo permanecía nublado. Contestaba dificultosamente, abstraído en su salobre zozobra. Al despedirse, en la portezuela del automóvil, la retuvo, apocado, y como un niño que se propone obtener una cosa extraordinariamente codiciable:

—Deseo un favor y no me decido a pedirselo. Temo que lo tome a mal.

—No sea tonto, por Dios.

—Quisiera que me regale algo, algo modesto e insignificante para tenerlo siempre conmigo. Me haría mucho bien.

Marcela le sonrió, un poco turbada por la emo-

ción sencilla con que le hizo ese pedido, y comprendió que su sonrisa era ya un regalo para Cristóbal. Volvió a darle la mano que su amigo retenía entre las suyas con una suavidad temblorosa de caricia, y con su voz penetrante, pastosa, tibia de dulzura, le dijo:

—Lo haré encantada. Créame que lo haré encantada. Casi le reprocho que me lo haya pedido porque pensaba hacerlo, pensaba sorprenderlo.

Recordaba el diálogo con exactitud minuciosa y una sonrisa de compasión se dibujaba en sus labios. Caminaba con apresuramiento. Los transeúntes se daban vuelta para mirarla. El tapado gris ceñía su cuerpo en el busto y en la fina cintura, marcaba las líneas cimbradoras de sus flancos, y se abría con amplitud en el ruedo, batidas hacia atrás las puntas, como solapas, dejando ver con más libertad las piernas torneadas y rectas en su esbeltez escultural. Subiendo la escalera de su casa, murmuró:

—Pobre hombre...

—¿De quién habla, niña?

Era la vieja mucama que estaba en el descansillo y que le había oído la reflexión hecha en voz alta.

—¿Yo? Estás soñando...

VI

Cristóbal acostumbraba ver a Marcela, aparte de las visitas al taller, donde posaba para los retratos, en un café tranquilo y poco frecuentado del barrio sur, en una calle cuyo grueso adoquinado hacía retemblar los carros y estremecer la vidriera en que las botellas mostraban sus marbetes empardecidos por el tiempo. Esas entrevistas lo sacaban de su abatimiento habitual. La ansiedad de ver a su amiga, de contemplarla, de gozar del encanto misterioso de su presencia, se satisfacía en esos coloquios a que Marcela se prestaba, movida por un instinto de afecto misericordioso. Con frecuencia iba desganada a esos encuentros y se ingeniaba para no revelar su aburrimiento al hombre que sufría por ella. No tenía coraje para inventar un pretexto y faltar, pues imaginaba a Cristóbal entregado a la nerviosidad febril, yendo y viniendo por el cuadrado espacio del estudio, desde el comienzo de la tarde hasta la caída de la noche, crispados los puños, revuelto el cabello, deteniéndose a cada minuto ante el caballete en que se abría su sonrisa como una pálida flor.

Era temprano. En el extremo del café el mozo frotaba el alto caldero de níquel que refulgía bajo las sacudidas del trapo con relumbre irisada. En un ángulo, un hombre de sienes plateadas y de bi-

gote de guías erguidas, con el sombrero puesto, platicaba con una mujer tocada de granate, cuyo pecho voluminoso parecía descender hasta el vientre y derramarse en su redondez sobre la mesa atestada de tazas y de jarros brillosos. Percibían fragmentos de la conversación:

—¿Cuándo volverá tu marido?

—No me ha escrito.

—Ha de sospechar...

—Un drama de amor — comentó Cristóbal — o más bien un drama de adulterio. Voy creyendo que el amor, lo que entiendo por amor, existe con más fuerza fuera de los contactos demasiado íntimos. Acabo de leer precisamente una novela en que se describen los amores del Petrarca y en la cual los protagonistas, un literato español y una viuda argentina, evocan, en su viaje por los alrededores de Avignon, el idilio con madona Laura. Después de leer la novela en que Blasco Ibáñez roza ese tema con la rapidez de los turistas que describe, sentí la necesidad de renovar la impresión que me dejaron los sonetos cuando los leí por primera vez.

Marcela recitó:

Oimé il bel viso, oimé il soave sguardo...

Cristóbal continuó:

—El Petrarca amó años y años, sin haber toca-

do una mano de Laura, sin haberle dado un beso y se extinguió de tristeza, después de la muerte de aquella mujer cuya existencia sólo ha dejado huellas en las elegías de su poeta. Y sigue viviendo aun en nuestra fantasía, mientras nada nos interesa de la mujer real, con la que vivió el Petrarca y tuvo dos hijos. Sin duda, vivió con ella sin amarla. Ha de haber sido una unión mustia, sobrellevada con las dificultades monótonas en que se sofocan las personas medicres.

—Mustia y mediocre — afirmó Marcela — como somos irremediablemente medicres en nuestras acciones comunes. Hacemos mal en asombrarnos al descubrir en la vida de los hombres que admiramos los rasgos de mediocridad que nos irritan en la gente de nivel ordinario y que son los que nos definen. Un gran hombre, un gran poeta, un gran artista o escritor, no deja de ser un hombre ni se libra de las pequeñeces que son fatales e inevitables en el hombre. ¿Ha leído el drama de Jean Sarment *Ye suis tres grand pour moi?* ¡Qué hermoso título! Lo dice todo. Uno es, ciertamente, más grande en lo que hace que en lo que es. Es que la vida de una persona no está en sus propósitos elevados ni en sus actos singulares, sino en los minutos que la llenan, en los detalles ínfimos que la sujetan, la doblan hacia abajo. Es lo que discuto a menudo con ese amigo mío que usted conoce y de quien le he hablado a veces, y que

es tan optimista. Cree en la redención del mundo por la propaganda de las ideas. Esto es, cree que el hombre puede ser distinto de lo que es.

Bebió un trago de café, encendió con lentitud un cigarrillo y, complacida en desarrollar su pensamiento, que apartaba a Cristóbal de su terca melancolía, prosiguió, modulando las palabras con suave entonación:

—Por eso me gusta Flaubert. Flaubert no nos engaña. No nos promete lo que un carácter no puede darnos. Ha conocido la vida y la pinta, no como quisiera que fuese en la ilusión de un color falso, sino como es en verdad. Los primeros capítulos de *La educación sentimental* permiten suponer que la protagonista, madame Arnoux, tendrá el relieve de una heroína. Y no es así. Es una mujer, una simple mujer, sometida a reacciones triviales, a sentimientos que no sobrepasan los límites de su alma de burguesa, y ni siquiera le ha perdonado, al final del libro, los pormenores ridículos.

Cristóbal la oía con avidez. Lo que decía Marcela descendía a sus oídos como una música acariciadora y por gozarse en el timbre cálido y lento de su voz, casi no discernía el fondo del razonamiento que le era familiar en ella. La admiraba con la misma potencia con que la amaba y en esa admiración arrobada, entraba el respeto, no ya por su inteligencia, hecha de sensibilidad, de flexibilidad,

del hábito de juzgar libremente, sino por la lealtad y la sinceridad con que razonaba y que era la norma de su espíritu. Sin poder contenerse, le dijo:

—¡Usted es encantadora! ¿Sería posible acaso que, conociéndola, no la ame como la amo?

—Justamente — observó Marcela — lo que menos tengo son encantos femeninos.

—No estoy de acuerdo con usted. Si fuera así la vida no me resultaría tan penosa. Y hoy, particularmente, no puede sostener que carece de encantos femeninos. Mírese en su espejito y comprenderá que tengo razón.

Entrecerró los ojos, entreabrió los labios en una sonrisa ensoñada, que se desvaneció en seguida, y repuso:

—La impresión que produzco al principio es poco favorable y es porque no causo esa sensación de feminidad con que las mujeres conquistan la simpatía al tratar a una persona por primera vez.

—Hay algo de eso — asintió Cristóbal. — Lo sé por experiencia. Al comienzo me parecía algo brusca e inarmónica. Después me veía gradualmente penetrado de usted y sentía ese ritmo extraño de su personalidad, que terminó por dominarme y obsesionarme.

Repentinamente le preguntó:

—¿Por qué no me habló ayer? Hace días que se olvida de mí. ¿Está triste otra vez?

Marcela lo confirmó con un gesto afirmativo.

—¿Qué es?

—Nada; cosas chicas, cosas vagas.

—¿Enamorada, tal vez?

Esperó con impaciencia anhelosa. Lo disuadió con una mueca y añadió:

—Dios quiera. Enamorarse sería una solución. No pasaría los días ahogada en el tedio. ¿Sabe lo qué es el tedio? Usted habla del sufrimiento. No le deseo que conozca el tedio.

Cristóbal la observaba con atención. Estaba hermosa. La seda negra del traje avivaba la palidez de su rostro y dilataba aun más sus ojos rasgados. El pelo, caído lisamente en dos mazos de relumbrante obscuridad, ahondaban la blancura de su frente que brillaba con lejana claridad de media luna. Y sonreía, sonreía débilmente, con la sonrisa compasiva y buena que había turbado la vida de Cristóbal. Marcela prosiguió:

—El tedio es peor que el dolor. El dolor tiene una razón, que ya es una entretenimiento en la existencia. Eso de estarse en un rincón de la casa, sin saber qué hacer con las horas, es horrible.

—Podría contestarle que usted no sabe qué es el dolor. Pregúntemelo. Tampoco sabe cómo me aburro y cómo sufro cuando no la veo. Es una desgracia no ser como los demás. El problema de vivir consiste en distraer los días que pasan, en olvidarse de sí, cuando se nos cierra la posibilidad

de realizar lo que deseamos. Ni aun de adolescente, cuando se despierta uno a las solicitudes más violentas, he podido frecuentar los lugares divertidos sin entristecerme. Le confieso que envidio con la envidia más fuerte, a los que van a esos sitios y hallan satisfacción. Se debe saber rebajarse un poco, desvestir el espíritu de lo que lo oprime o trabaja, y aturdirse de ocasión en ocasión, con la botella de champaña, en el ruido del baile público. Los que lo hacen son felices. Son positivamente envidiables. Su entristecimiento se les va en una vuelta de tango, en una cita combinada entre plato y plato, en la alegre batahola del restaurante. El champana, la cocota, las bailarinas de la revista en la pasarela, bastan para limpiar su corazón de los dejos penosos. Yo desconozco esa fácil felicidad. Pero no me quejo del dolor. La quiero y eso me basta. ¿No es cierto que usted siente que la quiero?

Marcela quiso responder y se contuvo. Cristóbal advirtió la vacilación y la instó a que le contestara:

—Iba a decir algo, Marcela...

—Quería callarlo. Y bien: yo no siento eso.

Cristóbal se estremeció. Su cuerpo se agitó en un temblor convulsivo y con voz que apenas llegaba a los oídos de Marcela, averiguó:

—¿Cómo? ¿No lo siente? ¿No cree que la amo?

Se quedó callado. Bajó los ojos y empezó a jugar con la cucharilla.

—¿De manera que no me cree? — continuó. — ¿Supone que represento ante usted una comedia o sufro por esparcimiento?

—No creo eso. Creo que es una especie de válvula, una derivación en su vida, y al pensarlo estoy lejos de disminuirlo.

Cristóbal no hablaba. Comprendía que era inútil discutir. Nada le podía afligir y desgarrar tanto como esa convicción de Marcela. Veía su vida destruída y su consuelo único, lo que daba a esa vida animación y refugio, que era la conciencia hecha en su amiga del amor que le profesaba, y que es el premio triste de los enamorados sin fortuna, todo lo que embellecía sus días de lobreguez, se desvanecía también y lo condenaba a un dolor todavía más hondo y a un abatimiento más grande.

—Usted me hace mucho daño con lo que dice — balbuceó con un esfuerzo lento que le hacía separar las sílabas.

—¿Preferiría que mintiese?

—No; prefiero su espantosa franqueza. ¿Y si no sintiera que la quiero, me trataría como me trata, vendría a mi estudio, se encontraría conmigo en los cafés, me ampararía como me ampara?

—Es que no me disgusta hacerlo — replicó Marcela.

Y Cristóbal, sin fuerza, con la boca seca, secos los ojos, gimió:

—Soy un hombre muy desgraciado.

Sacó máquinalmente un cigarrillo y al llevarlo a la boca, su mano trémula chocó con el fuego del cigarrillo que estaba fumando.

OBRAS GLORIOSAS Y PROE-
ZAS EDIFICANTES DE
UN RUSTICO ENA-
MORADO

Abriéronse bruscamente las celosías con un vasto retemblar de hierro, y se oyó:

—Galván, prepárame el caballo para esta tarde.

Y antes de que el hombre hubiese tenido tiempo de desencorvarse y levantar los ojos, volvieron a cerrarse las celosías con idéntico estrépito y sólo se veían en su enrejado, empardecido por la herrumbre, los violentos reflejos del sol. A pesar de que nadie le oiría, murmuró, moviendo la cabeza en actitud de acatamiento:

—Está bien, mi señora.

Encorvóse de nuevo. Siguió cortando la hierba, alta y recia, que sobresalía en mechass descoloridas, en los bordes de los tablones de césped, blandamente verde, de un verdor espeso y húmedo de felpa, que se ahondaba brumosamente al dilatarse y se malhumoraba con la sombra de las nubes.

Y mientras sus manos movían la guadaña, trazando en cada envión un amplio ruedo de segador, en sus oídos resonaba la voz venida de arriba. Hacía muchos meses que Pedro Galván traba-

jaba en esa casa. Era su faena el cuidado de los canteros, que formaban, alrededor del edificio, caprichosos dibujos, con los caminos entrecruzados, cubiertos de piedrecillas relumbrantes; y servía a Beatriz. Le enjaezaba la cabalgadura, le seguía a veces por las abras del bosque, la llevaba en bote en los largos paseos del río. Le servía con silenciosa docilidad. Ponía en ello, sin darse cuenta, el alma y el cuerpo y la mujer lo conocía, sin duda, al encontrarlo siempre tan sumiso y tan sonriente para obedecerla.

Silbaba la guadaña con ritmo caedizo, de intervalos regulares, tronchando los tallos fléviles al golpe del filo. La luz, cada vez que se elevaba en el aire la corva cuchilla, estallaba en rápidas reverberaciones, y Galván parecía, en la claridad vaporosa de la mañana, entre la selva distante y las aguas próximas, un emblema de las grandes fatigas humanas en medio de los elementos primordiales de la naturaleza. Su rostro era tosco, con rugosidad y prietura de terrón, bajo la orla de crenchas negras, lacias y apegadas por el sudor, que se deslizaba por sus mejillas enjutas en que azuleaban los ásperos canutos de la barba. Su mirada caía triste y oscura, con la humildad oblicua de los campesinos. Sus brazos, de pellejo tostado, y erizados de rudo vello, no descansaban, contrayéndose en un movimiento igual al apretar la man-cera en el impulso incesante.

Se detuvo de pronto. Enderezóse con lentitud; los huesos le crujieron; se separaron sus labios en una sonrisa y como si contestara a un mandato recién hecho, tornó a decir:

—Está bien, mi señora.

Un rumor le estremeció. Al volverse, vió delante de sí a Beatriz.

—¿Qué murmurabas?

Sus ojos se nublaron. Sintióse vacilar, sintió que sus manos se aflojaban; el palo de la guadaña se dobló lentamente como si vacilara también, y rozó el flanco de Beatriz. Galván, con tartamudeo penoso, insistió.

—Está bien, mi señora.

El sombrero aludo, de paja brillante como plata, ocultaba su frente y pronunciaba aun más la energía provocativa de su boca pequeña que exaltaba el toque breve del carmín. La seda gris la envolvía con soltura de túnica. Marcaba las ondulaciones de su cuerpo, sin ceñirlas, dejándolas adivinar en la ágil solidez de su carne joven. Galván no podía desviar la mirada. Tuvo que hacer un esfuerzo para recoger la guadaña, y al levantarla quedó nuevamente como suspenso. Temía que Beatriz comprendiera su turbación. Trató de decir algo para disimular:

—¿Oyó, señora, cómo ladraban los perros? — Se pasaron toda la noche ladrando.

—No; no he oído. No te olvides, pues, del caballo. Me acompañarás.

Se dirigió hacia la galería. Recostada perezosamente en su hamaca, abrió el libro que traía. Pero, no tardó en distraerse. Su atención erraba, sin fijarse, en esa divagación lánguida que favorece la pesadez del verano campestre. A poco trecho de allí refulgía la guadaña; bajo el cielo arrojado se extendía un vago rumor de hojas, de gorjeos, de alas; de lejos venía la relumbre del caudal blanco que se alforzaba en la sucesión infinita del oleaje. Girones de niebla diáfana flotaban en la distancia y las manchas de arboleda surgían en el río como navíos inmóviles, y en las franjas de polvareda, luminosas y ténues, giraban como corpúsculos en una ampolla de cristal, diminutos insectos; una mosca de antenas verdosas, pasó en un zumbido aturdidor cerca de su cara; allá, escondido en la copa de un álamo, un pájaro lanzó su cántico agudo y sinuoso, que repercutió con resonancia metálica en el aire matinal.

Esa atmósfera de blando génesis que animaba a las cosas y les daba un aspecto más expresivo, como si su alma rebalsara en la superficie y les comunicara un soplo de calor germinal, fué anegando a la muchacha en una dulzura amodorrada, esa dulzura enervante de las tierras solares, que aplaca los nervios y diluye la voluntad en una inercia beatífica. Quitóse el som-

brero y empezó a agitarlo lentamente para refrescarse. Al rato, cansada, lo dejó a un lado, y se acomodó, con una mano debajo de la cabeza. Se le entrecerraron los ojos en una placidez de sopor y contemplaba, discerniendo tardamente, los detalles del paisaje estival. El espeso palmar ondulaba en la ribera movido por el viento débil. Al fondo, la alameda alargaba su compacto cerco; los eucaliptos, de troncos altos y calvos, erguían sus ramas simétricas y a los costados de la senda enladrillada, los sauces descendían sus cabelleras gimientes. Una bandada apareció cerrando con su vuelo pausado un ángulo negro en el espacio. Un mujido resonó lúgubrememente. Sobre el respaldo de un banco, el gallo de plumón dorado se infló, se arqueó con el impulso de un acróbata que se dispone a dar un salto, y voceó su proclamación victoriosa. Beatriz se sintió obscurecida por un sueño rápido en una plenitud de abandono y así fué entregándose al hilo de sus reflexiones incoherentes y livianas como si su vida desfilara ante ella, en la transparencia cálida del día. Se acordó de sus amigos de la ciudad. Y se sorprendió de que en ese lugar, en que apenas veía gente, en que las noches comenzaban temprano y la soledad la rodeaba en las horas interminables, no los extrañara y ni siquiera añorase en el perpetuo ensimismamiento lo que constituía la actividad continua de su existencia. Las fiestas,

los teatros, las tertulias, las visitas, los trajes, le parecían ocupaciones de una persona distinta, cuya personalidad se borraba con los recuerdos confusos del invierno urbano.

—¿No se podría acaso — pensó — vivir siempre en este campo en que cantan los árboles y canta el agua y se cae en ese adormecimiento de felicidad?

¿A quiénes podía extrañar en ese medio rústico y dócil a la vez? Los nombres habituales de aquellos que la frecuentaban en Buenos Aires se le presentaron desvanecidamente. Ninguno de los que evocaba y asociaba a episodios amables de su pasado, le inspiraba un deseo fuerte de volverlo a ver. y súbitamente se acordó de Juan, que pasaba las vacaciones en la isla vecina y la visitaba con asiduidad.

—Hoy vendrá — se dijo.

Juan la festejaba con insistencia. Juan era el único amigo de Buenos Aires con quien se encontraba en la región.

—Galván...

Cesó de golpear la guadaña. El hombre se acercó, inquiriendo:

—¿Mandaba la señora?

—Me olvidé decirte: hay que ensillar dos caballos. Iremos a pasear con el señor Blanes. Oye: ¿no sería mejor dar una vuelta en bote, en el bote grande?

—Como lo disponga la señora.

—En fin, veremos. De cualquier manera, prepara los caballos.

II

En el comedor había una fresca penumbra. Atardecía pesadamente. Por el calado de los visillos, se veía el horizonte encendido. Arrimados a la ventana, Beatriz y Juan observaban la extensión dilatada en que se levantaban, en la sofocación del crepúsculo que comenzaba, copos de brumas. A pocos pasos de la casa, en el vástago esquelético de un paraíso, se alineaban tres pájaros que Beatriz señaló con regocijo:

—¡Son fédérales!

—De lejos es como son hermosos.

Estaban quietos, entreabiertos los largos y filosos picos.

El negro profundo del cuerpo y de la cola, avivaba el color bermejo de la cabeza, del cuello, del amplio manchón del pecho y de los pantalones. Al sol, el bermejo se irisaba con una tonalidad vivaz de lacre.

—Al federal le gusta posarse en las ramas secas, como si supiera que la luz le embellece al reflejarse en su plumaje. ¿Oye? Están cantando.

Emitían un grito gutural, de trinos menudos y redondos.

Blanes preguntó:

—¿Qué es aquello?

La escena ocurría en el río. En la popa de una barca negruzca, en que remaba trabajosamente un peón, Galván se alzaba, rígido, sosteniendo con las manos extendidas un lazo cuyo extremo ceñía los cuernos de un toro que nadaba lentamente. Tendida la cabeza, le llegaba el agua hasta la boca, y dejaba asomar la franja parda y angosta del lomo. Su jadeo rizaba el agua en que, la cornamenta, retorcida y lustrosa, se duplicaba en una sombra delgada. Galván conducía al toro hacia la orilla, con una cuerda tensa, y en el atardecer tranquilo, su talla acrecía sobre la barca lenta, y componía, con el toro a la zaga, hacia adelante los brazos, echado hacia atrás el busto, el tema rural de un friso alegórico. Se ofrecía a los que lo contemplaban, en una belleza ruda y heroica de dominador de los elementos y de las bestias, en una sencillez augusta de hombre primitivo que somete a la ley de su voluntad, con la confianza en su fuerza segura, la tierra rebelde y la resistente hostilidad de los seres poderosos. Dobló la barca, costearo la ribera, y el toro obedecía a la tensión del lazo, que cruzaba sobre la quieta superficie una raya prolongada.

El sol ponía en los confines neblinosos listas

violáceas y doraba las nubes fugitivas y leves. Oyéronse nuevamente los trinos precisos y sucesivos de los federales, como salidos de una flauta de cristal. Junto al trípode de una maceta en que brillaba un haz violento de malvas, una gallina escarbaba las ranuras de la baldosa y dispersaba la fila de hormigas, con sus hojas en en el dorso, como verdes triángulos.

—Beatriz — murmuró su amigo — cada vez que le quiero hablar de mí, trata de cambiar de conversación. Sin embargo, lo que le digo es serio. Me ha dado cuenta de ello sete verano. Se que no puedo pasar un día sin usted. Beatriz...

No le oía. Seguía mirando el río por donde había pasado la barca y en su fantasía, avivada por el rústico episodio, persistía la imágen del pujante varón, hundido bajo la sombra de los árboles que alzaban la copa frondosa en la margen, como en la boca de una caverna. Blanes repitió:

—Beatriz...

Y con voz distraída, sin apartar los ojos de la estela imaginaria, interrogó:

—¿Me estaba hablando?

III

Navegaba el bote empujado por el isócrono caer de los remos. El viento revolvía el corto y negro

cabello de Beatriz, que sombreaba su rostro, prieto por el aire vivo de la campiña y las tostaduras del sol, y le daba el incitante sabor de una fruta en sazón. A su lado, Blanes, con acento apagado, le pintaba su aburrimiento en la soledad de su isla, y le exponía, con alusiones ambiguas, sus proyectos para el porvenir. En el travesaño trasero, Galván, manejaba el timón.

El río se tornaba brumoso y sobre el agua rulada por la brisa, cada vez más aguda, se extendía el silencio como un inmenso latido. Beatriz, cansada de la inmovilidad en que permaneciera durante todo el paseo, estiró las piernas y, de pronto, se paró oscilando peligrosamente con el movimiento del bote.

—¡Tenga cuidado, señora! — gritó Galván. Tenga cuidado; mire que es mal sitio.

Se quedó estirada y muda. El bote continuó deslizándose con serena celeridad. El viento le adhería la falda clara y levantaba el cabello como un penacho. Volvió a decir Galván:

—¡Cuidado, mi señora, que es mal sitio!

Blanes, se volvió y le tranquilizó con adusto ceño:

—No tenga miedo, Galván. No la dejaré caer.

—¿Sabe nadar el señor?

—¡Sí sé nadar!

El remero opinó:

—Es una imprudencia, señora.

Beatriz repuso:

—¡Qué miedosos son!

Y su risa resonó, cantarina y loca como la de una chicuela sorprendida en una travesura riesgosa. Pero al virar ligeramente el bote, perdió el equilibrio y cayó levantando su cuerpo un golpe de agua espumosa. Oyose un grito de terror. Galván saltó. El remanso la había arrastrado a buen trecho. Braceando tenazmente le aconsejaba:

—¡No se asuste! ¡Quédese quieta!

Beatriz se esforzaba en tener alzada la cabeza. Manoteaba desesperadamente; el pánico agrandaba sus ojos. Poco a poco, Galván se le aproximaba y por fin logró asirla del vestido y atraerla. La mantuvo a flote, rodeando su cintura con un brazo y hendía el otro penosamente para nadar hacia la barca que viraba hacia ellos contra la corriente. Galván se sentía pesado para nadar con la carga al costado. Al acercarse el bote, la alzó con el brazo libre y el remero y Blanes levantaron a Beatriz, chorreante, pegada la ropa, pegado el cabello a las sienes, abierto el corpiño de un desgarrón al subirla.

Ya en la proximidad de la ribera, pasado el estremecimiento angustioso, Galván la reconvino:

—¿No le dije, señora, que era peligroso ponerse de pie?

Beatriz, repuesta, contestó con palabras malignas, señalando a Blanes:

—Como este hombre aseguraba que sabía nadar tan bien...

Arrimaron silenciosamente y retornaron, por una senda estrecha, sin pronunciar una palabra.

La noche ennegrecía torvamente los álamos; de cuando en cuando, el brusco vuelo de las lechuzas irritaba los nervios castigados de Beatriz. En la gándara vecina, las ranas croaban y esparcían en la quietud el sombrío repique de sus crótalos. Lejos, muy lejos, se lamentaba un perro.

IV

Blanes tardó algunos días en volver a la casa. El recuerdo de la caída de Beatriz, en el paseo fluvial, humillaba su orgullo. Trataba de encontrar razones suficientes que explicasen su conducta y argumentos ingeniosos para demostrarlas. Pero ninguna razón, ningún argumento le satisfacían. Beatriz había estado en peligro de muerte y hallándose al lado suyo, se quedó, inmóvil, con los ojos fijos en el agua en que se debatía su amiga, mientras otro se desesperaba por llegar a ella para salvarla.

Esa idea le torturaba, hasta producirle una especie de malestar físico. Su andar estirado y gar-

boso de hombre contento de sí, se justificaba menos, a su propio juicio, que antes de ese acontecimiento, que, al agobiarlo moralmente, aflojaba también la línea tiesa de su figura. ¿Qué diría a Beatriz? Recordaba con detenimiento la velada que siguió al paseo. Durante la comida, la madre de Beatriz no hacía más que alabar el arrojo de Galván. Beatriz callaba al comienzo. Vestía un traje de fondo levemente amarillo, con cuadritos de diminutas rosas, de un color desmayado, como asomadas detrás de rejas. El cabello le caía desordenadamente sobre las sienes. Estaba pálida y sus ojos brillaban con fulgor tranquilo y dulce. Una sonrisa vaga se insinuaba en sus labios.

La madre opinó:

—Eres muy imprudente. Siempre haces cosas que no debieras.

Y dirigiéndose a Blanes, agregó:

—Fíjese si será arriesgada. El jueves de la semana pasada se le asustó el caballo en el bosque. Por fortuna estaba allí Galván.

Beatriz contó el suceso, con voz reposada, esa voz imperativa y suave a la vez que adquiría en la plática el acento penetrante de un ruego y cobraba, al animarse en la discusión, la sonoridad inesperada del grito:

—Iba al trote, sin cuidarme de nada. Es un caballo manso, sin mañas, que jamás se sobresalta. El caso es que yendo así, algo distraída, toqué al

pasar una rama de sauce. Con ese movimiento se me asustó el animal y se tendió repentinamente en una carrera furiosa. En el primer arranque perdí los estribos. El zaino tomó por la senda estrecha que vá hacia la barranca. Me sostenía en la silla con dificultad. En un tirón, me quedé con las riendas en el aire. Entonces apreté las piernas y con las manos me afirmé en el borren. Gritaba y mientras mis alaridos resonaban en el bosque, veía yo al caballo detenido en seco en la barranca y yo lanzada por encima de la cabeza. Los estribos sueltos lo castigaban. De pronto, ví aparecer a Galván. Me acuerdo como si estuveira presente ahora. En ese instante vertiginoso de pavor, me daba cuenta de que iba sin sombrero, con el pelo erizado por una racha, y mostraba en una manga de la camisa una ancha desgarradura. Galván advirtió que no tenía los pies estribados y al enfrentarlo me sentí alzada en vilo, con tal facilidad como si me hubiese agarrado desde lo alto y sin sentirlo, me dejó parada en suelo. Ese hombre tan flaco, tan seco, tiene la fuerza de un gigante.

La madre dijo:

—Has tenido suerte ese día y la tuviste la otra tarde. ¿Qué hubiera sido de tí sin Galván, al caer al agua?

Beatriz repuso:

—¡Pero mamá! ¿Olvidas que Juan estaba en el bote? Juan es un gran nadador.

La mujer dejó el tenedor en el plato y preguntó con asombro y con incredulidad:

—¿Usted sabe nadar?

Blanes murmuró:

—En fin, señora, tanto como gran nadador...

—No ha de serlo, prosiguió la madre; no ha de serlo porque, de lo contrario, se habría arrojado al agua antes que el peón.

Una alegría tumultosa y súbita desbordó el espíritu de Beatriz. Refería anécdotas en tono jovial y a cada instante entonaba, en voz baja, la frase de alguna canción. Blanes se fué temprano. Le acompañaron hasta el embarcadero y le vieron partir en su lancha, sobre el río iluminado por la luna llena.

Recordaba esos detalles de la comida y de la partida y sentía dentro de sí germinar obscuramente el odio contra el hombre que lo empequeñecía ante su amiga con aquella simple hazaña. Comprendía que era peor no visitarla.

Galván no sospechaba la hostilidad que había provocado su acción. En la cocina, mientras comía, pensaba con tristeza en lo sucedido. Todo su cuerpo se estremecía con el recuerdo de haber tenido en sus brazos el cuerpo tembloroso de Beatriz. Un júbilo mordiente le saturaba al evocar la forma

cariñosa y sencilla con que le agradeció al despedirlo:

—Vaya a descansar Galván; se lo ha ganado bien.

Le palmeó la espalda y le pegó afectuosamente en la cara con la mano mojada todavía.

Comía sin ganas, contestaba sin ganas las preguntas de los que estaban a su rededor, sabedores ya de lo ocurrido.

—Dime, ¿y el de la isla vecina no se movió siquiera?

—No sé.

La vieja, que había puesto una fuente en que se amontonaban trozos de carne, comentó:

—¡Valiente señorito!... — El indicó alargando el mentón agudo en que griseaba una mata de vello:

—Quita la copa de ahí.

Terminada la comida, Galván se recostó sobre una arpillera junto a la puerta. En el umbral, Martín, hachador y remero, apretaba las clavijas de su acordeón que lanzaba gemidos incoherentes.

—Oye. ¿Qué te dijo la señora?

—Qué quieres que me diga; nada, pues.

La luna plateaba las hojas de los árboles y bruñía la comba lámina del río. El cielo, claveteado de oro, filtraba en el espíritu de Galván la suspensión en que se recogía la campaña. Detrás de las oscuras arcadas de la fronda, las ventanas de la casa

arrojaban cuadradas manchas de luz. De rato en rato, un sollozo entrecortado del acordeón turbaba el silencio.

—¿Por qué no tocas algo seguido, Martín?

—¿Y para qué? Seguido no sé decir nada. Muchas veces al andar por el parque o por la ribera se me ocurre una cosa y otra cosa. Pienso estar aquí y al rato pienso estar en otra parte. Con el acordeón hago lo mismo.

Esos lamentos aislados, sin unidad y sin sucesión, que no llegaban a fundirse en una melodía, expresaban, en su modulación rudimentaria, lo que se agitaba en el alma de Galván y que no habría podido coordinar en su palabra. Como sus ojos vagaban de estrella en estrella, su imaginación, sacudida por los pequeños acontecimientos de su vida labriega, iba de recuerdo en recuerdo. Se le presentaban confusamente el instante en que llegó a la isla, los paseos en que seguía a caballo a Beatriz, las conversaciones que sostuviera con ella al azar de las frecuentes cabalgatas, la tarde en que la alzó en el aire, al desbocarse el zaino en la selva.

Desde que la conocía andaba siempre cabizbajo. Se sorprendía hablando solo, se ensimismaba, y a menudo, dejaba la herramienta en el suelo y se quedaba distraído. No andaba a la gandaya con los demás peones del establecimiento ni le llamaba la atención el garrapato de la hija de la cocinera.

Los domingos, los mozos solían juntarse en algún rancho para divertirse con baile, copa y guitarra. Pero, en esos gaudeamus de la gente campesina era un convidado mustio. No bailaba ni bebía. Retraído de todos, apartado de los entretenimientos del garzoneo a que se entregaba la mocedad, prefería pasar las horas en un rincón a la espera de que le llamasen de la casa.

—¿Te enamoraste alguna vez, Martín?

—¡Bah! Cuando me gusta una mujer trato de arreglarme con ella y si no quiere, trato de arreglarme con otra. Es lo mejor. ¿Para qué afligirse?

Galván contestó:

—Será por eso que no puedes tocar nada seguido en el acordeón.

Al extender un pie tropezó con un cascote. Lo arrimó y lo arrojó máquinalmente al árbol que erguía cerca de allí su copa tenebrosa. Los pájaros se estremecieron y la obscuridad se pobló con el rumor de sus alas.

V

Beatriz salía a menudo con Blanes. Una vez bajó del caballo para descansar un poco. Blanes tenía de la brida al zaino. La mujer, acomodada en una carona, apoyaba la espalda contra el tronco de una acacia cuyas hojas multiplicaban en el suelo,

encalvecido por el pisoteo, una red movediza de sombras entrelazadas. Galván se hallaba a corta distancia de allí. La seguía en sus excursiones por si le llegara a suceder algún percance, según lo exigía la madre.

Con las manos cruzadas en el menudo sombrero de fieltro plumizo, su busto sobresalía con vigor y mostraba la profundidad color de miel de su escote; el viento soplabla y sorbía la tela de blancos lunares de la blusa y de la falda que apenas tocaba las rodillas. Blanes la miraba con hosca avidez. Beatriz, se complacía en exasperarlo, hablándole de Galván, pues había advertido su animosidad hacia el peón.

—Véalo a Galván; yo no sé como no tiene miedo de andar por el bosque con los pies desnudos en las alpargatas.

Blanes se sonrió despectivamente y dándose cuenta de la intención, trató de defenderse:

—Creo que usted no quiere alabar tanto al peón como mortificarme con el recuerdo de aquella caída suya del bote. Confieso que cada vez que me acuerdo de ese paseo, me da vergüenza. No logro explicarme como pude quedarme inmóvil en el banco. Usted no me lo perdona. Dígame con franqueza: ¿No es verdad que no me lo perdona?

—No tendría derecho de reprochárselo. Nadie está obligado a arriesgarse por los demás. Galván se

arriesgó porque estima probablemente menos su propia vida que la vida que peligra a su lado.

—Las mujeres no disculpan fácilmente una falta de resolución de este género — aseguró Blanes.

—Es posible que sea así, aunque ya he olvidado aquel suceso. Es cierto, sin embargo, de que las mujeres estiman el valor que despliegan por ellas los hombres. Quizá sienta lo mismo sin quererlo. Tal vez subsiste en mi espíritu un vestigio de la mujer antigua, que el varón conquistaba con sus proezas y con sus sacrificios, defendiéndola de los demás varones y exponiéndose a la muerte para salvarla y hasta para agradarla. La mujer admira en el que la ama, en el que la requiere, el valor que le inspira. Una amiga mía acabó por enamorarse de un hombre que se ponía continuamente en ridículo por ella. Obedecía sus caprichos y sus deseos con la sumisión de un esclavo. Y la obedecía sin resaltar el mérito de su obediencia, con una alegría infantil. Créame que no es fácil para una persona equilibrada y educada, con un sentido cabal de su decoro, provocar las burlas de los demás. Mi amiga concluyó por conmovirse.

—¿Concluirá usted por conmovirse con las proezas de Galván? ¿Se habrá enamorado de usted?

—No me disgustaría que fuese así.

Y prosiguió:

—Contaría en la ciudad mis aventuras de la isla.
¿Cree usted que hay muchos hombres que se echan

al agua por una muchacha, dispuestos a rescatarla a la muerte?

—Le envidiarán el galán.

—No me envidiarán el galán, que es un labrador cerril, pero me envidiarán el amor. Y es probable, que en la ciudad, después de haber estado en compañía de mis amigos, me acuerde de ese hombre, cuyos ojos me siguen y cuya mudez turbada me dice más que las declaraciones y los discursos de los que me rodean en las reuniones de invierno. Si supiera que me quiere, me acordaría de él con tristeza, con una tristeza deliciosa...

Regresaron caminando, seguidos por Galván que llevaba los caballos del cabestro. En la galería estaba puesta la mesa para el té. Beatriz, la madre y Blanes formaban un grupo en el camino, al lado de la casa. La madre interrogaba:

—¿Hoy no ha ocurrido alguna cosa extraordinaria? ¿No se te encabritó el caballo? ¿No te salió al encuentro ningún monstruo?

Beatriz, riéndose, se rozaba las mejillas con un elavel.

—¡Ni caballo desbocado ni monstruo! Esto se está poniendo muy aburrido, mamá. ¿Sabes? Blanes está celoso de mi salvador. Es lo único que me entretiene, por ahora.

Galván abría los grifos de los canteros que empezaban a esparcir, girando el pico de regadera, una lluvia susurrante.

—Pidan el té. Yo iré a cortar aquella rosa y la regalaré a Juan para ver si desarruga el ceño...

Se alejó a paso apresurado cabecando pausadamente.

La señora invitó:

—Vamos, Blanes, están sirviendo el té.

No tuvieron tiempo para apartarse. Galván, como impulsado por un arrebató de locura, había arrojado la manguera y corrió hacia Beatriz, y a distancia de algunos metros de ella, dió un salto enorme y cayó, de pie, al lado de la muchacha, que, sorprendida, se volvió. Se echó instintivamente hacia atrás. Al fijarse en el suelo, comprendió recién lo sucedido. En la senda, una víbora, con la cabeza aplastada por el golpe del talón desnudo de Galván, se retorció, gruesa y parduzca.

La gente acorrió. Galván levantó el clavel, caído en el sobresalto, y lo tendió, diciendo con simplicidad:

—Estaba yo, mi señora, por atornillar la manguera, cuando la ví arrastrándose detrás de usted.

La víbora movía apenas el extremo de la cola. El hombre añadió:

—Es una yarará...

Se inclinó y palpó el talón para ver si le había picado.

DIALOGO SOBRE EL AMOR
Y LA MUERTE



En un lugar en que no hay mañana, ni tarde, ni ayer, ni hoy, se encontraron varias personas, si es que así puede llamarse a los que ya no son, y anudaron una plática sobre cosas graves y melancólicas,. Intervinieron en ese diálogo Apolodoro, filósofo griego, Ernesto Renán, que estudió el origen de las creencias humanas, Ninón de Lenclos, que hizo del amor una tarea suntuosa, y dos mujeres, cuyo corazón tuvo historia en los países del planeta poblado.

APOLONORO

En la tierra el tiempo tienen una duración. Aquí, en esta pradera de nubes de los Campos Eliseos, los días no tienen término, el cielo no tiene color, los cuerpos no tienen sombra, la voz no tiene eco. Todo se vacía, sin ruido y sin formas, en el silencio de la eternidad. Y cuando les oigo conversar y evocar lo que fuisteis y lo que hicisteis, comprendo que yo soy el único muerto, porque mi vida transcurrió demasiado apaciblemente

en la superficie del globo de barro. No he vivido en realidad, porque no atribuí importancia a las dos inquietudes que torturan al ser sensible, al ser racional, que son el amor y la muerte. ¿Qué he he echo yo desde mi mocedad hasta mi hora postrera? Frecuenté las mesas amenas y a los amigos que se complacían en el examen de los conocimientos y en la delectación de la poesía. Es un entretenimiento digno de un filósofo, pero no es suficiente para llenar una vida.

ERNESTO RENAN

¿Por qué habla de dos inquietudes? Gusta a los filósofos clasificar y dividir lo que por lo común está fuera de lo clasificable y de lo divisible. El amor y la muerte constituyen, a mi juicio, un solo misterio.

NINÓN

Jamás he considerado el amor como un misterio o como un drama. El amor ha sido para mí una curiosidad sucesiva y un juego agradable. Mas, no quiero discutir. He discutido en exceso allá abajo. Prefiero ir hacia los sitios en que los bienaventurados no han perdido su alegría terrestre y se agitan en los rápidos movimientos de la danza.

PRIMERA MUJER

No se vaya, Ninón. ¿Dónde encontrará alegría en el Elíseo? Aquí no hay alegría, porque aquí no hay dolor. Quédese con nosotros y diremos, una vez más, lo que hemos sido y lo que pensamos. Su opinión nos será útil. Aunque usted no conoció el amor, lo inspiró como pocas mujeres lo inspiraron y lo practicó con ardiente indiferencia.

APOLODORO

Es el caso que cuando yo vivía en Atenas me solicitaban únicamente los problemas intelectuales. Los problemas del alma me interesaban poco. Consideraba la muerte como una ley de la naturaleza que renueva constantemente a la humanidad y que no debe afligir al individuo. Gozaba con la inteligencia y no con los sentidos. Y es un error. La medida del hombre es el padecimiento. Vive el que sufre con existencia rica y potente y, al dejar de ser, lo que ha sufrido lo prolonga más allá de su sepulcro.

ERNESTO RENAN

Lo que dice el ilustre Apolodoro es penoso; es también verídico. Los griegos representaban la muerte bajo aspectos graciosos. Los monumentos

funerarios que he visto en los cementerios helénicos y en los museos de Europa no sugieren ideas lúgubres. Me acuerdo de un vaso votivo que me mostraron en una pinacoteca italiana: en su flanco, un efebo esbelto tenía los ojos cerrados y en los pliegues de sus labios se adormecía una sonrisa. Para el griego, sutil y sensual, la muerte era el reposo en la serenidad. Para el asiático, que es de un sensualismo atormentadamente místico, la muerte es lo esencial de la vida. Es su continuación beatífica o su castigo fantásticamente trágico. He establecido en mis libros la diferencia de las religiones. Sostuve, y creo no haberme equivocado, que la concepción del universo, según el redactor monoteísta del Génesis, es profundamente poética, pero no épica. El politeísmo es épico. En cambio, los mitos paganos, como los mitos indios, no llegan a formar una religión. Forman símbolos aislados, que ofrecen entre sí la vulgaridad y la ligereza de las relaciones terrenales. Carecen de intimidad. Como las estatuas que los perpetúan, son cuerpos de mármol. Son dioses para la plaza pública. El asiático creó el cristianismo, que se funda sobre la muerte. Su objeto no es la comunidad sino el alma del hombre. Por eso tornó fecundo el pavor de lo desconocido y convirtió en un martirio la delicia deseable. ¿Quién no se sintió sumergido en la ansiedad infinita y no ha querido morir en el instante en que la leve

caricia de una mano o el roce de un beso nos parecen tan inalcanzables como los bordes de una estrella?

SEGUNDA MUJER

Le confieso, maestro, que estoy sorprendida. Le creía alejado de los tumultos horribles del corazón, que han envuelto mis días en un manto de lágrimas.

NINÓN

Soy una sombra feliz, porque fuí una mujer feliz. Obtenía sin esfuerzo la felicidad que daba. El destino me hizo de corazón variable y liviano.

ERNESTO RENAN

Me han supuesto con frecuencia un hombre de alma inerte, mesurada, sometida a las reacciones del pensamiento, porque me ocupaba de asuntos lejanos. No es así. He vivido en una honda soledad de espíritu. Rodeado de sabios y de sabiduría, me dediqué al ejercicio de la razón y al cultivo de la crítica. Y es la investigación de los sucesos del pasado lo que despertó en mí la sed oculta del amor. Amé primero las imágenes remotas del Evangelio. María de Magdala me reveló

el valor de la ternura inhallable. Amé la Magdalena cual si se irguiera, en mis desvelos eruditos, en el aposento humilde de mi biblioteca, con su belleza pálida y llorosa, con sus grandes trenzas y sus brazos blancos, que veía levantarse en mis sueños como un clamor silencioso. Y más tarde, al ascender en los años, conocí en una tertulia a una mujer en cuya presencia enmudecía mi palabra. Era hermosa. El cabello obscuro, caído en dos alas ceñidas, daba a su rostro una expresión de amable gravedad. Sus ojos me intimidaban. Su risa me devolvía el júbilo de la infancia. ¿Para qué deciros su nombre? Ningún verso ha resonado en mis oídos con música tan deleitosa. Conformábame con mirarla. Le hablaba con timidez. ¿Sabía esa criatura perfecta, ese milagro armonioso de Dios, que su efigie no salía del fondo de mis pupilas? Si en mis páginas hay una huella de bondad, si en lo que he escrito en las interminables vigiliias se advierte el calor caritativo de la esperanza, es porque ella lo puso al sonreirme alguna vez.

PRIMERA MUJER

No es el suyo un drama latino y mucho menos francés. Detesto el drama latino. Los dramas latinos no se diferencian de los cuentos de Bocaccio. Son historias de alcoba.

ERNESTO RENAN

Debo rectificarle. No he vivido un drama. He vivido dramáticamente un idilio mudo, dulce y triste.

SEGUNDA MUJER

¿No es acaso lo mismo? El amor es un estado idílico que teje el drama de sus protagonistas.

PRIMERA MUJER

Conozco el teatro dramático. He procurado descubrir en las escenas culminantes la situación en que me encontraba. Los dramas italianos, franceses y españoles me producen habitualmente el efecto de episodios de índole externa. Sentada en mi palco, experimentaba la sensación de poder modificar con mi voluntad el curso de los sucesos escenificados. Su economía se equilibra sobre hechos que nacen de las contingencias circundantes y no de los cauces internos del alma, que determinan ineludiblemente un desarrollo fatal. Y en esas obras predomina, con una regularidad desconsoladora, la sed de conquistar, en el sentido directo y preciso, a la mujer que sirve de centro a la fábula frenética. Los nórdicos, los rusos, los sajones, han introducido en el drama, brumoso a ve-

ces como las ciudades y los paisajes que son su escenario, las pasiones indescriptibles, los arrebatos inmanifestables, la quietud dolorosa, el callado roer que devora al corazón. ¿Quién puede evitar ese drama escondido que muerde día y noche como un ácido y que no se transparenta en el encadenamiento lógico de los hechos que suman la actividad ordinaria y la actitud visible de una persona? Es lo que me ha ocurrido.

NINÓN

Lo que oigo se parece a las reflexiones lentas y nebulosas de los personajes de las Sagas. La mayor parte de los latinos somos de otro modo. Si el cristianismo no nos hubiese infundido el terror oriental de la muerte y el entimiento artificial del pecado, nuestros amores serían semejantes a los de los griegos, a los de los pastores y de las ninfas; serían frágiles e inocentes. Me he librado de los terrores religiosos que me inculcaba mi madre y me alimenté con las nociones epicúreas en que me educó mi padre, que admiraba a los filósofos. Por eso pudo decir mi amigo Saint-Evremond:

*L'indulgente et sage Nature
a formé l'ame de Ninon,
de la volupté d'Epicure
et de la vertu de Caton.*

No interpreté el amor con severa y amarga trascendencia. No encendía mi vida en la llama ficticia de los remordimientos, de los odios, de los celos. Amaba con la misma llaneza con que razonaba con los hombres de saber y bailaba con los oficiales de la guardia del Rey. Conocí al señor de Coligny y después conocí, con idéntica fruición, a los que se detenían en mi casa y solicitaban mi compañía. Al conducirme de esta manera, obedecía a mi temperamento. No he teorizado el amor. Me entregué, sin prejuicios y sin la traba de los yugos morales, al goce de su voluptuosidad. ¿Puede ser otra cosa el amor? ¿Por qué hemos de cubrirlo con los andrajos desgarrados del misticismo, de las complicaciones románticas, por qué hemos de mezclar a su ingenua volubilidad de niño loco el sabor agrio de los fermentos sentimentales? El amor ha de ser un devaneo regocijante. Yo le creía, maestro Renán, tan dispuesto a la cordura en su intimidad como en el desenvolvimiento de sus escritos. Propenso a la ironía, a la visión diversa de las cosas, no lo suponía, como a un héroe de novela, revolviéndose en el análisis continuo de lo que pasaba en el interior de su alma. Es que nada pasa en el interior de las almas. La vida está en la libertad de los sentidos y en los escondites del cerebro. Dirán que soy materialista. La vida material desenvuelta con cierta belleza, en el rincón del hogar o en el salón galante, no es menos

laudable o recomendable que los prospectos de los idealistas.

APOLODORO

La divina Ninón habla razonablemente. Sin embargo, ha incurrido en una confusión que es necesario precisar. Dijo que el amor ha de ser un devaneo regocijante. ¿No nos ha dado con eso la definición del placer?

ERNESTO RENAN

La afable Ninón, al referirse a mí, ha esbozado el retrato de un catedrático de espíritu yerto, contenido, reflexivo, prudente, de corazón monótono y pausado como la máquina de un reloj. No me extraña. Las almas son inaccesibles a las almas. ¿Quién se animaría a decir: yo conozco la conciencia de este o de aquel hombre, yo conozco la conciencia de esta o de aquella mujer? Muchos han dejado escritas sus memorias. Nadie nos ha dejado sus confidencias. Nadie se ha expuesto al juicio de los demás en lo que está separado de su existencia exterior.

PRIMERA MUJER

Nuestra vida profunda es imaginativa. Copia en sus sobresaltos vanos las angustias que forja-

mos en el sueño, en el sueño venenoso que nos ri-
ge mientras estamos despiertos. Es la aventura su-
blime y pueril cuyas líneas esfumadas dibujamos
con una complacencia mortificante. Y si no fue-
se así, el hombre no hubiese llegado a las ideas
y a la poesía. La vida es una obra de arte. ¿Qué
es una obra de arte sino una historia inventada
de amor que corta la muerte?

SEGUNDA MUJER

Los espíritus dolientes vinculan el amor con
la muerte. Es la más espantosa y la más embria-
gadora ilusión de eternidad.

APOLODORO

La muerte estremece a los mortales y nunca
han logrado, al aludir a su aproximación sigilosa,
estremecernos con sus discursos.

ERNESTO RENAN

La amiga de la cual le he hablado, ensombre-
ció una vez mi pensamiento contándome lo que
sentía al meditar en el fin. Conversábamos en la
penumbra de su saloncillo azul. Creo que era azul.
Cuando la visitaba, el tiempo se me iba en mi-
rarla con disimulo y recato, en fijarla dentro de

mí, en absorberla como un perfume. Díjome, pues, que la muerte solía obsesionarla. Se despertaba a menudo y la sentía al lado suyo, como si la espiara y la aguardara. No es para mí — explícóme — un concepto, una idea. Es una realidad. Me acongoja y experimento la horrenda pesadilla de imaginarme fenecida, con la coherencia punzante de los recuerdos y con la certidumbre estranguladora de que he cesado y nada de lo que fuí, de lo que representó el anudamiento imponderable de mi sensibilidad, prosigue más allá de ese límite de niebla. Agregó: la inmortalidad del alma es una reacción contra la muerte, una defensa contra aquello que es el definitivo mutismo en torno del ser. Mas, los que creen en esa inmortalidad la presentan como algo tan inaprensible y tan confuso que agrava a la muerte misma con una especie de caricatura siniestra de la vida. Es la vida diluída e informe de las almas. Las almas flotan en los recintos perpetuos como copos de bruma. ¿Poseen en ese estado indeciso de soplo la aptitud de recordar, de revivir en lo eterno lo fugaz de los días sabrosos? El hombre no es más que la memoria de lo que sumó en su tránsito por la tierra. Si no recuerda en el otro mundo lo que su existencia enhebró de frívolo, de terrible, de perdurable, ya no es su propia sucesión y, por lo tanto, es otra vida, o sea la muerte, que es el olvido completo. El mundo tiene por eje — prosiguió mi

amiga — una ley de inflexible perversidad. El Paraíso, que recoge las almas meritorias, las disuelve en hálitos inconsistentes. El premio de los condenados es más apetecible. Son conducidos en el molde de su cuerpo, a las calderas, a los plomos hirvientes, a la lluvia de chispas del Infierno. Al ser castigados por sus culpas, se les conserva la personalidad que tuvieron en el bajo suelo al contraerlas. Se sobreviven para el castigo. Y así, la adúltera, la pecadora, por ejemplo, se eterniza por los siglos de los siglos, renovando el goce prohibido, el momento incomparable que originó su condena. De esta manera me habló aquella mujer dilecta entre todas las mujeres.

NINÓN

En el recuerdo de la gente somos los que fuimos en la vida.

APOLODORO

La buena ciencia se reduce quizá a vivir apresuradamente y a amar las cosas en su apariencia. Si esto es lo cierto, no tendría de qué arrepentirme. Y Ninón habría vivido la vida más envidiable.

PRIMERA MUJER

¿Quién es capaz de discernir entre lo cierto y

lo incierto? Cierto es aquello que creemos que lo es porque así lo imaginamos.

NINÓN

Lo cierto es lo que adula a nuestros sentidos y halla su confirmación al satisfacerlos. Por eso creo que el amor es lo que yo practiqué.

ERNESTO RENAN

Hablo como un hombre que no ha tenido juventud. Me preocuparon en la adolescencia temprana los trabajos intelectuales. Cuando la edad me permitió entender y abarcar el grande misterio, había perdido ya el aplomo con que el joven y el amante dominan a la mujer. Por tal causa encerré la riqueza estéril de mi sentimiento en el pudoroso silencio de la adoración. No hay que confundir a los enamorados y los amantes. El amante realiza un deseo o se exalta en una vanidad. El enamorado cultiva un ideal. La mujer no lo prefiere. Elige al amante y se enorgullece, a la vez, con el rendimiento un poco ridículo del enamorado.

SEGUNDA MUJER

En el amor no hay ridículo. El amor es funesto y delicioso. Yo, maestro, he sido una enamorada.

PRIMERA MUJER

La historia del amor y de todos los amores está en la música de Beethoven. Beethoven es y será el músico sumo del amor. Por eso es tan triste y por eso hallamos en su expresión melodiosa lo que la vida no puede proporcionarnos. En sus sonatas se cierne un aliento, un ímpetu que tiende a la alegría sagrada que buscó con desesperada constancia y que jamás aprisionó en sus notas. El amor es la aspiración a esa alegría cálida y mística que confina en el éxtasis y en la gracia. Por eso su equivalente es la muerte, porque en ella acaba como agua del río en el mar.

APOLODORO

Deduzco de lo que decimos que el mal no está en la muerte sino en el comienzo de la muerte, que es la vida.

ERNESTO RENAN

No tengo un concepto tan desolado. La vida es bella cuando no rueda en el vacío. Hay que nutrirse de recuerdos. He escrito obras para los demás; me he confesado como filósofo, como pensador, como artista. Pero mi vida se llenó con el recuerdo, el recuerdo que me hizo temblar de plá-

cida zozobra al dialogar con vosotros sobre estas cuestiones insolubles, que dejan en cada uno que las provoca una vaga congoja.

PRIMERA MUJER

Es lo que un amante no podría decir al arriarse el momento en que uno ve velarse los objetos y el frío comienza a invadirle.

SEGUNDA MUJER

Es el tibio consuelo del enamorado, del que ha ha conocido la otra voluptuosidad, la voluptuosidad melancólica de crearse un culto y que, a veces, ignora la divinidad que lo origina.

NINÓN

Esos razonamientos no me sorprenden. Estoy acostumbrada al razonamiento. Si volviera a vivir, volvería a mi hotel de París a reir con mis amigos, a entregarme, aturdida y delicadamente, no al amor, sino a los amores.

ERNESTO RENAN

Si regresara — no tengo deseos de ello — al turbio trozo de tierra en que se congestiona la hu-

manidad, reanudaría, probablemente, mi existencia laboriosa y obstinada. Sonreiría para el mundo con la sonrisa que viene de Voltaire, más, en el crepúsculo, seguiría frecuentando con paciente inutilidad a la exquisita mujer, y seguiría comtemplándola, temiéndola, embebeciéndome en su palabra, para no olvidar la suave melodía de su voz ni el armonioso donaire de su gesto. Y como en la vida anterior, moriría sin que ella supiese que mi vida ha sido dolorosamente grata, porque se la destiné en ofrenda.

APOLODORO

Lo que hemos dicho carece de relación. ¿Por qué hēmos vinculado sin cesar la idea de la muerte con la idea del amor?

ERNESTO RENAN

No sabría decirlo. Será porque se trata de dos fatalidades semejantes, que componen una sola fatalidad. El principio es igual al fin.

PRIMERA MUJER

¿Quién de nosotros ha amado más?

ERNESTO RENAN

No es difícil averiguarlo. Amó más el que más ha sufrido.

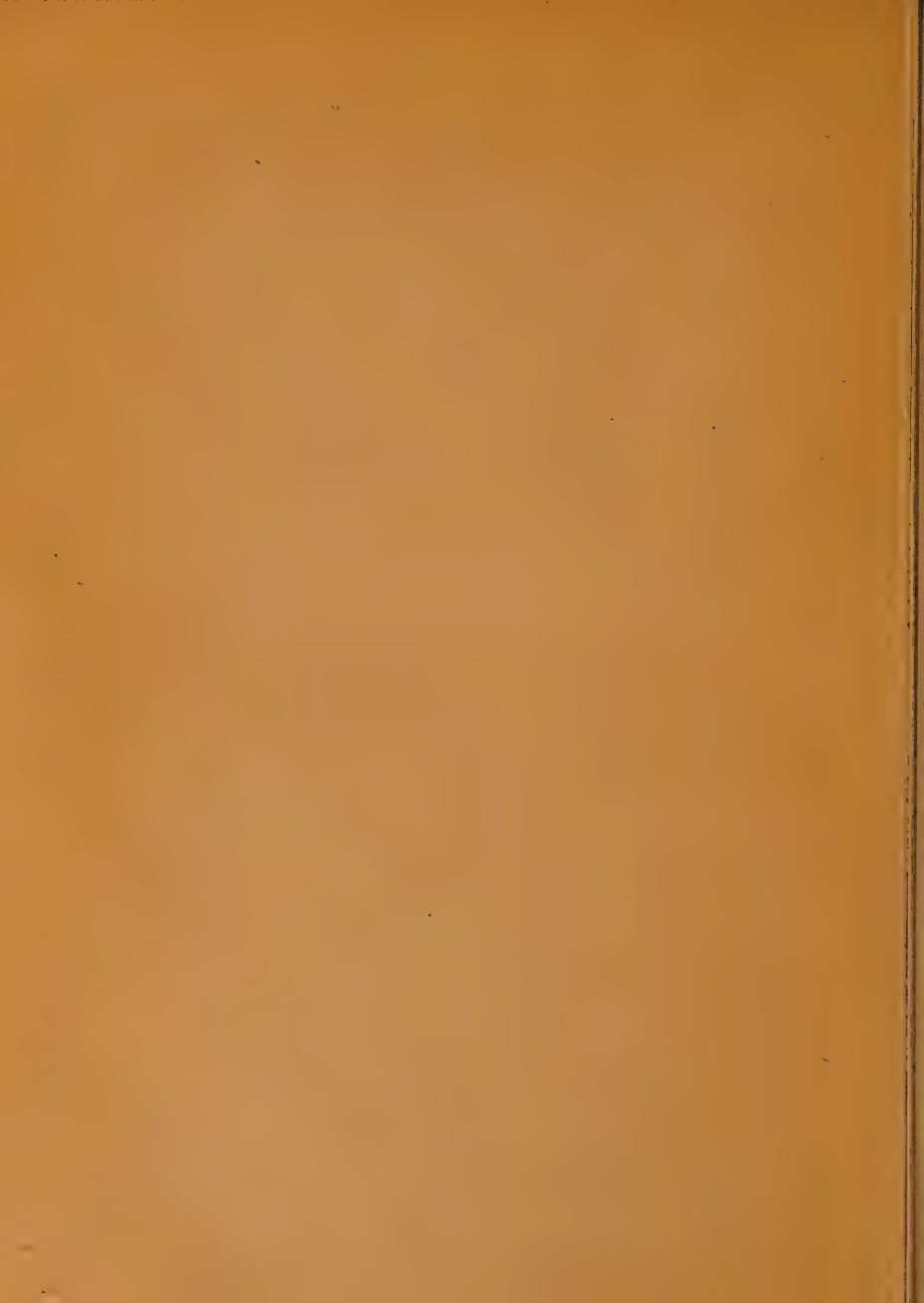
NINÓN

Entonces yo no he amado.

ERNESTO RENAN

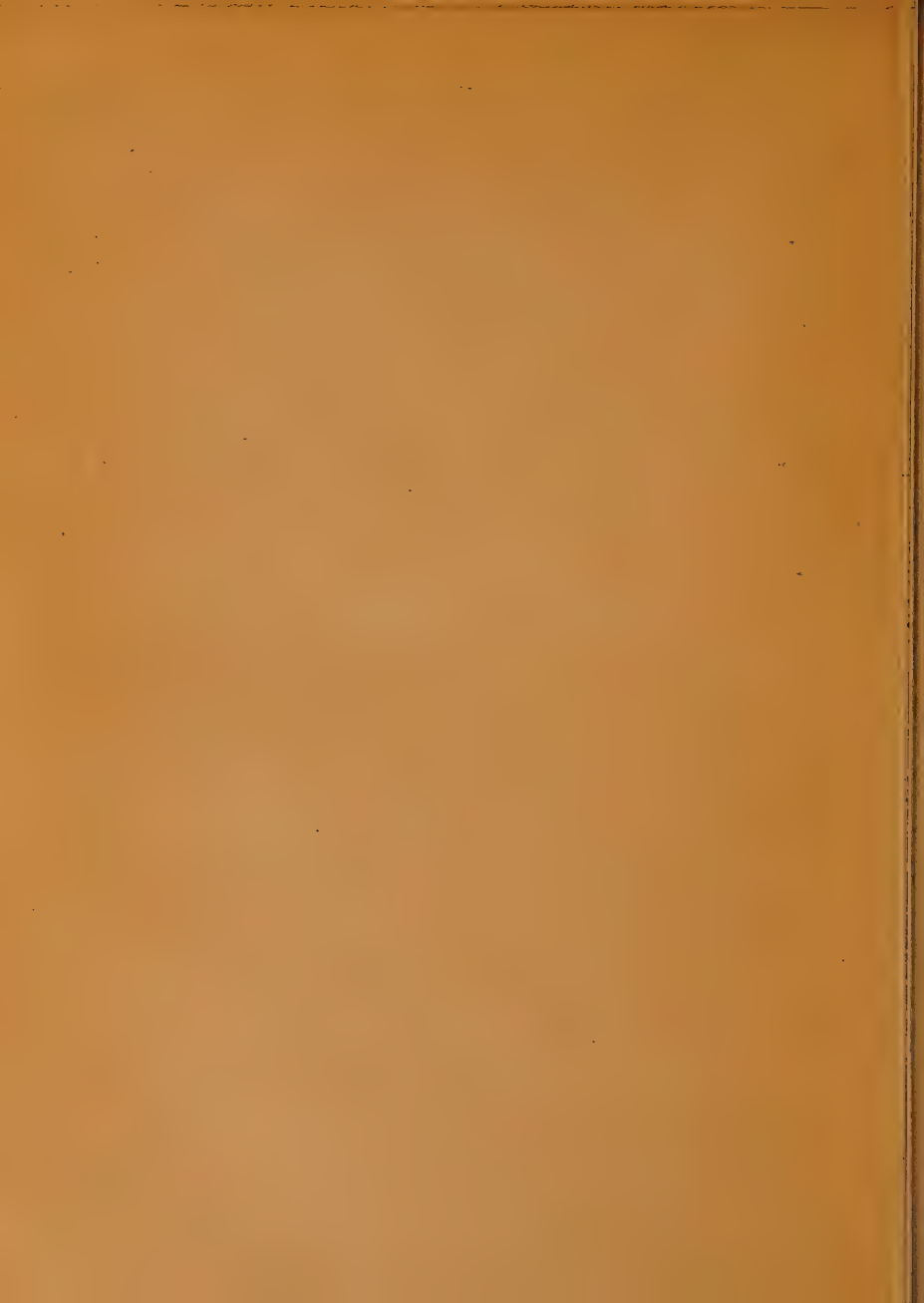
Dios me ha preservado de la pena de poder afirmar lo que afirma Ninón. ¿Si hiciéramos un paseo para oír lo que conversan los que fueron felices en la tierra porque no se daban cuenta de que vivían y de que morirían?





I N D I C E

<i>El hermano mendicante</i>	<i>pág. 7</i>
<i>El romance de doña Florinda</i>	<i>„ 39</i>
<i>El bufón</i>	<i>„ 69</i>
<i>Historia cuotidiana de un pobre hombre</i>	<i>„ 103</i>
<i>Obras gloriosas y proezas edificantes de un rústico enamorado</i>	<i>„ 165</i>
<i>Diálogo sobre el amor y la muerte</i>	<i>„ 189</i>



OBRAS DEL MISMO AUTOR

Historias y proezas de Amor

Pequeñas prosas

El hombre que habló en la Sorbona

La asamblea de la Bohardilla

La Jofaina Maravillosa

Los gauchos judíos

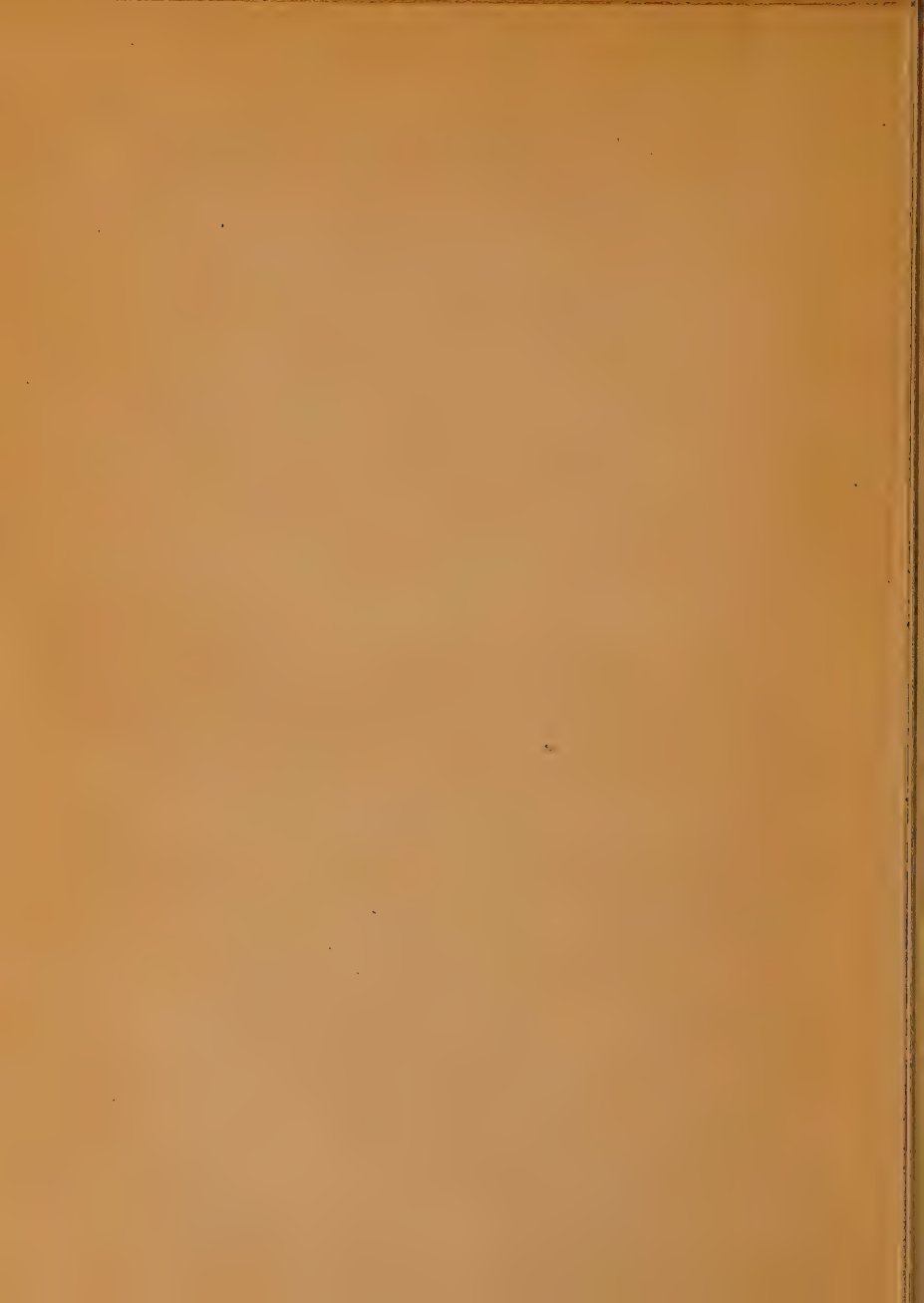
Cuentos de ayer

El nuevo régimen

El cristianismo precristiano

EN PREPARACIÓN

La Buena Nueva (novela)



EDICIONES M. GLEIZER

TRIUNVIRATO 537



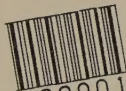
Amaya Florencio J. — El dolor de vivir.....	\$ 3.—
Aybar Sobre Casas. — El amor como redención....	» 2.50
Amicis Edmundo De. — Joyas literarias (encuad.)	» 2.50
Alas Claudio De. — Visiones y realidades.....	» 2.50
Id. Id. — Herencia de la sangre.....	» 2.50
Arsamasseva Margarita De. — El brazalete de záfiros (novela).....	» 2.—
Brumana Herminia C. — Cabezas de mujeres.....	» 2.—
Bosco Guillermo Dr. — Electrocardiografía y po- ligráfica clínicas.....	» 6.—
Barreda Ernesto Mario. — Nuestro Parnaso (4 tomos).....	» 8.—
Id. Id. — Una mujer (novela).....	» 2.—
Id. Id. — Baba del diablo (novelas y cuentos)....	» 2.50
Bermann Gregorio. — José Ingenieros.....	» 2.50
Boy. — Las parejas negras.....	» 2.—
Cancela A. — Tres relatos porteños.....	» 2.50
Id. Id. — Id. Id..... (en tela)	» 3.—
Id. Id. — El Burro de Maruf.....	» 2.50
Capdevilla Arturo. — La casa de los fantasmas ..	» 2.—
Id. Id. — América. Nuestras naciones ante los Esta- Unidos.....	» 2.50
Id. Id. — El tiempo que se fué (versos).....	» 2.50
Carrasco German. — Rima de inquietud.....	» 1.50
Cichero Felix Esteban. — La vida en cuentos....	» 2.—
Id. Id. — Los Zánganos.....	» 2.—
Calle J. — El pasajero sugerente... ..	» 2.50
Cortina Aravena. — Nocturnos y otros poemas	» 2.—
Correa Luna Carlos. — Alvear y la diplomacia de 1824-25.....	» 2.—
Dubnow. — Historia contemporánea del pueblo judío	» 5.—
Elchelbaum. — Un hogar.....	» 1.20
Id. Id. — Un monstruo en libertad.....	» 2.50
España José De. — La mujer de Shanghai.....	» 2.—
Id. Id. — La psicología de Rosas.....	» 2.—
Fabri Luis. — Dictadura y revolución.....	» 2.—

Fingerman G. — Estudios de psicología y estética	\$ 2.50
Flores Mario. — Cristales (cuentos fantásticos)....	» 1.—
Goldschmith. — Moscú (viaje por la Rusia soviética)	» 2.—
Id. Id. — Id. Id. (en tela)	» 3.—
Gómez Ibañez Eduardo — Cantos salvajes.....	» 2.—
Gonzalez Tuñón R. — El Violín del Diablo	» 2.—
Gonzalez Tuñón E. — Tangos.....	» 1.50
Gimenez Pastor. — Velada de cuentos.....	» 2.50
García Velloso E. — Piedras preciosas	» 3.—
Gouchon Cane E. — Los héroes del amor.....	» 2.—
Grunberg Carlos M. — El libro del tiempo.....	» 2.—
Gutiérrez Ricardo. — La flecha en el vacío	» 2.50
Gerschunoff Alberto. — La Asamblea de la Bohardilla	» 2.50
Id. Id. — El hombre que habló en la Sorbona.....	» 2.50
Id. Id. — Historias y proezas de amor.....	» 2.50
Id. Id. — Pequeñas prosas	» 5.—
Id. Id. — Id. Id. (en pergamino, numerados)	» 10.—
Heredia Pablo — Experimentaciones Endócrinas...	
Herrero Antonio. — Alfredo L. Palacios.....	» 1.50
House Guillermo. — Alma Nativa.....	» 2.50
Ibarguren Carlos. — Manuelita Rosas. (6ª edición)	» 2.—
Id. Id. — De nuestra tierra (segunda edición).....	» 2.—
Ingenieros José. — Los tiempos nuevos.....	» 1.50
Krokotkine P. — Las ideas y la realidad en la literatura Rusa.....	» 4.—
Id. Id. — Ética	» 2.50
Krupkin. — La taza de Chocolate	» 1.50
Lagorio Arturo. El traje maravilloso y otros cuentos	» 2.50
Id. Id. — Las tres respuestas.....	» 2.50
Loncan Enrique. — He dicho.....	» 2.50
Id. Id. — Las charlas de mi amigo (segunda edición).	
Last Reason. — A rienda suelta.....	» 1.20
Ledesma Roberto. — Caja de música.....	\$ 1.50
Lugones Leopoldo. — El Ángel de la Sombra....	» 2.50
Id. Id. — La Guerra Gaucha	» 3.—
Id. Id. — El libro de los paisajes	» 2.50
Id. Id. — Las fuerzas extrañas	» 3.—
Id. Id. — Lunario sentimental	» 3.—
Luz y Sombra. Chic.....	» 2.50
Marechal Leopoldo. — Los aguiluchos	» 2.—
Id. Id. — Días como flechas.....	» 2.—
Mallea E. — Cuentos para una inglesa desesperada.	» 2.—

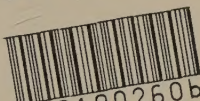
Mariani Roberto. — El amor agresivo	\$ 2.—
Martínez Cuitiño Vicente. — Teatro. Tomo I: La fuerza ciega. La humilde quimera	» 2.50
Tomo II: El segundo amor. La bambolla. Rayito del sol.....	» 2.50
Tomo III: La fiesta del hombre. Los Colombini. El viaje de D. Eulalio.....	» 2.50
Tomo IV: Los soñadores. El malón blanco. No matarás.....	» 2.50
Tomo V: Cuervos rubios. Mate dulce. Notas teatrales	» 2.50
Tomo VI: La mala siembra. El derrumbe. Nuevo Mundo	» 2.50
Moreno Ismael. — La Huerta	» 3.—
Id. Id. — El matadero.....	» 2.—
Mosquera Kelly F. — Del Plata al Illimane	» 2.50
Méndez Caldeira María Angelica. — Gracia y Castalia	» 2.50
Mercante Víctor. — Charlas pedagógicas	» 3.—
Morales Delio. — Raymundo Nansen, el atormentado	» 2.—
Id. Id. — La confesión de Lander Pausarac	» 2.—
Medina Onruria S. — Alaska (novela)	» 2.—
Id. Id. — El vaso intacto	» 2.—
Nogueira Manuel N. — Los excluidos del amor... ..	» 2.50
Olascoaga Laurentino. — Geografía Económica Argentina	» 6.—
Id. Id. — Sociología Comparada.....	» 5.—
Id. Id. — La Leyenda del Castillo de Skokloster (Suecia).....	»
Olivera Lavie Hector. — Una tragedia.....	\$ 2.50
Olivan Santiago C. — Las visiones del rondón (cuentos).....	» 2.—
Olivari Nicolás. — La musa de la mala pata.....	» 1.—
Pagano José Leon. — El hombre que volvió a la vida	» 2.50
Peyret Marcelo. — Alta Gracia	» 2.50
Id. Id. — Mientras las horas pasan (cuentos de amor)	» 2.—
Pascarella Luis. — Horas matinales (Páginas de un escolar)	» 1.50
Palcos Alberto. — El genio (segunda edición)....	» 3.—
Id. Id. — La vida Emotiva	» 2.50
Palacios Alfredo L. — Universidad Nueva	» 5.—

Peretz. — Adán y Eva. Trad. Resnik	»	2.50
Quesada Josué. — Idolos que pasan.....	»	1.50
Rawson Manuel. — Emilio Mitre.....	»	2.50
Rolland Romain. — Clerambault (segunda edición)	»	2.—
Rojas Paz. — La metáfora y el mundo	\$	2.—
Renan Ernesto. — Patricio (encuad. tela)	»	2.—
Ripamonte Carlos P. — Janus	»	2.50
Ruibal Salaberry Dr. — Higiene Pública. Ingeniería sanitaria	»	6.—
Scalabrini Ortiz Raul. — La Manga.....	»	2.50
Schiaffino Eduardo — Recodos en el sendero.....	»	2.50
Saravia Linares Clara. — Lirios de otoño	»	2.50
Saenz Hayes Ricardo. — La polémica de Alberdi con Sarmiento	»	2.50
Soto y Calvo F. — Los poetas maullantinos en el arca de Noé	»	2.—
Torre Peña Jorge De La. — Plata bruna	»	2.—
Vedla Joaquin De. — Cómo los ví yo.....	»	2.50

863.61 G365H



a39001



008180260b



TALLERES
G. RICORDI E C.
Bolívar 1610
Bs. As.

DOS PESOS y cincuenta